

International BestSeller

Un libro de la colección

Ringo
Drake

Sueños
EN DISPUTA

Un libro de
Dina Drake

Sueños en Disputa

2023

© Globex Editorial

MailBox 0475

Argleton, Lancashire, Angleterre.

.24 X 19 cm — 97B — 55543266e — 5678ASD — 2

Profesional Daway 371 42S | 22 / C335p LC BK1470

Publicado por EDITORIAL GLOBEX

Traductor : D. TEODORO LLORENTE

0 — 78565 — 233 — 1

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma, sin el permiso de los editores.

7ª edición

Prologo

Reece era como un imán, desbordante de encanto, atracción y una seguridad en sí mismo que resultaba imponente. Cada vez que se acercaba, su presencia envolvía a ella en una corriente de emociones irresistibles. En el rincón más íntimo de su corazón, reconocía haber dado un adiós silencioso al recuerdo de su difunto marido desde aquel primer beso con Reece. Fue entonces cuando los cimientos del amor comenzaron a arraigar en su ser, aunque apenas se atrevía a admitirlo.

En teoría, debería haber estado radiante de felicidad y anticipación. Reece la anhelaba, expresaba sus deseos de casarse con ella y construir un futuro juntos.

Pero en el horizonte de su relación se cernía una sombra. Reece no compartía su convicción en el amor y había dejado en claro su posición desde el principio. A pesar de su magnetismo y compromiso, existía un abismo entre ellos, un abismo formado por la falta de creencia en algo tan esencial como el amor. Esta verdad se convirtió en un peso cada vez más difícil de ignorar, aunque ella anhelaba fervientemente que las cosas fueran diferentes.

Capítulo 1

Cuando la atrapara, le apretaría su hermoso cuello. Reece Chambers recorrió a grandes pasos la manzana bajo la sombra de los árboles, a la vez que maldecía tanto la ola de calor que azotaba New York como todo lo demás que tenía a la vista.

— ¡Vuelva aquí, señorita!

Pero ella se limitó a volverse a mirarlo indiferente, sin dejar de correr. Bien, de acuerdo.

— Me voy a casa — gritó él — . Ya no te voy a seguir más, ¿me oyese ¡No daré ni un solo paso más!

¡Me importa un comino si vuelves a casa o no!

Reece se dio la vuelta y anduvo varios pasos en la dirección por la que había llegado. Miró sobre su hombro. ¡La pequeña bruja!

Reece siguió adelante. Ese era el final. Claro que sí. Hacía tan sólo dos semanas que acababa de mudarse, procedente de Biget river, Dakota, y podría apostar a que todos los vecinos lo tomaban por loco.

Aunque, pensándolo bien, lo estaba. Y, lo que era peor, lo estaba completamente. Bastaba con verlo en esos momentos, el nuevo vicepresidente de uno de los bancos locales, corriendo así por la calle. Para colmo, era el tercer día que hacía lo mismo.

Debió haber hecho caso a su instinto y olvidarse del asunto, no obstante, antes de que la chica entrase en la casa, aún estaba muy sorprendido por la instantánea reacción física que había despertado en él. Hacía mucho tiempo que no sentía un deseo tan intenso por ninguna mujer, aunque supiera que ya era hora de reanudar su ocupación de encontrar una esposa. Pero ahora...

La deseó con toda su alma. Y sintió que nada sería más agradable que volver a casa cada noche encontrando en ella a una mujer que se pareciese a aquella. Era perfecta.

Por lo menos en lo tocante a lo físico lo era, con la clase de exuberantes curvas que encantaban a los hombres y que las mujeres siempre buscan aminorar por medio de dietas. Además, la chica poseía una delicada nariz y unos pómulos muy bien definidos. Su frente era amplia y su rostro tenía forma de corazón.

No la había tratado, así que no sabía si poseía las cualidades que él consideraba importantes en una esposa. Eso no podía saberlo, pero sí imaginarse llegar a casa todas las noches para encontrarse a aquella mujer, meter en la cama y arropar a los niños procreados por ellos dos, y más tarde, acostarse al lado de ella en el enorme lecho que compartirían...

Lástima que ya la había atrapado otro.

Casi todos los días, y sin desearlo, Reece se sentía consciente de que sus mejores años se le iban. Siempre había pensado en que al llegar a los treinta y cinco años de edad, estaría casado con una mujer de la que se encontrase enamorado, que tendrían varios hijos y que constituirían la feliz familia con la que él soñaba.

Aunque aún no era demasiado tarde. Él no permitiría que lo fuese. Quizá no existiese el amor, pero estaba decidido a que lo demás se volviese realidad... de acuerdo a sus propias ideas. Cuando reanudara su búsqueda, mantendría los ojos bien abiertos. Lo que más le importaría serían el compañerismo y la compatibilidad sexual.

Y a ella le exigiría una declaración jurada sobre su disponibilidad a darle hijos tan pronto como fuese posible, después de efectuada la ceremonia matrimonial.

Una vez más la furia amenazó con invadirlo. Tal vez lo que sucediese fuera que todavía no se encontraba listo para emprender una nueva relación.

Sin embargo, pensó que gozar con la vista no estaba prohibido, mientras recorría aquella figura con la mirada, cuando la mujer salió a sacar del coche una bolsa con comestibles. Cuando ella se enderezó, se le deshizo el moño del peinado, con lo que su largo cabello negro le quedó suelto y empezó a moverse de un lado a otro con cada movimiento que hacía al caminar. Cuando desaparecieron el hombre y la mujer tras la puerta, Reece emitió un apagado silbido. Sí, por supuesto que con complacerse en contemplarla no cometía ningún pecado.

Al pasar Reece frente a la casa de ellos, una de las ventanas se abrió y el hombre pelirrojo asomó el rostro.

— Hola — dijo al ver a Reece — . He notado que le gusta hacer ejercicio. Reece asintió.

— Mi nombre es Charlie Owen — mencionó el hombre, al tiempo que extendía la mano hacia Reece.

Reece se detuvo y no pudo evitar leer la inscripción en la camiseta de aquel individuo: El cielo se recorre con pértigas. Bien, pensó divertido. Mientras se aseguraba de que Nadia no fuera a escapar, Charlie Owen salió de la casa para acercarse a Reece, y éste extendió la mano.

— Reece Chambers.

Cuando Charlie Owen le estrechó la mano, Reece parpadeó. ¿Qué clase de trabajo realizaría aquel forzado?, pensó, mientras flexionaba sus doloridos dedos.

— Usted es nuestro nuevo vecino, ¿no es cierto? — quiso saber Charlie.

— Así es — asintió Reece — . Me mudé hace dos semanas; y me sentí muy afortunado por haber encontrado una casa en este vecindario.

— ¿Lleva ya mucho tiempo en la zona de New York? — el pelirrojo irradiaba un gran sentimiento de amistad.

— No. Acabo de llegar de Peoría y busco abrirme camino aquí.

Charlie asintió.

— Yo crecí en New York. Es una gran ciudad — dirigió la mirada hacia Nadia — . ¿Es suyo el perro?

— Sí. te presento al señor Owen.

— ¿Puedo hacerle una caricia?

Al expresar Reece su asentimiento, Charlie extendió la mano para que Nadia pudiera olisqueársela, y antes de que Reece pudiese impedirselo, la perra se levantó sobre sus patas traseras y, apoyando las delanteras sobre el pecho de Charlie, empezó a lamerle el rostro. Pero a Charlie no pareció importarle y empezó a dirigirse a Nadia en un ridículo lenguaje infantil, mientras ella seguía lamiendo con gran entusiasmo. Reece también hacía lo mismo a veces.

La puerta se abrió de nuevo y Reece pudo ver que por ella salía la mujer de sus sueños, quien se encaminó con lentitud hacia la acera.

— Hola — dijo.

Al verla de cerca, Reece pudo apreciar que sus ojos eran grandes y azules, y en ellos había una seriedad que no iba de acuerdo con la sonrisa que formaban sus labios. Su

cabello era de un oscuro color cobrizo y ella ya lo llevaba recogido de nuevo en un moño, del cual escapaban algunas rebeldes hebras. Su boca era quizá un poco amplia, lo que a los ojos de Reece constituyó un encanto más. Se preguntó si sería la esposa de Charlie.

Si lo era, aquel tipo se llevaba un diez en cuanto a gustos.

Reece se aclaró la garganta, consciente de su evidente contemplación de la chica.

— Hola — respondió.

— Amelia — dijo Charlie, mientras trataba de alejar a la perra — , él es nuestro nuevo vecino, Reece Chambers — Nadia pasó la lengua sobre los labios de Charlie, lo que lo hizo escupir — . Ya está bien. Ya no quiero que me beses más.

Amelia. Le sentaba bien el nombre.

— Es aún un cachorrito, ¿verdad? — preguntó Amelia al mirar a Nadia con ojo crítico.

— Me temo que sí — respondió Reece con pesar — . Tiene alrededor de diez meses de edad.

— Es una verdadera belleza. ¿Está registrada?

— Sí. Desciende de una casta de campeones de Bolbrook y me la han regalado mis padres — Reece movió la cabeza de un lado a otro — . Dudo que la hubiese aceptado si hubiera sabido que me iba a mudar a New York. En mi casa de Peona contaba con un gran patio cercado, pero aquí es diferente. Estoy intentando entrenarla para que cuando la saco a dar un paseo acuda al oír que le silbo, pero no lo he logrado.

— Pues ahora lo vas a conseguir — aseguró Charlie.

Reece lo miró y después a Amelia.

Charlie también la miró a ella, y Reece sintió envidia ante la muda comunicación que había entre ellos.

— ¿Se lo digo yo o se lo dices tú? — inquirió entonces Charlie.

Amelia efectuó un pequeño encogimiento de hombros y se volvió hacia Reece.

— Soy entrenadora de perros y te puedo decir que Nadia tiene la edad perfecta para hacer el curso básico de obediencia.

¿Entrenadora de perros? A Reece le costaba trabajo imaginarse a esta pequeña y delicada mujer hacerse cargo de perros tan grandes y rebeldes como Nadia. Cierto... mandarla a una escuela de entrenamiento no era mala idea.

— ¿Me obedecería entonces cuando la llamara?

— Depende de la constancia del entrenamiento — dirigió la mirada hacia Charlie — . Mi hermano, por ejemplo, todavía no es capaz de ponerle el collar de entrenamiento a un perro, y mucho menos usarlo.

— Lo único que puedo decir a mi favor — respondió Charlie encogiéndose de hombros — , es que soy de corazón demasiado tierno.

Amelia estrechó la mirada.

— Podrías mencionar que sabes que el cuello de los perros es musculoso y muy fuerte y que esos collares no los lastiman.

— Un momento — pidió el azorado Reece — , ¿sois hermanos? — ahora que los miraba con detenimiento notaba el parecido en sus facciones.

Amelia asintió, distraída de lo que era evidente que se trataba de una discusión familiar.

— Todos dicen que yo soy el mejor parecido — comentó Charlie, acariciándose la

barbilla engoladamente, mientras su hermana movía la cabeza.

— ¿Sabes? Él tiene mi permiso para conservar esa ilusión — bromeó, pero enseguida su rostro recobró la seriedad habitual — . Te daré mi tarjeta. Llámame si decides inscribir a tu perra en las clases de obediencia canina — añadió, antes de volverse hacia la casa.

— Creí que eran marido y mujer — dijo Reece hacia Charlie, mientras la miraba alejarse y contemplaba sus redondeadas curvas, que se delineaban bajo sus blancos pantalones cortos.

Hasta tuvo que contener el aliento cuando vio los bronceados muslos.

Charlie se aclaró la garganta de manera audible, y Reece volvió la mirada hacia él a tiempo de notar la diversión que chispeaba en sus verdes ojos.

— ¿Tiene tu hermana... compromiso... con alguien?

— No — respondió Charlie, aunque en sus ojos ya no había diversión, y aquella sencilla sílaba tuvo un extraño acento — . Amelia no sale con nadie.

¿Con nadie? Reece reflexionó sobre la posible implicación de tal aseveración.

— ¿Debo tomarlo como una advertencia?

Charlie movió la cabeza y recobró el tono amistoso, a pesar de que en sus ojos prevalecía una sombra.

— No. De hecho, mi hermana es viuda.

¡Viuda! Reece sacó la tarjeta de ella de su bolsillo y leyó la elegante impresión: Escuela Hubbard de Entrenamiento Canino, Miss Hubbard, Instructora Titulada.

Pocos días después, Reece se inscribió en la clase de entrenamiento básico para amos y perros, junto con Nadia, a la que de inmediato le compró la larga correa sugerida por Amelia.

Al acudir a la primera clase, Reece sintió un nerviosismo que podría haber sido atribuido al deseo de un buen entrenamiento para su perro, aunque decir eso sería mentirse a sí mismo.

Cada día, cuando pasaba frente a la casa de Amelia, sentía la esperanza de encontrársela, pero no lo había logrado después de su primer encuentro. Él todavía no había reanudado la búsqueda de esposa, pero un poco de distracción no le haría daño a nadie, y tal vez unas cuantas citas podrían conducir a... sin embargo, ¿qué sentido tenía especular así? Lo único que lograría sería volverse loco.

Quizá la atracción sexual que había sentido por ella la primera vez era engañosa. Tal vez no era tan hermosa como la recordaba. Podría ser que...

Oh, diablos. Ni había imaginado ni exagerado nada. Amelia esperaba a un lado de la puerta de su centro de entrenamiento, y llevaba el cabello peinado con el mismo estilo que la primera vez que la había visto. Era más delgada de lo que él recordaba, pero igual de atractiva, con sus voluptuosas curvas y ese algo indefinible que hacía que el instinto masculino reaccionase emitiendo un aullido.

Lástima que él no la hubiese impresionado a ella de igual manera. Al verlo aproximarse, en los ojos azul profundo había sólo seriedad y ni siquiera correspondió a su sonrisa.

— Hola — con toda seguridad podría hacer que aquella boca relajara sus duras y firmes líneas — . Esperaba este momento con verdadera ansiedad.

— No esperes que suceda un milagro. El entrenamiento de un perro no se logra de la noche a la mañana, sino que es largo y muy difícil — señaló hacia el patio cercado,

situado a la izquierda del local de entrenamiento — . Los perros pueden aprovechar la zona de allí para hacer sus necesidades antes y después de clase — prosiguió ella cuando Reece se acercó a la puerta — . Y más allá se encuentran la pala y el cubo para limpiar.

¿Qué podría hacer o decir él para que aquella mujer se sintiese relajada?

Una vez dentro de edificio, Reece encontró un asiento cerca de la pared y esperó. En el salón había mucha gente, tal vez unas setenta personas; y, después de que entraran varias más, llegó Amelia, quien permaneció de pie en el centro de la habitación.

— Buenas tardes. Bienvenidos a la Escuela Hubbard de Entrenamiento Canino. Ésta es nuestra sesión de orientación para las clases básicas. Mi nombre es Amelia Hubbard, y soy entrenadora titulada de la Asociación de Instructores de Obediencia Canina. A lo largo de las siguientes ocho semanas trabajaremos juntos ustedes y yo para enseñarles a sus perros a acatar las órdenes básicas.

Reece sintió alivio al enterarse de que su perro estaría entre otros que se encontraban al mismo nivel de desobediencia y no tendría al lado ningún animal cuyo entrenamiento los hiciese a ambos sentirse avergonzados. Al escuchar la explicación de Amelia, puso toda su atención, pues ella hablaba con gran aplomo profesional. De súbito, se dio cuenta de que hasta entonces la había visualizado en su mente como una pequeña criatura desvalida, que necesitaba ser protegida.

En definitiva, necesitaba conocerla mejor.

— Ya sé que muchos de ustedes piensan — prosiguió Amelia — , que sus perros nunca les hacen caso. Pero yo estoy segura de que cualquier perro puede ser entrenado. Y ustedes, como personas que los tienen a su cargo, van a necesitar mucha paciencia, firmeza y constancia, así como sobre todo, amor. Enseguida, presenciarán una demostración de alumnos de esta escuela, junto con sus dueños. Al observar a estos perros en sus pruebas de obediencia, recuerden que todos ellos empezaron aquí con la misma falta de habilidades que muchos de los perros cuyos dueños se encuentran presentes en este momento. Obediencia y amor es la combinación motivada para la estrecha relación amo/perro que están a punto de ver.

En ese momento, por una de las puertas penetraron al salón tres personas, seguidas con docilidad por otros tantos perros que iban a su izquierda.

— Ella es Ponja. Su perro es un esquimal americano, de la raza conocida como esquimal spitz...

Reece se sentía fascinado. Los perros ejecutaban a la perfección las órdenes verbales de sus amos y, además, iban muy bien arreglados; por ejemplo, un pequeño terrier negro que llevaba las orejas adornadas con lazos de color rojo.

Ojalá algún día Nadia se pudiese comportar así; por ahora, le parecía algo increíble.

Al terminar la demostración, y aun cuando el público aplaudió, ninguno de los perros se puso a ladrar. Algo más que notó Reece, fue que a Amelia le brillaban los ojos y parecía sentirse muy a describir las habilidades logradas por los perros. Lo que era un contraste con la reservada y seria mujer que había conocido hacía tres semanas.

— Y ahora... les presento a mi propio perro.

Amelia se volvió hacia la puerta y después hacia el auditorio; entonces, como cosa de magia, de pronto apareció junto a ella un enorme perro negro, del cual Reece no podía apartar la vista. Claro que Nadia era grande, pero éste era tan inmenso, y parecía tan poderoso como para desgarrarle el rostro a una persona sin detenerse a pensarlo dos

veces.

— Su nombre es Foxy Rescuer, pero lo abrevio como Hubbard — continuó Amelia — . Esta hembra Rottweiler tiene tres años de edad y descende de una raza de perros que pastoreaban el ganado del ejército romano.

Amelia sonrió, con un evidente orgullo por su perro, y esa sonrisa impacto a Reece directamente en el corazón. Estaba más hermosa que nunca.

Durante la asombrosa demostración de obediencia realizada por Foxy, Reece se sintió muy impresionado. ¿Cuánto tiempo habría costado la creación de aquel vínculo armónico entre la mujer y el perro? ¿Podría lograr alguna vez que la atención de Amelia fuera dirigida a él?

Como número final, Foxy respondió a una orden específica de su dueña al llevarle un guante perteneciente a ella, y que se encontraba entre vanos que no eran suyos; hazaña que logró valiéndose del olfato.

— ¡Bravo! — exclamó la mujer que estaba sentada al lado de Reece, y él estuvo completamente de acuerdo.

Después de los aplausos, Amelia agradeció su asistencia a la concurrencia y dio algunas instrucciones de último minuto para el inicio de las clases. Reece deseó poder acercarse a ella al terminar, pero no pudo, porque mucha gente tuvo la misma idea al mismo tiempo.

Mientras recorría el aparcamiento para llegar hasta su coche, Reece se preguntó si ella habría aceptado su invitación, en caso de habérsela hecho.

Cielos, cómo odiaría volver a la etapa del cortejo. ¿Se darían cuenta las mujeres de la tensión que un hombre puede sentir y del valor que necesita?

En los dos años transcurridos desde su divorcio, había invitado a pocas mujeres, pero sus encuentros habían sido de tipo íntimo, y no demasiado centrados en conocerse personalmente.

No obstante, ahora se encontraba con que deseaba a Amelia de un modo que iba más allá de lo físico, aunque ciertamente no desdeñaba ese aspecto. Deseaba escuchar su voz, enterarse de sus sueños, saber qué era lo más importante para ella en su vida. Por desgracia, lo más probable era que ella no estuviese interesada.

Al día siguiente era jueves, y Reece acababa de terminar una conferencia con otros dos banqueros que participaban en la negociación de un préstamo multimillonario para un complejo escolar de la localidad, cuando su secretaria le avisó que tenía una llamada.

— El señor Charlie Owen se encuentra en la línea.

A Reece se le aceleró el pulso, pues se trataba del hermano de Amelia.

— Charlie. ¿Qué puedo hacer por ti?

Al otro lado del auricular se escuchó la alegre risa de Charlie.

— Qué tal si me consigues uno o dos millones? Tengo planeado un pequeño viaje al Caribe y me vendrían muy bien.

— Quizá — respondió Reece — , pero después tendrías que darle alojamiento a un tipo sin trabajo.

Charlie volvió a reír.

— Creo que es mejor que lo olvide, no podría pedirte que arriesgues tu trabajo. Sin embargo, lo que voy a solicitarte es algo que no te provocará ningún problema. El sábado ofreceremos Amelia y yo una barbacoa y nos gustaría mucho contar con tu

asistencia.

— Me parece muy bien. Además, el sábado no tengo nada que hacer — aceptó Reece, con un esfuerzo por evitar que se le notase lo emocionado que estaba al pensar en que dentro de dos días tendría la oportunidad de volver a verla a ella de nuevo.

— ¡Estupendo! La idea es empezar a eso de las siete.

— A esa hora — estaré con vosotros. ¿Qué queréis que lleve?

— Nada. Sólo queremos tu presencia.

Al colgar el auricular, Reece estaba sonriendo de oreja a oreja. Iba a verla otra vez, ¡y ni siquiera había tenido que invitarla!

La imperiosa llamada de la puerta sonó, por segunda vez, desde que Amelia abriese la puerta, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para no plasmar en su rostro otra vez la sonrisa cortés con la que recibía a los invitados. Al ver aquel amplio tórax masculino cubierto por un jersey azul, casi no pudo hablar, ya que se le secó la garganta.

— Bienvenido a la fiesta

— Gracias.

— Haz el favor de pasar.

El pequeño vestíbulo ya se encontraba demasiado lleno y parecía que el oxígeno no iba a alcanzar para todos. Amelia dirigió la vista hacia arriba, pero en el momento en que se encontró con la mirada de aquellos penetrantes ojos azules, supo que había cometido un error. Eran ojos atractivos, con pestañas grandes, demasiados bonitos para ser masculinos.

Reece. Su nuevo vecino. Su cliente. Ella había notado su presencia durante la sesión de información, el día de la apertura de cursos de su escuela, y había estado pendiente de todos los movimientos de él al término de la sesión.

Por supuesto, él no lo hacía a propósito, pero la atraía como el imán atrae al metal. De súbito, se dio cuenta de que no lo dejaba pasar y, ruborizada, se retiró hacia atrás para dejar sitio más que suficiente.

No obstante, él la rozó con uno de sus enormes brazos en el hombro, lo que la hizo sentir una especie de choque eléctrico. Era un individuo gigantesco. Charlie había sido alto y Charlie medía más de uno noventa, pero Reece los sobrepasaba a ambos con facilidad. Sus hombros eran amplios y sus poderosos músculos podían notarse a pesar de la ropa.

Le estaba sonriendo; en sus ojos había calidez y tenía sobre la frente algunos rizos de su negro cabello. Extendió hacia ella una bolsa de papel de estraza.

— Charlie no quería que contribuyese con nada, pero he traído esto en agradecimiento a vosotros. Conozco aquí a muy poca gente, así que la invitación ha llegado en el momento oportuno.

— Gracias — logró pronunciar ella, aunque sentía la lengua torpe mientras cogía la bolsa y sacaba la botella.

Abrió mucho los ojos al ver que se trataba de una de las mejores marcas de vino. Lo miró de nuevo y entonces se apresuró a dejar de hacerlo.

— La fiesta está ahí atrás. Ven, te mostraré dónde.

Mientras caminaba, en ningún momento dejó de estar pendiente de la presencia del hombre que iba tras ella. Debería decirle algo, tener alguna charla social insustancial,

pero ella nunca había servido para eso. Y precisamente ese era uno de los pesares con los que vivía desde la muerte de Charlie.

Además, con Reece sentía algo raro que le impedía el habla. Y se encontraba muy nerviosa, como si se hubiese puesto en contacto con una especie de campo eléctrico que lo rodease.

Los ojos de Reece parecían ver demasiado, con lo que lograba penetrar la capa de indiferencia con la que ella se había cubierto desde hacía tres años. Ésta era la primera vez desde la muerte de Charlie que algún hombre atraía su atención de una manera tan personal e instantánea. Y se sentía aterrada.

Capítulo 2

Al llegar a la cocina, Amelia colocó la botella de vino sobre uno de los muebles y se acercó a la fuente de verduras que estaba preparando.

— Cruza esa puerta para llegar al patio — le indicó a Reece — . Yo debo terminar esto. Pero Reece no le hizo caso.

— Me gustó mucho la sesión de orientación del otro día — comentó, al tiempo que lograba tomar asiento en una de las diminutas banquetas de la barra del desayunador — . La demostración de los perros entrenados fue muy emocionante.

— ¿Habías presenciado antes alguna muestra de obediencia canina?

— Nunca — respondió Reece, mientras movía la cabeza de un lado a otro.

La forma en que sus labios formaron aquella palabra fue fascinante y ella sintió un extraño espasmo en el vientre. En ese momento se dio cuenta de que él había terminado de hablar y la contemplaba expectante. ¿De qué estaban hablando? Ah, sí, de obediencia, y ése era un tópico del que ella podría hablar, si no estuviera embobada en él.

— Recuerdo que la primera vez que presencié una prueba de obediencia canina yo tenía catorce años. Charlie acababa de sacarse el carnet de conducir y se encontraba ansioso por lucirse. Mamá sugirió que fuésemos a la exposición de perros. En cuanto la demostración empezó, ya no fui capaz de moverme de allí y mi hermano tuvo que sacarme casi a rastras.

— Charlie mencionó que son de New York. ¿Aún viven allí vuestros padres?

Se trataba de una pregunta demasiado personal para hacérsela a una persona a la que se acaba de conocer, y ella la hubiese considerado indiscreta hecha por otra persona, pero los ojos de ese hombre expresaban tanta calidez, que sin darse cuenta empezó a responder. ¿cómo era posible que aún echara tanto de menos a Charlie, y al mismo tiempo se sintiese atraída por otro hombre?

— Y tengo una deuda de gratitud con Charlie, por el modo en que él me ayudó cuando me encontraba abatida por completo. Quiero mucho a mi hermano, pero me alegro de que por fin vaya a emprender su propia vida.

Reece la miró intrigado.

— ¿A dónde se va?

Ella lo observó.

— ¿Es que no te ha dicho el motivo por el que ofrecemos esta fiesta?

Él movió la cabeza.

— Es para despedirlo, se va a mudar a su propia casa.

— ¿Te vas a quedar sola aquí? — Reece alzó una de sus oscuras cejas.

— No — dijo Amelia con un suspiro. Nunca permitiría que su hermano se enterase, pero ella sola no podría mantener esa casa tan grande — . Por favor, no le vayas a decir nada a mi hermano, pero voy a tener que buscar una casa menos cara; no quiero un apartamento, porque sería demasiado incómodo para tener a mi perra.

— Nunca había visto un perro mejor entrenado que el tuyo. ¿Cuánto tiempo le haría falta a Miss; para lograrlo?

Amelia casi se rió.

— Varios años, pero no seas impaciente, antes tenéis que completar el curso básico y conseguir estrechar su relación. Tienes que conseguir que centre su atención en ti.

Reece alzó las cejas y esbozó una provocativa sonrisa.

— Me parece que eso preferiría lograrlo también con una mujer.

Ella bajó la mirada hacia la fuente de verduras.

¡Estaba coqueteando!, pensó al sentirse invadida por el pánico, pues todavía no se sentía capaz de seducir.

No lo estaba mirando, pero sabía que Reece la observaba mientras pelaba las zanahorias. Se puso más nerviosa, aunque en realidad no tenía motivo. Se trataba de un hombre que trataba de ser cortés, sin eludir una pizca de coqueteo. Aunque el mensaje que le enviaban sus ojos...

Tal vez ella hubiese perdido un tornillo y todo estuviera en su imaginación. Había estado sola tanto tiempo que empezaba a...

El súbito y sonoro campanilleo la sobresaltó tanto, que el cuchillo se le cayó de las manos.

— Iré a ver quién es — aseguró a Reece con voz temblorosa — . Charlie está en el patio preparando la barbacoa. Puedes salir por aquella puerta.

Después de atender a los recién llegados, Amelia volvió a la cocina y, al contemplar el cuchillo de mango negro que usaba para partir las verduras, de pronto recordó la ocasión en que, con ese mismo cuchillo, Charlie se cortó en un dedo cuando estaban recién casados.

Cielos, cuánto lo echaba de menos. Deseó recuperar la furia sentida después de la muerte de su esposo, pero todo lo que ahora sentía era un gran cansancio. Esa misma semana había ido a visitar su tumba, como lo hacía más o menos una vez al mes.

En cada ocasión limpiaba la hierba de alrededor de la lápida para que la tumba estuviese arreglada y menos solitaria.

Sin embargo, según recordó, Charlie no estaba en realidad solo, sino que se encontraba acompañado de Caitlin, su perra Rottweiler.

«Alto, Amelia. Deja de pensar en lo que no puedes cambiar.»

Parpadeó con fiera resolución y miró por la amplia ventana hacia Charlie, que hacía ademanes con un tenedor. Se encontraba rodeado de varios de los invitados y era obvio que se estaba divirtiendo y sentía muy a gusto. Su rojo cabello reflejaba la brillante luz del sol y Amelia se sintió contenta de que por lo menos él pareciese ahora contento. Cuando la fue a ver al hospital, iba muy serio y reservado, y hasta después no se enteró de que el matrimonio de su hermano se había roto durante la misma semana en la que ella se había quedado viuda.

Iba a extrañarlo mucho, se repitió con tristeza, pues ningún hermano se habría portado como él cuando lo había necesitado.

La puerta trasera se abrió y Amelia se apresuró a limpiarse una lágrima furtiva que empezaba a resbalarle por la mejilla. Entonces reanudó su trabajo con la ensalada, mientras su amiga Harlee Ternos entraba en la habitación.

— ¡Cielo santo! ¿Por qué no me avisaste de que Adonis se había mudado a este vecindario? — Harlee fingió un desvanecimiento y se colocó una mano sobre el amplio pecho.

— ¿Te refieres a Reece? — preguntó Amelia, a la vez que se sentía orgullosa de que

su voz sonara firme y en calma.

Harlee suspiró y se arregló con la mano un rebelde mechón de su rubio cabello.

— Ni más ni menos que él. ¿Ya te has fijado en la manera en que llena sus ajustados pantalones?

— ¡Harlee! ¿Habéis sido presentados?

— No, ¿y qué? Lo he visto y con eso basta. Es un verdadero Adonis.

— Reece tiene el pelo negro y se supone que Adonis lo tenía rubio.

— Minucias sin importancia — Harlee hizo un ademán en el aire — . Es un hermoso ejemplar, y tú lo sabes — tomó asiento en una de las sillas de la cocina y subió sus largas y bronceadas piernas a otra — . Y tiene los ojos azules.

— ¡Cállate! Te va a oír — a Amelia no se le ocurría otra cosa peor que el hecho de que Reece se enterara de los comentarios de Harlee.

En especial debido a que ella estaba completamente de acuerdo.

— ¿Y qué me importa que vaya a escucharme? — Harlee bajó las piernas, se puso de pie y apoyó los codos sobre la mesa — . Mírame a los ojos y dime si no piensas tú lo mismo.

Amelia sintió que el peso de su dolor disminuía ante el buen humor de Harlee, que era irresistible.

Entonces Amelia se puso seria.

— Voy a echar mucho de menos a mi hermano.

— Lo sé, querida — Harlee extendió la mano y cubrió una de las de Amelia — . Si no hubiera sido por su apoyo, quién sabe qué habría sido de ti en estos tres años. Pero creo que hasta Charlie estaría de acuerdo en que empieces una nueva vida — Harlee suspiró y le hizo un gesto cariñoso a su amiga — . ¿Te sientes mejor?

— Creo que sí — fue la respuesta de Amelia, mientras se encogía de hombros.

Sabía que eso era lo que Harlee deseaba escuchar. Pero, si quería ser sincera consigo misma, no podría decir que se alegrara de haber salido con vida de aquella sala de operaciones. Dejó caer la mirada y contempló la fuente de verduras.

¿Cómo se las arreglaría el resto de la gente para sobrevivir mucho tiempo después de haber perdido algún ser querido? ¿Cómo era posible que pudiesen sonreír como si su deleite ante un cálido día primavera] fuese auténtico? ¿Cómo podrían ser capaces de reírse de una broma o de evitar ponerse a dar de alaridos ante el inesperado surgimiento de los recuerdos?

Cierto que ella había aprendido a vivir con su tristeza, pero sólo a base de luchas diarias.

— ¿Me puedes sujetar la puerta? — le pidió a Harlee, una vez que pudo dominar sus lágrimas.

Cogió la bandeja sobre la que había colocado la fuente de las verduras para llevarla al patio.

Reece ayudó a Charlie a poner la comida en la mesa de Charlietal que había bajo una gran sombrilla amarilla. Aunque pensó que era demasiada comida y que los invitados no la podrían consumir toda.

Estaba contento de contar con un pretexto para alejarse de las dos jóvenes solteras a las que Charlie había invitado. Eran un tipo de mujeres que él conocía muy bien: de las que aprovechan la menor insinuación de un hombre, pero Reece deseaba que su siguiente esposa fuera una mujer de un solo hombre.

Mientras localizaba un sitio para colocar lo que llevaba, la puerta trasera se abrió y por ella salió Amelia, seguida, de Harlee, la escultural rubia que antes le había presentado Charlie. Harlee estaba casada con Michel Ternos, que en ese momento estaba jugando en la piscina con sus dos niños pequeños.

Reece sintió envidia de los niños de Michel. Tan pronto como se casó con Amanda, quiso crear una familia, pero ella le pidió algún tiempo para centrarse... momento que nunca llegó, porque siempre se negó a tener hijos. Y eso fue todo.

Sin embargo, Reece tenía la firme idea de tener algún día la familia que siempre había deseado. Aunque en su próximo intento tendría más cuidado de no entregar su corazón, y en no permitir que su esposa lo abandonara.

Al ver que Michel Ternos salía de la piscina con sus hijos en brazos, recordó que Charlie le había contado que Michel y el marido de Amelia compartían bufete en Oak Park. En ese momento, Michel les sonrió a las dos mujeres que salían de la casa.

El contraste entre ellas era impresionante. Amelia era pequeña, llevaba su largo cabello cobrizo en una trenza y avanzaba con una advertencia en la mirada que les indicaba a todos los hombres que no debían acercarse. Harlee era mucho más alta, rubia y con unos chispeantes ojos castaños. Al ver a Reece, Harlee le sonrió con agrado y se acercó a él.

— Hola, guapo. ¿Podrías ayudarme a arreglar la mesa para que quepa la fuente de la ensalada?

Tan sólo una mujer que es feliz en su matrimonio podría tener esa alegre actitud descarada, y Reece deseó que Amelia también pudiese ser así con él, pero aquellos ojos y su sonrisa forzada indicaban con claridad que no le emocionaba en lo más mínimo el hecho de que Reece se encontrara esa noche entre los invitados y que lo consideraba uno más entre todos.

Reece se sintió afectado en su orgullo de hombre y pensó que haría hasta lo imposible para conquistar a la inaccesible Amelia, que tan pronto como depositó la bandeja con las verduras sobre la mesa, se alejó para hablar algunas palabras con otro de los invitados. Aquello puso celoso a Reece, aunque se alegró cuando notó que ella también se alejaba y que el semblante del hombre demostraba a las claras que se sentía decepcionado.

Llegado el momento de comer, Reece se sirvió un plato y miró a su alrededor en busca de un asiento vacío. Para su suerte, el que quedaba vacío estaba al lado de Amelia y pudo ocuparlo a tiempo de evitar que se lo quitase otro hombre que también estaba buscando asiento.

— Lo lamento — le indicó Reece al otro hombre con una sonrisa.

Luego se devanó los sesos hasta encontrar el único tema que sabía que le interesaba Amelia.

— Esperas siempre con ansiedad el primer día de clases, o después de algún tiempo se vuelve algo tedioso?

Ella movió un poco la cabeza, y Reece tuvo que hacer un considerable esfuerzo para no extender la mano y tocar la suavidad de aquella melena y sentir su textura y su suavidad...

— Las clases de obediencia canina nunca me aburren — aseguró Amelia.

Reece desvió su atención del cabello de la joven para centrarla en la mirada de sus ojos azules.

— ¿Por qué no? — inquirió.

— Es muy interesante observar el progreso de los animales a — medida que aprenden a seguir órdenes.

Me imagino que lo mismo sucede al enseñar a personas. No hay dos estudiantes iguales. En mi caso, eso se aplica aún más, pues los alumnos vienen emparejados con quien se encarga de ellos, y los entrenadores tratan a sus perros de forma diferente siempre, y tampoco hay dos iguales. A mí siempre me ha fascinado la forma en que se estrecha la relación entre el amo y su perro al aprender juntos.

— Y también debe haber algunos que nunca consigan aprender — se lamentó Reece, con una sonrisa burlona.

— Pareces tener muy poca fe en mi habilidad para enseñarte a controlar a tu perro.

— No, claro que no se trata de eso.

— Vaya, no podía permitir que ella pensara que iba a mantener una actitud negativa durante el curso.

— Lo que pasa es que mi perro es tan... rebelde... que me imagino que no va a acatar las órdenes.

— Te vas a sorprender — respondió ella con una sonrisa involuntaria.

Y ambos guardaron silencio.

¿De qué otra cosa interesante para ella podría hablar él?, pensó Reece. Aquella mujer pequeña, frágil y de apariencia deliciosa, con sus pantalones amarillo pálido y su blusa sin mangas no le prestaba ninguna atención y él se sentía arder.

La tela de su blusa era muy fina, por lo que se podía apreciar algo del encaje interior. Para ser una mujer tan pequeña, sus senos eran de una sorprendente turgencia. De súbito, notó que Harlee Ternos lo estaba observando y entonces desvió la vista del pecho de Amelia. Sus mejillas adquirieron un rubor de culpabilidad. Tenía que encontrar algún tema de conversación para hablar con Amelia...

— Charlie me ha reclutado para ayudarlo en su mudanza — comentó entonces a Amelia, con una actitud de fingida resignación, lo que hizo que ella lo mirase con simpatía.

— Te compadezco. Y además estoy casi segura que él no te ha hablado de su colección de rocas.

— No — respondió Reece sonriente — . Y acabo de mudarme, así que él no puede devolverme el favor. Por cierto, este sitio es muy bonito y comprendo que te duela marcharte. ¿Ya tenía la piscina cuando comprasteis la casa?

La sombra que cubrió la mirada de Amelia fue la misma de aquel otro día en que hablaron de su difunto esposo, y Reece no pudo menos que preguntarse qué se sentiría teniendo una mujer que lo llegase a amar así.

— No — dijo ella con calma — . La piscina se la pusimos después.

— ¿Fue idea tuya?

— No, de mi esposo — sus ojos reflejaban de nuevo esa leve advertencia que indicaba que estaba prohibido el acceso a la mujer que se escudaba tras sus defensas — . Charlie y yo compramos esta casa hace siete años; poco después de que él y Michel, el marido de Harlee, abrieran su bufete de abogados.

Reece lo deseaba conocer toda la información acerca de ella y deseó formular más preguntas, pero se contuvo ante el temor a que se aislase aún más.

— Amelia, ¿me subes? — y antes de que pudiese decir algo, la pequeña de los

Ternos se subió a su regazo. Reece observó con curiosidad a la mujer al notar que en sus ojos aparecía un atisbo de algo que pudo ser dolor y cierta incomodidad de alguna clase, pero Amelia se recobró al instante y le sonrió a la pequeña rubia. ¿En qué estaría pensando? Constituía un misterioso enigma que él deseó resolver.

Después de comer, algunos de los invitados se sentaron en el borde de la piscina y otros se pusieron a nadar. Amelia no hizo ninguna de las dos cosas, sino que fue por su perro y se dedicó a pasearlo por el patio.

Después de nadar un poco, Reece salió de la piscina, se secó y se puso la camisa, acudiendo entonces al lado de Amelia, que en ese momento estaba contemplando un brillante macizo de flores veraniegas.

Reece se inclinó y acarició la amplia cabeza de Foxy, riendo entre el evidente deleite de la perra. ¿Cómo era posible que alguna vez hubiese pensado él que aquel animal era amenazador?

— Eres una buena amiga — le dijo, mientras acariciaba las orejas de Foxy y permitía que la enorme lengua le bañara la mano.

— No siempre — comentó Amelia — . Tiene un lado que tú no has visto.

— ¿Está entrenada para protegerte?

— No dudo que me defendiese si fuera atacada por alguien.

— Pero no tiene entrenamiento especial, ¿no?

— Por supuesto que no, yo nunca permitiría que un perro fuese entrenado para atacar, ya que constituye una gran responsabilidad tener un animal que es un arma.

Por el momento no podía eludir la charla con Amelia, que ahora parecía estar receptiva y abierta.

— ¿Es tu primer Rottweiler?

Amelia frunció el ceño durante un momento. Movi6 la cabeza una vez y se aclar6 la garganta, pero no pudo emitir palabra y los ojos se le llenaron de lágrimas.

«¿Qué demonios habré dicho?», pensó Reece.

Sentía que no podía apartar la vista de los ojos de Amelia y la profunda tristeza que vio en ellos lo hizo desear no haber formulado nunca su pregunta respecto al perro. A pesar de lo que sabía respecto al pasado de Amelia, sospechaba a medias que la reserva de ella era deliberada, una especie de lucha de voluntades en la que él debía salir vencedor. No obstante, no podía haber estado más equivocado, pues la mujer que se ocultaba tras aquel muro vivía en un infierno inimaginable.

En un impulso, Reece extendió la mano y le dio un ligero toque en el codo.

— Lo siento. Por favor, no me respondas si eso te produce algún dolor — dijo, al tiempo que desviaba la mirada para darle oportunidad de recobrarse.

— Ya estoy bien — comentó Amelia, después de una inspiración profunda y de exhalar el aire con lentitud

Surgió un silencio que Reece no trató de llenar, ya que no se le ocurría nada adecuado que decir, puesto que no sabía qué era lo que pasaba. Pero en el fondo no le había gustado nada ser la causa del dolor que ahora estaba sintiendo ella.

Lo único que hizo fue agacharse otra vez y volver a acariciar a Foxy. Al arriesgarse a dirigir la mirada por un instante hacia Amelia, se dio cuenta de que la joven se hallaba inmersa en un pasado inaccesible para él. Lo mejor que podría hacer era retirarse y dejarla sola.

Se incorporó, y estaba a punto de despedirse, cuando Amelia habló por fin.

— Sí, tuve otro Rottweiler antes que a Foxy. Se llamaba Caitlin y se hizo merecedor de varios diplomas, tanto en el aspecto físico como en el de obediencia. En una ocasión en que, hace tres años, volvíamos de una exhibición, un tráiler que venía delante de nosotros se detuvo de pronto y Charlie, mi esposo, no pudo detener nuestro coche a tiempo para evitar el encontronazo.

Reece tuvo una dantesca imagen mental de lo sucedido, a la vez que sentía una compulsiva urgencia de atraer a Amelia hacia él y estrecharla entre sus brazos hasta consolarla.

— Caitlin y James murieron — Amelia suspiró y contuvo el aliento por un instante — . Lo lamento.

Casi nunca hablo de esto con nadie. Disculpa si te he utilizado como paño de lágrimas.

— Me alegra haberte podido ser útil de algún modo — volvió a acariciar al perro y entonces, sin darse cuenta y para sorpresa de sí mismo, tomó la mano de Amelia — . Amelia, quisiera verte de nuevo. ¿Aceptarías cenar conmigo el sábado?

Lo dijo sin pensarlo, pero deseó con toda el alma que ella le dijese que sí. Sin embargo, la joven guardó silencio durante largo rato y él temió que eso fuese un síntoma de rechazo. Aunque estaba acostumbrado al rechazo y para él no sería ninguna novedad...

— Me gustaría — manifestó Amelia de pronto — . Pero no sin antes advertirte que ya no tengo ninguna práctica en citas.

— No importa — le aseguró él, a la vez que se sentía invadido por un inmenso alivio. Se sintió de pronto plétórico de felicidad. Hizo un esfuerzo por dominarse, ya que no quería que ella se diese cuenta de lo mucho que la deseaba para que no se asustase y se negara a salir con él.

— Yo tampoco tengo práctica.

— Eso se me hace difícil de creer — mencionó ella, mientras se ruborizaba y trataba de rescatar su mano, que él aún no había soltado y cuyo dedo pulgar acariciaba sin darse cuenta.

Entonces, con suma lentitud y sin dejar de gozar con el pequeño chillido de Amelia, acercó la mano a sus labios y depositó en aquella suave y cálida piel un ligero beso.

— Después de mi divorcio no he sentido ninguna urgencia por salir con nadie. Hasta ahora.

Los cursos básicos de obediencia canina se iniciaron a las seis de la tarde del siguiente jueves.

Era una clase como cualquier otra, se dijo Amelia; y la sensación de ansiedad que sentía en la boca del estómago no tenía ninguna razón de ser. Ninguna en absoluto. Tal vez le hubiera hecho daño algo que había comido.

Al empezar a llegar los perros, acompañados por sus dueños, Amelia examinó a cada animal con la mirada mientras saludaba a la gente que iba llegando. Ese grupo era el correspondiente a los cachorrillos, entre los que incluso había uno que parecía dominar muy bien a su dueño, relación que Amelia tendría que hacer que se modificase a lo largo del curso.

Sin embargo, cuando su mirada se enfrentó a la de ciertos ojos azules, de su mente desapareció cualquier pensamiento coherente. ¿Habría hecho algo Reece para parecer más apuesto? Sabía que no era posible, pero su mandíbula parecía más cuadrada, su mirada más firme y sus labios mejor delineados. Un rizo de su negro pelo le caía sobre

la frente y lo hacía parecer aún más irresistible. Y, al sonreír, su boca reveló una perfecta dentadura blanca.

Era como para dejar sin aliento a cualquiera. Y ella temía con él tima cita para el sábado. Debía estar loca al haber aceptado, pues ninguna mujer sería capaz de ser inmune a tal encanto. ¿Lo sería ella?

Por supuesto que no. El día de la fiesta de despedida de su hermano había notado que todas las mueres presentes habían dirigido hacia él sus atenciones al verlo llegar y se habrían sentido felices si él les hubiese hecho caso.

Uno de los cachorrillos emitió un corto ladrido de felicidad y fue en ese momento cuando ella volvió a la realidad; sonrió y se agachó para acariciar al Dóberman, que estaba al lado de Reece, luchando por obtener la atención de ella.

— Hola — saludó a Reece.

Al fin y al cabo, tenía que tranquilizarse; se trataba tan sólo de un cliente más, aunque ella lo hubiese tratado un poco más en el plano personal. Y debía alegrarse de que por fin hubiese notado el atractivo de algún hombre.

— Hola — respondió aquella voz profunda que ella recordaba tan bien — . Nadia está lista para entrar en acción.

— Esto va a ser interesante.

— Va a ser instructivo — replicó ella, que al no estar segura sobre algo más que decirle a Reece, prefirió hacerle otra caricia a Nadia, antes de enviarlos a ambos a unirse al resto del grupo.

La clase transcurrió bien, a pesar de que ella estaba pendiente de la presencia de aquel hombre moreno y su perro.

Después de terminada la instrucción, Amelia entregó a cada dueño de los animales una hoja que serviría para repasar lo aprendido, haciendo acotaciones personales para algunos. Aunque la duración oficial de las clases era de una hora, ella siempre dejaba un margen de media hora para las inevitables preguntas, y esa noche no constituyó la excepción.

Reece estuvo esperándola hasta el final, y ella se dio cuenta, así como también se dio cuenta de la rubia del perrito Poodle en miniatura, que se apresuró a iniciar una charla con Reece en cuanto terminó la clase.

Amelia tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mirar hacia el sitio en el que con tanta animación dialogaban Reece y aquella odiosa mujer y centrar toda su atención en las preguntas que le hacían sus alumnos sobre las técnicas de entrenamiento.

Cuando por fin se fue toda la gente con sus animales, Amelia se acercó a Reece y a la rubia con una sonrisa que esperaba tuviese la apariencia de neutral.

— ¿Tenéis alguna duda sobre la clase de hoy?

— No; aunque estoy ansioso por practicar lo aprendido — comentó Reece, dando un paso en dirección a Amelia — . Si te parece bien, pasaré a recogerte el sábado a eso de las siete de la noche, ¿de acuerdo?

Según pudo notar Amelia, la rubia tenía las orejas tan levantadas como las de su perro, y ella se sintió enrojecer. Se trataba de una cita normal y corriente, no había razón para ponerse nerviosa, pensó.

— A esa hora está bien — se las arregló para responderle a Reece — . ¿Qué clase de ropa debo llevar?

Cuando una extraña luz relampagueó por un instante en los ojos de Reece, Amelia

creyó que la habría imaginado, porque la voz de él fue muy tranquila al decir:

— Si te sirve de algo, te diré que yo llevaré corbata.

Sería formal, pensó Amelia asintiendo con la cabeza.

— Entonces nos veremos el sábado —comentó Reece, después de una incómoda pausa surgida entre ellos.

— Nos veremos el sábado — repitió Amelia como un eco.

El próximo sábado, y para lo cual faltaban tan sólo dos días. Se sentía un poco asustada ante el hecho de tener una cita con Reece. No obstante, también se encontraba muy emocionada, y sentía que dos días sin verlo era demasiado tiempo.

Capítulo 3

Reece aparcó su coche deportivo blanco frente a la casa de Charlie y Amelia, admirando las largas y elegantes líneas de su estilo Prairie. En cuanto llamó a la puerta recordó lo nerviosa que le había parecido Amelia durante la clase del jueves. Y él debía estar loco al tener la intención de pretender conquistar a aquella inaccesible belleza.

Pero siempre le habían gustado los desafíos.

La puerta se abrió y Amelia apareció en el umbral. Él nunca la había visto con vestido, y si antes pensó que era hermosa, ahora le parecía... arrebatadora. Y eso era lo que él hubiese querido hacer en ese momento: arrebatarla de allí y llevársela hasta el confín del mundo.

Amelia se había recogido la melena en un moño que aumentaba la clásica belleza de sus facciones, y el vestido que había decidido ponerse, más que delinear sus curvas, parecía acariciarlas. Era de estilo sencillo, pero parecía haber sido pintado sobre su cuerpo.

— Hola! — lo saludó ella, con una animación en la voz que sorprendió y emocionó a Reece.

Sin embargo, al contemplarla más de cerca, notó que lo que había tomado por animación era tan sólo nerviosismo, que su sonrisa era frágil y que en sus ojos había demasiado brillo... Más bien parecía aterrorizada, aunque trataba de disimularlo.

— Hola — respondió él con una voz baja y calmada.

Tenía el objetivo de calmarla a ella, aunque los dedos de él ansiaban trazar las líneas del escote de aquel vestido y averiguar cómo era que se mantenía en su sitio. Tu aspecto es impresionante.

— Gracias — la voz de ella se había convertido en un susurro.

Él se preguntó si se habría arrepentido de haber aceptado su invitación a cenar. Porque él no se arrepentía en lo más mínimo.

Claro que no. La belleza de esa mujer le provocaba una gran ansiedad por tocarla, por explorar su cuerpo, por recorrer con sus manos la tela que cubría sus caderas y muslos. Tenía una necesidad irresistible de tocarla.

¿Y entonces qué?

Sin embargo, Reece evitaba con todo cuidado pensar en lo que podría ocurrir después de saciar la sed que había desarrollado por Amelia Hubbard. Ahora, al contemplar la mirada vulnerable y casi aterrorizada de aquellos ojos, supo que las cosas no iban a ser tan sencillas como se las había imaginado al principio. Amelia no era una mujer como para abandonarla después de haberla conquistado. Ni tampoco él querría que sucediese así.

No era una mujer que tan sólo buscara pasar un buen rato, como él bien lo sabía desde la primera vez que la vio. Desde que empezó a sentir la urgencia de vencer sus reservas, y un primitivo instinto de conquista que, según sospechaba, tenía una estrecha relación con la aparente indiferencia de ella ante él. ¿Se trataría de la emoción de la cacería?

Quizá. Pero lo que ahora deseaba de Amelia era algo más que el desafío de llevarla a la cama. ¿Qué era ese algo más? No estaba seguro de conocer la respuesta. Todavía. Un audible carraspeo masculino lo hizo volver al presente y darse cuenta de que había mirado a Amelia hasta hacerla ruborizarse. Charlie, que acababa de entrar en la habitación, le hacía con la vista el airado reproche propio de un padre.

— Cálmate, Charlie — pidió Reece divertido — . No voy a raptar a tu hermana — aclaró, sin dejar de mirarla a ella — . Aunque sea la mujer más hermosa de todo Biget river.

Vaya, no debía haber hecho ese comentario, pues estaba claro que había puesto a la joven todavía más nerviosa.

Entonces, trató de calmarla con la mirada y se sintió contento al ver que ella hacía un notorio esfuerzo por recobrase.

— Quieres tomar algo? — le preguntó Charlie.

Miró su reloj de manera ostensible, porque de ninguna manera iba a permanecer bajo el inquisitivo ojo de Charlie ni un minuto más.

— Gracias, pero tendremos que dejarlo para otra ocasión, ya que si no nos damos prisa, vamos a llegar tarde.

— ¿A dónde vais a ir? — inquirió Charlie y, cuando Reece mencionó el nombre de un famoso restaurante que estaba especializado en alta cocina francesa, emitió un silbido — . ¿Vale tanto ella? Yo optaría por uno de esos sitios de cocina rápida.

Amelia sollozó en broma.

— Con razón nadie quiere salir contigo por segunda vez.

— Lo que pasa es que vivo según mi lema: Ámalas y déjalas — bromeó Charlie.

Reece rió y tomó a Amelia por el brazo para dirigirse con ella hacia la puerta.

— Dicen que cuanto más viejo es el árbol, más ruido hace al caer.

Amelia rió con ganas, y el dulce sonido de su risa alegró el corazón de Reece.

— Bien dicho — comentó ella mientras se dirigían al restaurante — . En realidad, no es fácil que alguien venza a mi hermano en un combate verbal — añadió con afecto.

— Cuánto tiempo hace que vives con él? — la interrogó Reece, mientras esperaban que les designaran mesa.

— ¿Te refieres a esta última época? — dijo ella, arqueando levemente las cejas.

— ¿Pues cuántas veces ha sido así?

— Tres, si quieres incluir nuestra infancia, cuando no teníamos elección — Amelia sonrió — . Y puedes creerme, crecer junto a Charlie es una experiencia que nadie podría olvidar.

— Me lo imagino. ¿Y cuándo tuvieron lugar la segunda y tercera ocasión?

— La segunda fue mientras estudiábamos en la universidad, cuando decidimos compartir un apartamento... lo cual también constituyó una experiencia inolvidable. Mi hermano tenía tantas amistades del sexo femenino que yo me sentía como una secretaria que trataba de arreglar sus compromisos; lo peor era lograr que ninguna de sus novias se enterase de la existencia de las demás.

Reece rió con ganas.

— ¿Tú también tenías muchos novios?

— Yo... no, claro que no — su voz perdió toda su animación — . Conocí a Charlie, que después fue mi esposo, durante mi primera semana en la universidad — emitió entonces una risilla suave y llena de tristeza, que conmovió el corazón de Reece como

no creyó que fuese a volverle a suceder nunca — . Nos enamoramos uno del otro desde nuestra primera cita y nos casamos a la semana siguiente de graduarnos.

— ¿Os enamorasteis? — inquirió Reece haciendo gala de cinismo — . Me imagino que te refieres a que os sentisteis atraídos en el terreno sexual.

Amelia se ruborizó antes de responder.

— Bueno, pues sí, también eso, aunque constituye tan sólo uno de los motivos por los cuales amé a Charlie.

— No existe algo tan vago como el amor — arguyó Reece, que por fin había logrado dominar la nostalgia que le habían producido las palabras de Amelia.

Si en sus recuerdos juveniles había algún recuerdo de amor, era sólo una ilusión y lo que había compartido con Amanda una mera preocupación sexual. Como siempre, el pensar en la traición de aquella mujer era algo que no podía soportar.

— El amor es un eufemismo que la gente usa para adornar el sexo. En especial cuando es algo grandioso.

El rostro de Amelia había adquirido una tonalidad que era casi púrpura y tenía el ceño fruncido.

Estudió el rostro de Reece con tanto cuidado como si se tratase de las piezas en desorden de un rompecabezas que ella tenía la determinación de armar.

— Me temo que estoy en desacuerdo contigo — pronunció en un tono suave pero inflexible — . Charlie y yo nunca... Yo me conservé virgen hasta nuestra noche de bodas, así que nuestra decisión de pasar juntos el resto de nuestra vida no estuvo basada en el sexo, sino en el amor.

Una discusión no los llevaría a ninguna parte, así que prefirió guardar silencio hasta que les asignaron mesa.

— Eres muy afortunada al contar con un hermano — prosiguió Reece, mientras tomaban un aperitivo — . Yo nunca tuve ni hermanos ni hermanas y tuve una infancia muy solitaria, aunque...

— ¿Aunque qué?

En el transcurso de los años había aprendido que era mejor dar la información de su origen de una vez y luego seguir adelante.

— Cuando era un bebé recién nacido fui abandonado en el interior de una iglesia. Lo único que encontraron entre mi ropa fue una breve nota con mi nombre. Las trabajadoras sociales nunca lograron ni siquiera averiguar si Chambers es un segundo nombre o un apellido.

Amelia exhaló un suspiro de desconsuelo.

— No sientas pena por mí — pidió Reece — , pues mi infancia transcurrió en una serie de hogares sustitutos muy aceptables.

— No es que sienta pena por ti. Lo que siento es una terrible urgencia por colocar las manos alrededor del cuello de la mujer que te abandonó — Tras su voz había un furor que él no había sospechado que pudiese alguna vez adquirir.

— No vale la pena. Si ella no me quería, tuve suerte de que me dejase en aquella iglesia y no en un bote de basura.

Ella tenía los puños apretados sobre su regazo y tuvo que hacer acopio de fuerza para contestarle a Reece en su mismo tono de ligereza.

— Me imagino que tienes razón. ¿Y cuántos padres adoptivos tuviste?

— Tres pares. Y si no pudo transcurrir toda mi infancia en uno de sus hogares fue

debido a una serie de circunstancias fortuitas. Por ejemplo, el hecho de que uno de mis padres perdiera su empleo y tuviera que mudarse a otro estado.

— ¿Te has mantenido en contacto con alguno de ellos?

— Sí, pero no es igual que si se tratase de mi propia familia. Por eso te aseguro que eres afortunada al contar con un hermano, aunque sea como sea.

— Charlie es muy bueno conmigo — los labios de Amelia formaron una pequeña sonrisa — . Nuestros padres murieron, cuando yo todavía estudiaba en la universidad. No sé cómo habría podido salir adelante sin Charlie.

Los dos guardaron silencio algunos minutos y, durante el resto de la comida, Reece trató de distraerla con comentarios acerca de sus nuevos compañeros de trabajo y ella le habló de anécdotas vividas en su trabajo de entrenadora de perros. No obstante, a la vuelta, Amelia se refugió de nuevo en su reserva y el ambiente se llenó de una tensión tan sólida como un muro. Aunque tenía una sospecha sobre la causa de la seriedad de ella.

Esa salida era una cita. Y la costumbre era que terminasen con un beso. ¿Sería ese el temor de Amelia? O sentiría tanta ansiedad como él por ese momento? Se encontraba tan quieta y callada que era imposible decirlo.

Reece decidió arriesgarse, por lo que extendió la mano, acarició una de las de Amelia y luego dejó la suya sobre la de ella.

— Gracias por esta noche. Cuando uno se muda a una nueva ciudad pasa por momentos muy solitarios — dijo.

Amelia trató de concentrarse en lo que él le decía. Estaba intentando escucharlo, pero lo único que tenía sentido para ella era la sensación de la dureza y calidez de la mano que cubría la suya y del modo íntimo en que sus largos dedos descansaban sobre su muslo y le transmitían su calor.

En un esfuerzo por poder hablar, Amelia se aclaró la garganta.

— De nada — fue lo único que se le ocurrió decir.

Los dedos de él apretaron los suyos por un momento, y entonces, bruscamente, la soltó y puso las dos manos sobre el volante para guiar el coche hacia la zona de estacionamiento de la casa de Amelia, y ella dirigió la mirada hacia él.

Reece era... todo un hombre. Atractivo y sensual. Demasiado atractivo. Y demasiado sensual.

Reece la hacía sentir la tentación de arriesgar su cómodo y seguro estilo de vida, que a ella no le interesaba cambiar. Porque no le interesaba, ¿no?

Cuando él le habló de su pasado, ella sintió pena... y algo más. Sabía que se trataba de un hombre peligroso y que podría herirla. No se volvería a interesar. De ninguna manera, ni en él ni en nadie. Porque ya se había quedado hecha añicos su vida una vez. Nunca, le dijo en silencio a la enorme silueta del hombre sentado a su lado. Jamás le iba a importar ni en lo más mínimo.

Pero... ¿a quién trataba de engañar?

De pronto, la voz de él rompió el hilo de sus pensamientos.

— Si paso por aquí mañana, cuando salga a llevar a Nadia a dar un paseo, ¿vendrás con nosotros?

Sabía que debía responder con un rotundo no, pero sus labios se negaron a formar esa palabra. Deseaba verlo de nuevo, estar con él y experimentar cómo iba desarrollándose la relación.

Reece colocó las manos sobre los hombros de ella, suavizó el tono de su voz y empezó a formar pequeños círculos con las palmas de las manos sobre la sedosa tela del vestido.

— Has estado a gusto esta noche, ¿o me equivoco?

Ella clavó la vista sobre el diseño de su corbata. Si no la soltaba, no podría poner en orden sus pensamientos. Levantó las manos para separar las de él de su cuerpo, pero Reece se apresuró a entrelazar los dedos con los de ella. Llena de pánico ante la posibilidad de que él fuese a besarla, y más temerosa de su propia reacción que de la de él, liberó sus dedos. Luego lanzó un suspiro de alivio cuando Reece descendió del coche para abrir la puerta por su lado.

— Gracias — comentó Amelia al descender — . Y no, no te equivocas. Esta noche ha sido muy agradable para mí. Por cierto, la cena ha estado deliciosa. De acuerdo, nos veremos mañana. Buenas noches — dijo, y casi echó a correr hasta la puerta de su casa.

Divertido ante la súbita retirada de ella, Reece permaneció de pie al lado de su coche, hasta que vio que se encendía una luz en el interior de la casa. Entonces volvió a coger su coche y se preguntó cuánto tiempo habría transcurrido desde que no conseguía un beso en la primera cita.

Pero aquella mujer tan fría y controlada durante la mayor parte del tiempo era impredecible en su comportamiento.

Reece no le había indicado a qué hora iba a pasar por allí el domingo, pero ella por lo general lo veía pasar con su perro a eso de las seis, así que cuando a las seis menos cuarto oyó el sonido del timbre de la puerta, aún no había terminado de peinarse y tenía el cabello suelto.

— ¡Maldición! — exclamó en voz alta, mientras se apresuraba a recoger su abundante melena con un pasador.

Bajó las amplias escaleras del frente a toda prisa y abrió la puerta a tiempo de ver que Reece aseguraba la correa de Nadia a uno de los pilares del porche.

— ¡Hola! Se me ha hecho un poco tarde, pero tardo tan sólo un minuto. Por favor, entra y siéntate con toda confianza, como si estuvieras en tu casa.

«Cállate, Amelia», se dijo a sí misma, «dices sólo tonterías». Y, mientras él entraba en la casa, ella no se movió del umbral, por lo que pudo realizar una rápida inspección de la apariencia que tenía. Llevaba unos pantalones cortos de color azul marino y una camiseta que hacía juego. Amelia sintió que el pulso se le aceleraba, pero pensó que eso era debido a la prisa que tenía por terminar de arreglarse y no al hecho de tener frente a ella a un hombre tan atractivo como Reece.

Reece, que ya había entrado en la casa, permanecía sin moverse y mantenía también la vista fija, y sin parpadear, en la figura de Amelia.

— ¿Qué sucede? — inquirió ella, y él movió la cabeza de un lado a otro, como lo hace alguien a quien despiertan de un sueño demasiado prolongado.

— Buenas noches — dijo él, de forma casi reverente.

Entonces, antes de que ella se diese cuenta de lo que se proponía, la cogió por el codo y la hizo darse la vuelta con lentitud.

— Nunca había visto una melena como la tuya — musitó Reece — . ¿Te la has cortado alguna vez?

— Sólo las puntas cuando es necesario — replicó Amelia, divertida por el intenso

interés demostrado.

De nuevo sintió la presión de aquella mano que ahora la hacía volverse hacia él. Y con cada movimiento de su cuerpo, el color cobre de su melena parecía brillar con excitante vida propia.

— Es asombroso — comentó Reece cogiendo un mechón de cabello y colocándolo sobre uno de sus senos — . ¿Sabes? — añadió con voz grave — . La otra noche dejamos algo pendiente.

— ¿El qué?

— Esto — la hizo levantar la cabeza suavemente con uno de sus dedos e inclinó la suya para darle un ligero beso en los labios.

Demasiado aturdida para retirarse, Amelia soportó en actitud pasiva mientras él metía las manos por su cabello y luego la sujetaba por la barbilla.

«¡No!», pensó con vehemencia, «todavía no estoy lista para esto». Cuando Reece trató de abrirse paso con la punta de la lengua entre los cerrados labios de ella, Amelia emitió un jadeo de desesperación, pues sintió que de pronto se quedaba sin aire y ni siquiera pudo pensar en moverse al invadir Reece aquel espacio íntimo, que durante años había permanecido inviolado.

Al sentir que aquel enorme y duro cuerpo estrechaba la distancia entre ambos y que su lengua realizaba un segundo intento de penetración, una chispa de respuesta empezó a surgir en su interior. Su cuerpo se estremeció por una onda de necesidad que corrió a lo largo de su espina dorsal, hasta llegar a centrarse entre sus piernas. Sorprendida ante la inmediata reacción sexual de su cuerpo, Amelia emitió un nuevo jadeo y entreabrió los labios, lo que la lengua de Reece aprovechó de inmediato para llegar al interior, en un beso aún más íntimo.

Y Amelia sintió que todo su miedo se evaporaba bajo la ardiente necesidad de calmar sus febriles sentidos con la magia que él podría proporcionarle. Incapaz de resistir aquellas demandas, arqueó su cuerpo hasta encontrar la dureza de aquel cuerpo masculino.

En un instante de eléctrica quietud, Reece retiró su boca y se la quedó mirando. Debía reconocer la total sumisión femenina, pues deslizó las manos con ardiente lentitud a lo largo de su espalda para acercarla más a él y adherir su boca a aquella que se le ofrecía.

Amelia se estremeció ante lo súbito de aquel profundo movimiento íntimo y emitió un sonido ahogado. Parte de ella no terminaba de aceptar las sensaciones despertadas por Reece, y trató de desviar la cabeza, pero él entrelazó los dedos en su cabello para impedirle el movimiento, a la vez que introducía la lengua a la húmeda cavidad de la boca. Amelia dejó de oponer resistencia y todo su cuerpo empezó a moverse en correspondencia al ritmo impuesto. La suavidad de sus senos empujó contra el pético muro del tórax masculino y ella ya no pudo negarse cuando él la levantó colocando una mano sobre las curvas de su trasero, para llevarla hasta la dureza que había entre sus muslos.

Después de un momento de miedo instintivo, las demandas sexuales de aquel hombre lograron hacerla sentir una indescriptible necesidad de saciar sus propios deseos y empezó a responder sin pensar en nada que no fuese el juego erótico de aquella lengua, y el lento y deliberado balanceo de sus cuerpos fundidos en un íntimo abrazo.

Sus pezones ya habían adquirido la dureza de la Medra y clamaban por un mayor

contacto. Amelia se retorció contra el cuerpo de él, sintiéndose inmersa en el momento... hasta que a su espalda oyó el ruido de una puerta que se cerraba. ¡Su hermano!

Amelia se sobresaltó y luchó por liberarse del ¡brazo de Reece, pero él no la soltó, sino que la hizo apoyar la cabeza contra su pecho y la estrechó con fuerza entre sus brazos. ¿Qué pensaría Charlie?

Su hermano siempre había tenido la tendencia a ser muy protector con ella; ojalá que en esta ocasión no fuese a ocurrírsele que su deber era...

Un fuerte carraspeo interrumpió sus pensamientos.

— No me mires así, Reece — dijo la sonriente voz de su apuesto hermano — . El hecho de que acabe de sorprender a mi hermana en...

— Cállate, — Charlie exigió Amelia, mientras trataba de concentrarse en quitar de la camiseta de Reece las hebras de su cabello que descansaban allí, pues lo prefería a enfrentarse a la mirada de su hermano.

— Me refiero a que no sólo porque estuvierais tan juntos que parecía...

— ¡Charlie!

— Lo que no puedo imaginarme es cómo una combinación tan explosiva como la que formáis vosotros no ha explotado.

— ¡Charlie! — repitió Amelia con angustia.

— A punto ha estado de ser así — declaró Reece, y el sonido de su profunda voz provocó en Amelia un escalofrío que le corrió a lo largo de la espalda.

Dio un paso para alejarse y esta vez él sí se lo permitió.

— No os preocupéis por mí, podéis proseguir con lo que estabais haciendo — dijo Charlie cruzándose de brazos y apoyándose contra el marco de la puerta en actitud displicente.

— ¡Vete de aquí, gusano! — exclamó Amelia, mientras se acercaba a su hermano, blandiendo en forma amenazadora el cepillo que, según descubrió, aún tenía en una mano.

— Bueno, bueno, de acuerdo. Puedo darme cuenta de cuándo no es bienvenida mi presencia.

— Sólo me limitaré a meterme en la cocina, a preparar un sandwich para mi pobrecita y solitaria persona. Vosotros proseguid sin mi ayuda, que lo estabais haciendo muy bien

— , al terminar de decir esto tuvo que apresurarse a entrar en la cocina, porque Amelia le arrojó con todo su ímpetu el cepillo del pelo. Y poco faltó para que lo golpease, ya que dio en el lugar exacto en el que había estado su cabeza un minuto antes.

— ¿Te acuerdas de mi amigo Michel? — dijo Amelia, señalando un edificio con la fachada cubierta de hiedra y con una discreta placa de bronce a un lado de la puerta — . Esa es su oficina.

Era la segunda vez en la semana en que salían juntos a pasear a los perros después del beso. Aquel beso del que Reece anhelaba la repetición.

Mientras él contemplaba la pequeña placa, Amelia le recordó que se trataba del bufete que Charlie había montado junto con Michel y en el que, aunque Charlie va no estaba, Michel había deseado conservar su nombre en la razón social, a pesar de que ya tenía dos socios más, por lo que podía leerse Hubbard y Ternos Asociados.

Reece notó que en la voz de ella persistía una suave y triste nostalgia cada vez que hablaba de su fallecido esposo, por lo que no quiso hacerle ninguna pregunta en ese

momento, aunque él quería saber más, para comprenderla mejor. El único hecho que conocía era que Amelia y James se habían casado después de cuatro años de salir juntos, que su matrimonio había durado tres años y que ese mismo tiempo llevaba él muerto, a causa del accidente.

— Todavía me pregunto por qué tuvo que suceder esto — comentó Amelia.

— Esa clase de preguntas son inútiles — aseguró Reece — . Se tiene que aceptar que la vida también tiene una parte trágica y que hay que seguir adelante a pesar de todo — deseó estrecharla entre sus brazos, pero entre ellos se interponían los perros — . Nunca lo olvides, tienes que seguir siempre adelante.

Maldición, ¿qué más se podía decir para consolar a alguien que sufría tanto como Amelia?

— Sé que tienes razón. Y, lo creas o no, el recuerdo aún me duele, pero cada vez es menos difícil desvanecerlo. No obstante, ¿sabes qué es lo peor de todo? — al decir esto, sus dulces facciones se endurecieron — . Nosotros deseábamos tener hijos, pero decidimos esperar algunos años hasta poder establecernos mejor — sacudió la cabeza — . Ahora, él se ha ido y yo daría cualquier cosa por tener un hijo.

— Comprendo muy bien tus sentimientos, porque también eso es lo único que yo lamento de mi divorcio — comentó él con amargura y frustración.

Amelia permaneció en silencio un momento antes de volver a hablar.

— Pero tienes mucho tiempo por delante — dijo entonces — . Uno de estos días conocerás a la mujer adecuada. Y no me vayas a decir que lo mismo se puede aplicar a mí, porque yo nunca volveré a amar a nadie.

— Quizá cambies de opinión. ¿Qué edad tienes? ¿Treinta años?

— Casi.

— Veintinueve. Tienes mucho tiempo por delante para conocer al hombre adecuado — aseguró Reece, pero con la secreta esperanza de que no fuese así, por lo menos mientras él dilucidaba sus propios sentimientos.

— Mi hermano también me dice siempre algo parecido. Y piensa que a Charlie no le gustaría verme sola. Es posible que tenga razón, pues Charlie no tenía nada de egoísta.

— Háblame de él — pidió Reece; no obstante, al notar que ella guardaba silencio, por un momento temió haber traspasado los límites de su amistad, o lo que fuera que empezaba a crearse entre ellos — . No trates de organizar tus recuerdos, sólo déjalos fluir.

Ella tomó aquellas palabras de forma literal y durante los siguientes veinte minutos, mientras proseguían su caminata, de su boca salió un torrente de palabras llenas de amor hacia su esposo, lo que hizo pensar a Reece que el difunto Charlie había sido un hombre con la mayor suerte del mundo, al haber despertado un amor tan grande como el de Amelia. Aun cuando no hubiese durado mucho tiempo.

— Yo me siento afortunada por haber vivido ese gran amor, pues mucha gente pasa toda la vida buscándolo y nunca lo encuentra, ¿no lo crees?

Él emitió una risa que quiso ser despreocupada, pero que sonó con dureza y dolor, y que desconcertó a Amelia.

— No, no sé a qué te refieres — contestó con fingido cinismo — . Y, después de todo, ¿qué es el amor? Sólo que, por inalcanzable, provoca que la gente se contente con cualquier cosa.

De manera sorprendente, ese comentario no enojó a Amelia, sino que causó su simpatía y comprensión.

— ¿Fue eso lo que te sucedió a ti con tu esposa? Por cierto, ¿cómo se llamaba ella?

— Amanda — respondió él entre dientes — . Yo creía que Amanda y yo estábamos enamorados uno del otro, pero después descubrí que lo que llamaba amor no era más que una gran compatibilidad sexual. ¿No es a eso a lo que se reduce el amor cuando lo despojas de todas las palabras bonitas que se le han adjudicado?

— Reece, siento mucho que hayas sido herido así...

— No me han herido — se retiró de la compasiva mano que ella había colocado sobre su hombro — . Al revés, soy afortunado. Si Amanda no se hubiese ido, yo aún viviría adorando el suelo que pisaba, mientras ella buscaba a alguien mejor que yo.

Capítulo 4

Debió ser bajo un ataque de locura temporal el que ella hubiese accedido a aquello. ¿Cómo pudo olvidar lo mucho que odiaba esa clase de cosas?

Amelia miró a su alrededor en la atestada habitación donde se efectuaba la fiesta a la que Reece la había invitado. Las bebidas alcohólicas que eran consumidas igual que agua, las sonrisas demasiado brillantes y las risas exageradas le revolvió el estómago a Amelia, tanto como los invitados que se saludaban de forma que parecía demasiado íntima para hacerlo en público.

Sí, en definitiva, se debía haber vuelto loca, pero no había podido negarse ante la casi humilde petición de Reece, quien siempre parecía ser tan dominante.

Se trataba de una reunión ofrecida por el presidente del banco en el que Reece trabajaba, y en realidad Amelia había sentido que era una oportunidad perfecta para saber un poco más de lo que él hacía. Pero allí no había ninguna discusión de negocios, sino tan sólo charlas insustanciales.

En vista de que ella nunca había servido para eso, cuando Reece fue absorbido por un grupo de compañeros, Amelia se retiró al rincón que le pareció más alejado, ya que no le interesaba un diálogo con gente con la que no tenía nada en común.

Trató de pasar desapercibida, pero un grupo de mujeres que a Amelia le parecieron vulgares y groseras, fue a sentarse junto a ella y a tratar de introducirla en su grupo.

— Yo soy Nancy — se presentó una de ellas — . Y tú, ¿quién eres?

— Vino con el compañero que ha entrado recientemente en el banco — respondió una descarada rubia, que se cubría el rostro, con lo que a Amelia le parecieron varias capas de maquillaje.

— Ay, Trident, yo no creí que Reece estuviese casado — comentó otra de las mujeres, que no hizo ningún esfuerzo por presentarse.

— No lo está — les aseguró Amelia, quien a la vez extendió una mano para saludar, lo que provocó la risa de la mujer — . Me llamo Amelia Hubbard, y soy vecina de Reece.

— Aquí no somos tan formales — la mujer se llevó un cigarrillo a la boca e inhaló — . Yo me llamo Luisane Furriel.

— Luisane no esperaba que Reece viniese acompañado — explicó Trident a Amelia — . Pues esperaba tener esta noche algo de acción.

— ¿Quieres tomar algo? — le ofreció Luisane a Amelia — . Te hará sentirte más relajada.

— Gracias, pero no bebo — contestó Amelia, que ya estaba harta.

— Cielos, otra mujer tan aburrida como nuestra dulce anfitriona — comentó una de aquellas mujeres, con lo que entonces todas ellas se alejaron de Amelia.

— ¿Amelia? — dijo una voz a sus espaldas, y al volverse a mirar en esa dirección, vio que se trataba de Eva, su anfitriona, una mujer menuda de plateada cabellera — . ¿Has tomado ya algún vaso de ponche o has comido algo? — Eva la tomó del brazo para conducirla hacia donde tenían la comida y las bebidas.

— Gracias — respondió Amelia, liberada por fin de la tensión que sufría — . Me gustaría tomar algo sin alcohol.

— El alcohol altera el comportamiento de las personas de una forma asombrosa, ¿verdad? — comentó Eva con tina sonrisa.

— Ya lo creo — aseguró Amelia haciendo un esfuerzo por sonreír.

— No debes hacer caso de esas mujeres, que tan sólo son un grupo de aburridas amas de casa con demasiado dinero y muchas cosas que hacer. Pero hablemos de algo más agradable, ¿te parece? ¿A qué te dedicas, querida, Amelia sonrió y, durante varios minutos, sostuvo una agradable charla sobre su tema favorito con Eva y Arnold, su esposo, quien se unió a ellas junto con Reece.

— ¿Por qué no llevas a Amelia y Reece a conocer al nuevo cachorrito? — dijo el simpático esposo de Eva, que por cierto era el jefe de Reece — . Si va con vosotros — comentó en dirección a Reece y Amelia — , es la única forma de estar seguro de que vuelva a la fiesta, ya que Eva odia este tipo de reuniones sociales y busca cualquier pretexto para escaparse.

¿Eva odiaba las reuniones sociales? El hecho sorprendió a Amelia, que pensó que tendría que pedirle a aquella agradable señora que le diese algunas lecciones de trato social, que le harían mucha falta si tenía que acompañar a Reece a más reuniones de ese tipo. ¿Pero qué le habría hecho pensar que iba a volver a salir con Reece?

Reece acomodó su enorme cuerpo en una de las sillas del recién amueblado comedor de Charlie, mientras sus cansados músculos protestaban. Amelia no había bromeado respecto a la colección de rocas.

— ¡Te has cansado mucho? — le preguntó Amelia llevando en sus manos una pizza para que ambos comiesen.

— Sí, pero no tanto como lo estaré mañana — respondió Reece, que estaba agotado por la ayuda prestada a Charlie en su mudanza — . Charlie no me dijo que eran tantas cosas.

— Mi hermano es muy bueno en eso de comprometer a la gente antes de que sepan bien de qué se trata — mencionó Amelia con una expresión malévola de simpatía — . ¿Hay algo que yo pueda hacer?

«Claro que sí», deseó decir él, «por ejemplo, darme un masaje en la espalda, entre otras cosas más interesantes». Al pensar en lo que Amelia podría hacer por él, su cuerpo reaccionó de inmediato y una corriente de fuego recorrió todas sus venas.

— Siéntate junto a mí y hazme compañía — fue lo único que se atrevió a decir, ya que no se encontraban solos.

Amelia se sentó y, de pronto, un sonido de metal contra metal llegó a sus oídos. Michel Ternos se encontraba de pie al lado de la mesa, acompañado de Alex, su hijo, que golpeaba con gran entusiasmo una sartén con una cuchara.

— Damas y caballeros, solicitamos un momento de atención — pidió Michel, mientras sujetaba la sartén fuera del alcance de Alex y entregaba el niño a su madre — . Harlee y yo tenemos algo que deciros.

Hubo entonces un levantamiento de cejas general.

— ¿Se nos pueden dar pistas? — preguntó Charlie.

— Claro — aseguró Michel con una sonrisa socarrona — , y yo responderé «sí» o «no», según sea el caso.

Charlie empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

— Vais a iros de vacaciones.

— No.

— ¿Vais a compraros una nueva casa? — inquirió alguien más.

— No — respondió Michel, con los ojos chispeantes.

— Esperas un nuevo bebé.

— No — contestó Michel, después de un momento de silencio — . Yo no estoy embarazado, pero...

— Harlee sí lo está — finalizó el interlocutor

— Os felicito calurosamente. Y... ¿cuánto tiempo tendremos que esperar para conocer al nuevo miembro de la familia Ternos?

Michel y Harlee intercambiaron una mirada de traviesa conspiración, que Reece envidió en silencio. ¿Qué se sentiría al tener esa clase de estrecha relación con otra persona?

— Todavía no he consultado al médico — declaró Harlee — . No obstante, calculo que nacerá poco después de Pascua.

Reece contempló a Amelia, en espera de la reacción de la chica. Ella se puso pálida, pero hizo un valiente esfuerzo por esbozar una sonrisa y también felicitarlos.

Reece no estaba contento, sino celoso. Los Kryne ya tenían un niño y una niña, además del que venía en camino. Y de nuevo se preguntó cómo sería que había juzgado tan mal a Amanda y con ello había perdido la oportunidad de tener él sus propios hijos. Ahora estaba más determinado que nunca a fijarse muy bien en el futuro para no cometer el mismo error.

Entonces miró de nuevo en dirección a Amelia, que había subido al pequeñín de Michel a su regazo. Estaba jugando con el bebé, y éste le sonrió de pronto a Reece con la confianza de alguien que nunca ha conocido el rechazo. Amelia miraba al niño con cariño, pero la tristeza no había desaparecido de sus ojos.

Ella había perdido a su esposo antes de poder empezar a formar la familia que tanto anhelaba. Ahora nunca podría tener hijos propios.

— Pero podría tener un hijo suyo.

La idea fue tan inesperada, que dejó a Reece sin aliento. Dirigió una mirada de soslayo hacia Amelia, temeroso de que ella hubiese podido adivinar lo que él estaba pensando. ¿Y qué clase de pensamientos tenía él en ese momento? Claro que él se había sentido más atraído por Amelia que por cualquier otra mujer desde... desde que podía recordar. Sin embargo, ahora que se le había ocurrido la idea, no pudo evitar dirigirle varias miradas furtivas. Amelia sería una maravillosa madre, eso podía notarse al contemplar con qué cariño trataba a ese bebé, y Reece ya sabía lo mucho que ella anhelaba tener hijos propios, así que no habría inesperados cambios de idea después de la boda. Había compatibilidad entre ellos y en la cama seguro que harían maravillas...

Reece se volvió hacia Amelia. Esa no había sido exactamente una cita, pero esperaba que le permitiese acompañarla a casa, momento que podría aprovecharse para consolidar el terreno ganado cuando la había besado aquel día. Aunque después de la estúpida fiesta a la que asistieron juntos había estado muy distante y él no se había atrevido a algo más que un casto beso en la frente. Sin embargo, esa noche sería diferente.

— Estás lista para irnos? Ya es tarde y mañana tengo que trabajar. Si quieres, puedo dejarte en tu casa.

Amelia dejó bajar al bebé de su regazo y se puso de pie con lentitud, a la vez que se apretaba las sienes como si sufriera de un dolor de cabeza.

— Está bien. Gracias.

Reece no pudo soportar verla tan abatida. Dio un paso hacia adelante, colocó sus manos en la cintura de ella y la acercó a él, de manera que diese la espalda al resto de la habitación.

— ¿Qué te sucede — le preguntó en voz baja — . ¿Te ha afectado la noticia de Harlee?

Para su alivio, Amelia se permitió apoyarse en el pecho de Reece, mientras él empezó a darle un masaje en círculos por su espalda. Aquella suavidad y calidez femenina bajo sus manos le parecieron increíbles a Reece, que también estaba impresionado por la sensación del roce de sus pezones contra su cuerpo.

— Un poco erijo ella en contestación a su pregunta — . Pienso en lo que pudo ser mi vida.

— Todavía es posible.

«Podrías casarte conmigo y tendríamos un hogar lleno de niños» pensó.

— Así estoy bien — replicó, pero no lo parecía.

— Estoy de acuerdo contigo. A mí me parece perfecta

Reece intentaba hablar en un tono de ligereza, pero todo lo que logró fue un ronco murmullo.

Amelia levantó la cabeza y miró a Reece. Sus ojos eran grandes y su mirada interrogante. Esa noche sus ojos tenían un suave tono azul, con un matiz de misterio. Sus espesas pestañas igualaban el color de la larga trenza que alcanzaba a tocar las manos de Reece. ¿cómo reaccionaría si él la besara? Reece contempló la incitante boca que tanto lo atraía, mientras dibujaba en su mente el dulce arco de sus labios. En ese momento, ella abrió un poco los labios y él se sintió consciente de la calidez de su aliento. El cuerpo de Reece se estremeció y excitó al máximo, mientras sus manos luchaban por no atraerla hacia él.

La risa de alguien que se encontraba en la misma habitación le hizo recordar a Reece que no se encontraban a solas, sino en una habitación llena de gente. Y, con una silenciosa maldición, soltó a Amelia.

— Salgamos de aquí.

Durante el corto trayecto hasta su casa, Amelia se mantuvo en completo silencio, lo que hizo que Reece se preguntara si iría a escapar de él, igual que en aquella primera ocasión en que la invitó a cenar. Pero ella le dio la mano para que la ayudase a descender del coche y dejó que él la acompañara hasta la puerta.

— Dame tu llave — pidió Reece ante el umbral. Aquella voz fue una especie de sordo gruñido que provocó en el estómago de Amelia un revoloteo de anticipación.

Sabía muy bien lo que él querría y también que si esa noche él la besaba, ella no opondría ninguna resistencia. Anhelaba que la tocara; es más, cada fibra de su ser lo exigía. No comprendía, y ni siquiera le gustaba, el modo en que su cuerpo reaccionaba ante Reece, pero esa noche, y sólo por esa noche, no iba a pensar en nada más.

Él tomó la llave que Amelia sacó de su bolso, abrió la puerta y luego le entregó a ella la llave.

— Gracias — musitó Amelia, guardándola en un bolsillo de su vestido.

El aire estaba cargado de tensión y Amelia se preguntó si Reece se daría cuenta de la ansiedad con que ella ansiaba estar junto a su cuerpo.

Cuando levantó la mirada para encontrar la de Reece, él no sonreía, sino que sus facciones parecían grabadas en piedra. Y el tiempo se detuvo durante un buen rato,

hasta que Reece levantó una mano. ante la electrizante espera, Amelia contuvo el aliento.

Cuando los largos dedos masculinos se deslizaron bajo la pesada mata de cabello, hasta llegar a su nuca, Amelia emitió un suspiro. Con lentitud, mientras la mirada de él dominaba la suya, Reece retiró la trenza y se la enrolló en una de las manos.

Amelia se estremeció de deleite al ver que la cabeza de él bajaba muy despacio. Siempre le pasaba lo mismo cuando Reece la tocaba, pues centraba sus sentidos en las sensaciones despertadas por sus dedos y sus inquisitivos labios.

Entonces, Reece la besó una y otra vez hasta que ella sintió que las piernas se le quedaban flojas. Por fin, él levantó la cabeza y sus ojos brillaron en la oscura sombra del porche.

— ¿Cuándo puedo verte de nuevo? — preguntó.

— No lo sé — respondió Amelia sin aliento — . Cuando me tocas, me despojas de la habilidad para pensar.

Reece rió, y su risa fue un primitivo sonido de satisfacción.

— Bien, entonces te soltaré — en efecto, la soltó y dio un paso atrás — . Mañana te llamaré.

Ella asintió una vez y entonces, con toda calma, se volvió para abrir la puerta y, en el momento en que puso la mano en el tirador, se dio cuenta de que Reece daba unos pasos adelante. Sus cálidos labios la rozaron suavemente en la nuca, lo que la hizo exhalar un agudo suspiro. No estaba preparada para sentir otra vez la ansiedad que empezó a invadirla.

Permaneció completamente quieta, inclinó la cabeza y cerró los ojos en éxtasis cuando la boca de Reece se dirigió hacia el lóbulo de una de sus orejas para depositar en ella un ligero beso. Se arqueó contra él y sus largas y suaves manos la sujetaron por las caderas para atraerla contra su cuerpo. Estaba excitado, lo había notado al sentir su virilidad contra la parte baja de su espalda. Entonces, su lengua empezó a acariciarla en la oreja. Ella se estremeció y fue incapaz de contener el pequeño sonido que se abrió paso desde la profundidad de su garganta.

Y aquel diminuto sonido pareció romper el encanto que los sobrecogía. Reece retiró sus manos de las caderas de ella.

— Dime que me vaya.

— ¿Serviría de algo? — preguntó ella, después de soltar una risa ahogada.

— A menos que me quieras en tu cama hoy por la noche, es mejor que esperes que sí. Amelia se sintió de pronto insegura. Estaba ocurriendo todo con demasiada rapidez y, después de todo, ¿qué era lo que sabía de Reece Chambers? Además, ella era viuda; una mujer que todavía no había conseguido despojarse del impulso de comparar a cualquier hombre que conociera con su marido. Aunque, desde que conoció a Reece, casi no había pensado en Charlie, y sus pensamientos estaban convertidos en un tumultuoso caos de sensaciones encontradas de anhelo y culpa, necesidad y remordimiento...

— Todavía no me siento capaz de pedirte que entres — declaró.

— Lo sé — la voz de Reece aún era profunda y áspera, pero extrañamente tranquila

— . Entra tú en casa. Ahora. Te llamaré por teléfono.

Durante la siguiente semana la llamó varias veces, aunque se vieron muy poco. El jueves por la noche, Reece y Nadia fueron los primeros en llegar a la clase de

entrenamiento, pues él no quería esperar más para ver a Amelia.

— Hola — saludó Reece ante la puerta del despacho de Amelia.

— Hola — correspondió ella, y el modo en que se le iluminó el rostro al verlo fue muy alentador.

¿Sería el deseo de verlo tan grande como el de él?

Incapaz de contenerse, aunque que sabía que alguien podría pasar ante la puerta en cualquier momento, Reece se acercó al escritorio en el que estaba sentada Amelia, extendió una mano para ayudarla a levantarse, y la hizo acercar sus suaves curvas hacia él. Acercó el rostro al cabello de la joven e hizo una profunda inspiración.

— Huele muy bien — comentó él y, después de aspirar una vez más el perfume de su larga melena, añadió — : ¿Me has echado de menos?

Ella titubeó y sintió que le daba un vuelco el estómago. No debía darle tanta importancia, trató de sermonearse a sí misma. Pero entonces asintió, e inmediatamente él sintió que casi podía echarse a volar.

— Qué bien — fue todo lo que se le ocurrió decir a Reece.

Y cuando bajó la cabeza para llegar a los labios de Amelia, ella no hizo ningún intento por retirarse. Por el contrario, se puso de puntillas para no tardar más de lo necesario. En el momento en que sus bocas se encontraron, Reece supo que había cometido un error.

Un grave error. Pues ahora sería mucho más difícil separarse de ella.

Pero no podía dejar de besarla, y lo hizo con tal intensidad, que de pronto se olvidó de dónde estaba y de cualquier otra cosa.

Reece había colocado sus manos en la cintura de ella. Pero poco a poco se deslizaron bajo el borde de la sudadera, hasta que sus dedos tocaron la suavidad de la piel. Mientras tanto, siguió el dulce tormento con su lengua, al tiempo que las palmas de las manos subían sobre la desnuda piel de la espalda y saboreaban su sedosa textura. De pronto, Reece empezó a trazar unos círculos que seguían el ritmo de la cadencia que la lengua mantenía en la boca y, con cada círculo, Reece ampliaba la magnitud de su alcance en unos cuantos milímetros, hasta que las yemas de sus dedos llegaron al borde del montículo de sus hinchidos senos. No obstante, ella no protestó, a pesar de que al iniciar el siguiente círculo, las manos se posaron sobre los erectos pezones, cubiertos por la fina tela del sujetador.

— ¡No, Reece, espera! — pidió Amelia, con un frenético esfuerzo por separarse de él, al oír el chasquido que indicaba que la puerta exterior se había abierto para dar paso a otros alumnos.

— Maldición — dijo Reece en voz baja — . Amelia, ¿por qué me haces detenerme?

— Reece — respondió ella, mientras su rostro se cubría de rubor — , aquí no tenemos intimidad.

— ¿Te ha ... te ha disgustado lo que he hecho? — inquirió él, que sentía que dentro de sí surgía un primitivo deleite.

Amelia bajó la mirada y su rubor se hizo aún más intenso. La pausa que siguió a la pregunta de Reece estaba llena de anticipación.

— No — aseguró Amelia, con una voz que era casi un murmullo.

— Me alegro — confirmó Reece, que se apresuró a depositar un fuerte beso en los labios de ella, antes de que llegase a buscarla algún indiscreto estudiante — . La siguiente vez que te toque será en algún sitio donde no exista la posibilidad de que

vaya a llegar nadie a interrumpirnos.

Amelia lo contempló insegura durante unos breves instantes, pero decidió que el silencio era la mejor defensa y, después de sacar a Foxy de su jaula de entrenamiento, salió de la habitación. Reece permaneció en la oficina durante un momento más para tranquilizarse y recobrar la compostura. No quería avergonzar a Amelia, ni a sí mismo tampoco.

Luego, durante la clase, Reece tenía sólo parte de la mente dedicada al trabajo con su perro, pues la otra registraba cualquier movimiento de Amelia.

Ahora que sabía que ella estaba tan deseosa como él, se propuso tenerla tan pronto como fuese posible.

Una vez más, su mente quedó atrapada en una vorágine de especulaciones. ¿Sería Amelia la clase de mujer que él quería como esposa? Sabía que ella ansiaba tener hijos, así que por ese lado no habría problema. Al estar en su compañía se sentía muy bien, pues ella lo ayudaba a sentirse en calma. Y su reacción ante sus caricias contenía tanto erotismo que tan sólo con pensar en ello sentía que su propio cuerpo se excitaba. Pero... ¿serían motivos suficientes como para pensar en matrimonio?

Reece empezaba a pensar que sí lo eran.

Parecía que el destino estaba conspirado para evitar que Amelia tomara decisiones apresuradas. Él tenía reuniones de negocios. Ella tenía sus clases. Y así transcurrieron dos semanas, a lo largo de las cuales las únicas ocasiones en que vio a Reece fue durante las clases.

Ella siempre se había sentido bien con su horario de trabajo, pero de súbito, el hecho de tener que trabajar por las tardes, así como los sábados, cuando la mayoría de la gente contaba con tiempo libre, le pareció de súbito una pesada carga.

Aunque quizá era bueno no ver tanto a Reece, porque parecía que se estaba convirtiendo en una obsesión para ella, pensó mientras arreglaba algunas flores de su diminuto jardín situado en la parte delantera de la casa. No sólo porque Reece Chambers tuviese tanto carisma sexual que la hacía sentir que se derretía ante su presencia, iba a lanzarse en sus brazos. Soltó una maldición y arrancó una mala hierba de un tirón.

— ¿Quién ha ganado? — inquirió a sus espaldas una divertida voz masculina.

Súbitamente, el corazón dejó de palparle un instante y su respiración empezó a acelerarse. Su cuerpo empezó a reaccionar ante la presencia del hombre que estaba en sus pensamientos.

Al volverse a mirarlo, Amelia le hizo una mueca y le sacó la lengua.

— Si te portas mal — le aseguró Reece con una sonrisa maliciosa — , no te doy lo que te he traído — añadió, al tiempo que sacaba de una bolsa de papel, una pequeña fuente de plástico que contenía un helado y dos cucharitas.

— ¡Mmm, qué rico! — exclamó Amelia con los ojos muy abiertos por el deleite — . ¿Cómo has podido adivinar que estos helados son mis predilectos?

Amelia se incorporó y, antes de perder el valor, se puso en puntillas y besó a Reece en la mejilla. Entonces, avergonzada por su osadía, entró en la casa, seguida por Reece.

Una vez en el interior, Reece cogió una de las cucharillas y le dio a Amelia un bocado de helado en la boca, y ella tuvo una extraña sensación de intimidad.

— No esperaba verte esta noche — comentó mientras saboreaba su regalo.

— Volví temprano a la ciudad — comentó él, antes de tomar un enorme bocado de

helado — . Perdona mi inesperada llegada, pero sentí el impulso de venir sin llamarte antes — sonrió con malicia — . Fue una suerte para ti estar en rasa, pues así pudiste probar esta delicia que, de otro modo, habría sido para mí solo.

Amelia no pudo evitar corresponder a aquella sonrisa y, mientras compartían el sabroso postre que había llevado Reece, pensó en que cuando él se decidía a ser simpático, era irresistible.

Pero... ¿a quién trataba de engañar? Reece era irresistible siempre, aun cuando no tuviese el propósito de agradar. Su pelo brillante estaba un poco alborotado, como por unos dedos impacientes. Sus gruesas cejas estaban arqueadas ligeramente, acentuando la línea recta de su nariz y su fuerte mandíbula. Era una mandíbula que denotaba fuerza y obstinación. Mientras lo contemplaba, Reece sacó la lengua y limpió de la cucharilla hasta la última partícula de helado que en ella quedaba. Amelia no pudo suprimir el avasallador deseo con el que se impregnó su cuerpo al pensar en lo que aquella erótica lengua podía provocar.

Cuando Reece levantó la mirada, ella supo que en la expresión de su rostro había leído la intensidad de su deseo. Sus ojos se entornaron hasta quedar convertidos en unas líneas azules, dejó caer sobre la mesa el olvidado recipiente del helado y, con uno de sus dedos, la hizo a ella levantar la barbilla para poder unir su boca a la de Amelia, que por supuesto no protestó en lo más mínimo.

Ella mantenía los ojos muy abiertos, pero cuando los labios de Reece rozaron su ansiosa boca, exhaló un pequeño jadeo en busca de aire, y entonces se apresuró a cerrarlos.

Capítulo 5

Reece se rindió a la dulce sensación de besar a Amelia e hizo caso omiso de la rugiente fuerza con que su propio cuerpo demandaba un movimiento más rápido, más profundo, que a la vez fuese ligero y respondiese a la necesidad de ella de no sentirse amenazada. Así que la besó de esa forma durante más tiempo del que creyó poder soportar, hasta que Amelia le echó los brazos al cuello y hundió los dedos de sus manos en el cabello de él. Parecía tan atrapada por el deseo como Reece.

Reece no quería asustarla, así que la asió suavemente por la cintura con las manos, mientras la hacía levantarse de su silla y la colocaba sobre su regazo. Todo ello sin interrumpir el beso.

Después de jugar un rato con los cálidos y suaves labios, su lengua buscó la de ella, y cuando la encontró, la fuerza del choque eléctrico al unirse constituyó una sensación erótica increíble. Reece tuvo que hacer un esfuerzo por no apretar su cuerpo al de ella, como lo haría un adolescente inexperto. De pronto, su boca efectuó un movimiento de succión para atraer aquella lengua femenina hacia la cavidad de su boca y continuar ahí su erótico juego.

Amelia lo sujetaba con fuerza por los brazos. Reece trató de disminuir su ímpetu y tomar las cosas con calma. Pero cuando él empezó a rozar sus senos, sintió que toda su fuerza de voluntad se evaporaba. Ni siquiera lo detuvo un pequeño sollozo emitido por Amelia, sino que lo hizo volverse aún más atrevido y continuar su exploración, sobre todo debido a que ella no había protestado, sino que presionaba su cuerpo con mayor fuerza contra el suyo. Reece llegó hasta sus pezones y los acarició a través del vestido.

— Con calma, cariño — pidió Reece, pues la experiencia le había enseñado a interpretar las señales femeninas — . Con mucha calma — repitió deslizando la mano por su torso, hasta llegar a sus muslos y empezar unas lentas caricias en su feminidad, que provocaron que Amelia emitiera un suave gemido y apretara los muslos contra aquella mano.

Reece también se sentía a punto de perder el control al sentir el roce de la cadera de ella contra su sexo. Y luego, cuando él rompió por un momento el contacto con su boca, para poder calcular la distancia hasta el vestíbulo, Anne aprovechó el momento para dedicarle su atención al cuello, empezando a darle pequeños mordiscos en varios sitios.

Reece se estremeció; esa mujer lo iba a volver loco. Sus gemidos y la suavidad de su cuerpo eran tan agradables, que supo que tenía que poseerla. No obstante, ése no era el lugar adecuado, por lo que tuvo que hacer un fiero esfuerzo para resistir lo suficiente y llevarla a su habitación, donde tendrían más intimidad.

Entonces se puso de pie y la levantó a ella en brazos, todo en un solo y ágil movimiento. Al llegar al vestíbulo, hizo una pausa ante la puerta y con una mano puso el seguro. Las implicaciones de aquel sonido definitivo resonaron en los oídos de Amelia, pero ella no dijo nada al respecto.

— Si me sigues llevando en brazos — dijo — , mañana te dolerá la espalda.

— Tal vez — replicó él — . Pero tendrás que ayudarme a encontrar una posición en que mi espalda no sufra demasiada tensión.

Al escuchar aquellas palabras, el rostro de Amelia empezó a cubrirse de rubor, por lo que tuvo que ocultarlo en el cuello de él, que primero se echó a reír y de pronto se puso serio.

— Amelia — dijo — , quiero pasar toda la noche contigo. ¿Tengo razón si supongo que tú también lo deseas?

Antes de responder, ella titubeó durante un momento que a Reece le pareció largo y agonizante.

— Sí, lo deseo — confesó por fin, en un arranque que, según reconoció Reece, debió costarle un gran esfuerzo.

Antes de subir las escaleras, volvieron a besarse porque lo provocó ella. Reece sintió miedo de no poder ir con la lentitud que deseaba, debido a la larga abstinencia de Amelia y su urgencia.

Después de subir las escaleras en silencio, Reece dudó un momento preguntándose cuál sería el dormitorio de Amelia, pero ella levantó una mano y señaló hacia la segunda puerta a la izquierda. Tres de sus largos pasos le bastaron a Reece para encontrarse en el interior.

Ya al lado de la cama, soltó a Amelia para dejar que quedara de pie a su lado.

— Quiero verte, ¿dónde hay una luz?

Amelia extendió una mano para encender la lámpara que tenía en la mesilla de noche, aunque aquella luz era tenue y no alcanzaba a iluminar toda la habitación. Pero él pareció satisfecho y se dispuso a abrir la cama.

— Un mueble demasiado grande para un solo cuerpo, que es tan pequeño — observó. Sin embargo, lo que en realidad deseaba era preguntar si había compartido con su esposo esa cama, ya que sin saber por qué esa posibilidad lo molestaba.

Amelia pareció adivinar sus pensamientos.

— Charlie nunca durmió en esta cama — aseguró — . En realidad, no conservo ninguno de los muebles que utilizamos juntos — su tono de voz era lúgubre, por lo que él lamentó haberle hecho recordar el pasado.

En un esfuerzo por transmitirle algún consuelo se acercó a ella y la acunó entre sus brazos. El contacto hizo renacer el fuego y, de súbito, él ya no pudo esperar más. Sacó de su cartera un paquete y lo dejó todo en la mesilla de noche, antes de volver a besar a Amelia, que ya había levantado la barbilla buscando su boca. Reece necesitó sólo una suave presión sobre los labios de Amelia para que ella los abriera por completo y él pudiese deslizar su lengua hacia el húmedo interior. Al mismo tiempo, sus manos se posaron sobre sus turgentes glúteos para impulsarla hacia arriba, hasta que ella quedó de puntillas sobre la alfombra y su vientre descansó sobre la dureza de su virilidad.

Amelia sintió en ese momento que su cuerpo era invadido por una ola de debilidad que la dejaba casi sin fuerzas. Sólo era consciente de las intensas sensaciones físicas que ahora la poseían y que nunca soñó sentir. Al empezar a temblar se apoyó contra el cuerpo de Reece y frotó su vientre de modo rítmico contra la masculina dureza, en un esfuerzo inconsciente por aliviar la creciente tensión. Reece se estremeció y presionó su cuerpo todo lo que pudo contra el de ella, para poderla sentir a través de la barrera de la ropa. Esa mujer era más sensual de lo que él se hubiese imaginado en cualquiera de sus más eróticos sueños... y vaya que los había tenido desde que la había

conocido.

Él estaba más que excitado, y eso que todavía ni siquiera se habían quitado la ropa. Sintió que la parte superior de los labios se le llenaba de un sutil sudor y tuvo que hacer un gran acopio en busca de control. Más que cualquier cosa que hubiese deseado en la vida, quería que esa experiencia fuese buena para ella, pues la consideraba demasiado frágil para ser tomada de manera apresurada y sin ninguna gentileza.

Sintió que ella de nuevo presionaba contra su cuerpo, y eso lo hizo estremecerse una vez más. Necesitó toda su fuerza de voluntad para soltarla. Al leer toda la pasión que brillaba en su expresión, sus labios formaron una sonrisa maligna.

— No quiero apresurar esto — manifestó — . Ahora que tenemos toda la noche a nuestra disposición.

Llevando hacia arriba sus manos, tomó cada uno de sus senos entre el pulgar y el índice.

— Quiero ver estos senos, cuya desconocida apariencia casi me vuelve loco.

Amelia se ruborizó, lo que lo hizo sonreír a él, que no podía comprender que le sucediese eso después de ser capaz de efectuar movimientos tan eróticos como los de hacía un momento. Una vez más, pensó en la extraordinaria mezcla de inocencia y sensualidad que ella poseía, la forma en que le subía el rubor podía notarse muy bien, a pesar de la semi penumbra de la habitación. Subió las manos por un instante hasta la cima de los pezones para deslizarlas después hacia la espalda y llegar al borde de la cremallera del vestido, el cual hizo descender poco a poco.

Reece dio un paso atrás para contemplar la forma en que el vestido caía al suelo; no obstante, el vestido se quedó sujeto en la punta de los erectos pezones de ella y él tuvo que acercarse de nuevo e insertar un dedo entre el escote y la sedosa piel y deslizar de uno a otro seno para ayudarlo a caer.

Al ver que eso sucedía, Reece se quedó sin aliento por un momento, y se quedó inmóvil, apreciando la belleza de aquel cuerpo en su esplendor casi total. Amelia no llevaba sujetador, y la única prenda que ahora la cubría era una braga tan diminuta que se alcanzaba a ver el inicio de los rizos cobrizos que cubrían el femenino triángulo. Para deleite de Reece, aquellos pechos eran más grandes de lo que él había supuesto y su turgente apariencia estaba coronarla por unos pezones totalmente erectos. Él ya sabía que la cintura de la joven era tan pequeña que la podía abarcarla con las manos. Sin embargo, el único detalle que su imaginación no había esbozado fue la cremosa textura de la piel de aquel esbelto cuerpo. En ese momento pudo sentir que su propio cuerpo alcanzaba una total excitación, pero forzó su mente a que se apartase de sus necesidades, ya que Amelia no pudo ocultar lo avergonzada que se sentía.

— No tienes nada de que avergonzarte — indicó con voz ronca — . Eres perfecta.

— No, no lo soy — objetó ella haciendo un esfuerzo para encontrar su voz — . Soy demasiado pequeña y el tono de mi cabello no es nada bonito...

Pero ya no pudo continuar, pues Reece tomó uno de sus senos con la mano, y la caricia fue tan estimulante, que no pudo evitar reaccionar y arqueó la espalda de manera inconsciente.

— A mí no me parece que seas demasiado pequeña. Tus pechos son generosos y apenas si puedo mantener las manos fuera de tu glorioso cabello para soltártelo cuando lo llevas recogido. Me excitas tanto, que a veces me cuesta mucho trabajo

ocultarlo cuando nos encontramos en un lugar público. Pero ahora... — inhaló con fuerza — , ¿me ayudas a desnudarme?

De manera tentativa, ella acercó las manos hacia los pequeños botones de la camisa de Reece. Aunque los dedos le temblaban a causa de su nerviosismo, logró desabrocharlos, abrir la camisa y dejar al descubierto el negro y rizado vello de aquel masculino tórax. Al mismo tiempo que empezó a acercar una mano al borde de los pantalones, fue despojándolo de la camisa y aprovechando para hacer una sutil caricia sobre el musculoso torso. Incapaz de resistir el impulso, sepultó la nariz entre aquella sedosa mata de vello e inhaló con profundidad para apreciar mejor el picante y excitante aroma masculino que de aquel cuerpo se desprendía. Al rozar su cara, se encontró con un pequeño y erecto pezón, y lo empezó a acariciar con lentitud con la lengua.

Con los ojos casi cerrados y a punto de explotar a causa del placer que sentía, Reece tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para retirarse un poco de ella.

— No más — ordenó, y ella lo miró aturdida — . Ya no puedo soportarlo — añadió burlonamente, para apresurarse entonces a quitarse el resto de la ropa y, al caer sus pantalones al suelo, la fuerza de su deseo quedó en evidencia a pesar de la ropa interior, que también se quitó con un impaciente movimiento.

Al verlo desnudo del todo, Amelia se estremeció. Era un hombre espléndido, no sabía cómo podría acoplarse a su cuerpo.

Pero Reece confundió el silencio con miedo y acercándose a ella, empezó a besarla en la mandíbula, el cuello y por fin, en la cresta de uno de sus pechos.

— No te preocupes, nena — musitó contra su piel — . Será una unión perfecta — aseguró antes de iniciar una gentil succión que la hizo gemir de excitación. Le parecía que las piernas ya no podrían sostenerla.

Al presentir su capitulación, Reece se apresuró a sacar ventaja y la tomó en brazos, para depositarla casi de inmediato sobre el colchón. Enganchó sus largos dedos en el borde de las diminutas bragas y la despojó de ellas. De pronto, Amelia notó que su visión quedaba obstruida por el enorme cuerpo que estaba sobre ella; y cuando la morena cabeza se acercó a la suya, ella cerró los ojos. El beso que en ese momento impregnó sus sentidos fue profundo y total, mientras una experta mano se movió sobre la punta de uno de sus erectos pezones hasta que ella jadeó y empezó a moverse bajo él.

— Espera, eso puedo mejorarlo — susurró la ronca voz de Reece.

Ella le oía hablar, pero no comprendía nada, pues se encontraba por completo perdida dentro del mundo de mágicas sensaciones despertadas por el contacto de aquellos ásperos dedos contra su piel; sobre todo cuando llegó a su vientre y se abrió paso hasta aquel rincón secreto entre la suavidad de sus muslos.

La respuesta de Amelia consistió en levantar las caderas una y otra vez, deseando una posesión más completa.

Reece estuvo a punto de sucumbir ante la necesidad que expresaban los jadeos de ella mientras cerraba los ojos y desparramaba su melena por la almohada. La intimidad de la joven se encontraba ya húmeda por sí misma y él sabía que no la lastimaría si la poseía en ese momento, pero deseaba más, por lo que contuvo su propio deseo mientras deslizaba con cuidado dos dedos dentro de aquella cavidad, sin dejar de estimularla con la mano. Amelia arqueó la espalda y emitió un grito que fue sofocado

inmediatamente por la boca de él, a quien casi lo volvía loco la necesidad de estar dentro de ella. Así que le separó las piernas y guio su virilidad con frenesí hacia su interior. Enseguida se dio cuenta de que ella parecía casi una virgen, y se sintió tan a gusto en aquel cálido y húmedo interior, que deseó que aquello perdurase, pero ya no pudo esperar y la penetró en toda su profundidad, una y otra vez, aliviando su tensión en múltiples oleadas.

Y se mantuvieron unidos hasta que la respiración se normalizó un poco, y Reece pudo saborear al máximo la íntima sensación de estar aún dentro de ella. Amelia tenía los ojos llenos de lágrimas de felicidad y empezó a acariciar la morena cabeza que se apoyaba en su pecho.

— ¿Te he hecho daño? — inquirió él levantando la cabeza y notando el rastro de lágrimas.

Él había pensado que la excitación de ella era completa y que podía recibirlo sin sentirse incómoda, pero nunca se perdonaría si se hubiese equivocado y le hubiera hecho daño. Al pensar en esa posibilidad, se apoyó sobre los codos y se incorporó, listo para dejar su cálido receptáculo, pero ella lo rodeó con las piernas y lo apretó con fuerza inusitada para obligarlo a mantenerse dentro de ella.

Entonces le echó los brazos al cuello y lo besó con una dulzura tal, que lo hizo sentirse reconfortado, so incluso antes de que abriese la boca para hablar.

— No, tonto, no me has hecho daño — le sonrió entre lágrimas — . Sólo que no sabía... nunca imaginé... y es que nunca fue tan bueno para mí.

No fue muy explícita, pero Reece la comprendió y entonces se explicó aquel curioso aire de inocencia que había notado en ella a pesar del hecho de haber estado casada.

— Eso me hace muy feliz — aseguró con gentileza.

Y era verdad. Saber que ella había alcanzado con él por primera vez la cumbre del placer, lo hizo sentir más hombre, más orgulloso y más posesivo de lo que nunca lo había estado. Y, para su sorpresa, también sintió ganas de repetir la experiencia. Bajó la mirada hacia ella y notó que la sorpresa la hacía abrir mucho sus azules ojos. De pronto, el cuerpo de Amelia empezó a agitarse y, al poco rato, ambos se encontraban inmersos en una silenciosa danza amorosa, acompasada tan solo por los murmullos y gemidos de los dos amantes.

Amelia se despertó a media noche después de un sueño reparador y, durante un instante, se sintió confusa a causa del peso que tenía sobre sus piernas. Entonces, al extender su brazo y tocar el vello del tórax de Reece, recordó.

Reece. Había hecho el amor con él. Y se sentía de pronto culpable, al pensar en Charlie.

Sin embargo, ¿iba a dejar que la culpa la agobiara durante el resto de su vida? Charlie no estaba allí.

Ella lo había amado y nunca deseó que se fuera. Pero se había ido.

Y ahora tenía a Reece. Al principio se había sentido abrumada por él. Y, si quería ser sincera consigo misma, tenía que reconocer que aún persistía ese sentimiento. Pero ese hombre la atraía de un modo que nunca antes había experimentado, ni siquiera con Charlie. En ese momento no se atrevía a darle un nombre a sus sentimientos, pues era demasiado pronto, pero sabía que, después de lo que había pasado entre ellos, su vida había cambiado de manera completa e ineludible. Ella era suya ahora, si es que él la quería.

Intencionadamente, evitó cualquier pensamiento acerca de lo que sentiría en caso contrario.

Al momento, el calor que irradiaba aquel cuerpo masculino tan cercano al suyo la distrajo de sus cavilaciones. Después de la segunda vez que hicieron el amor, él se había echado a un lado, la había abrazado, y así fue como se quedaron dormidos. Incluso ahora, Reece tenía una pierna sobre las de ella, que tenía la cabeza sobre su pecho. Con la otra mano él le sujetaba de modo posesivo uno de sus senos. Al pensar en todo eso, Amelia sonrió con placidez.

Se levantó un momento para ir al lavabo y con mucho cuidado y suavidad para no despertar a Reece, salió de la cama.

Al volver, un momento después, trató de acostarse con tanto sigilo como se había levantado, pero de pronto, una enorme mano tiró de ella. Amelia lanzó un grito de sorpresa y cayó sobre el pecho de Reece.

— Creí que estabas dormido — comentó, casi sin aliento.

— No podía dormir sin tenerte entre mis brazos — aseguró él, a la vez que frotaba su barbilla contra la parte superior de la cabeza de ella.

Sin saber qué decir, Amelia lo besó en el cuello y optó por tomarlo a la ligera.

— Me imagino que entonces vas a tener que mantenerme cerca para que puedas descansar.

— Puedes apostar, nena. Ahora que por fin te tengo, de ninguna manera voy a dejarte ir.

Ante esas palabras, Amelia sintió que un cálido regocijo se adueñaba de ella. ¡Él deseaba estar a su lado! Pero... ¿para siempre? Sin embargo, en vista de que no se le ocurría ningún comentario que pudiese hacer sin revelar lo mucho que significaban sus palabras, prefirió no decir nada. Apoyó la cabeza en el hombro de él y cerró los ojos.

Al notar que ella guardaba silencio, Reece se preguntó qué estaría pensando. Él no la había querido apresurar y había pronunciado aquellas palabras sin pensar. Aunque adivinó que constituía una buena señal el hecho de que ella no se retirase, sino que se hubiera acurrucado a su lado mimosamente, sí le intrigaba conocer sus pensamientos.

— ¿No me respondes? — le preguntó con cautela.

Amelia levantó la cabeza y él pudo apreciar que en sus ojos había seriedad.

— Quiero que me expliques qué quisiste decir con eso de que no vas a dejarme ir.

— Que estarás conmigo hasta que la muerte nos separe.

Otro silencio surgió entre ellos y él pudo sentir lo tensa que se encontraba ella. Entonces, cuando estaba a punto de encender la luz para ver bien su expresión ante lo mal que estaba llevando la situación, ella volvió a hablar.

— Has olvidado algunos detalles cruciales — dijo —, así que es obvio que tendré que explicarte la forma correcta de hacer una proposición de matrimonio.

Dejando escapar el aire que inconscientemente había contenido, Reece rió y la hizo girar para colocarla bajo él mientras se colocaba entre sus piernas, de un modo que empezaba a serle familiar.

— Creo que es mejor que se omita la parte en que tengo que ponerme de rodillas — replicó, y para dar énfasis a sus palabras, levantó un poco las caderas para buscar la completa unión de sus cuerpos.

Amelia se dispuso gustosamente a recibirlo.

— Desde que te conocí no he podido dejar de pensar en ti — dijo con voz ronca contra

los labios de ella — . Ya sé que puede parecer súbito, pero sé exactamente lo que quiero, y es que te cases conmigo. Algo que no pudo evitar notar Amelia fue que él no le estaba pidiendo exactamente que se casaran, y tampoco le había dicho que la amara.

— Piénsalo antes de decidir — le dijo Reece al presentir sus dudas — . Nosotros estamos hechos el uno para el otro. Tú deseas tener hijos, yo también. A ti te gusta esta casa, a mí también. Si te casas conmigo, tus dos deseos se verán cumplidos.

— Pero... ¿qué me dices del amor? — preguntó ella, y entonces sintió cómo el cuerpo de Reece se tensaba bajo sus manos.

— El amor no existe — declaró él, en el tono de mayor dureza que ella le hubiese escuchado desde que lo conocía — . Si somos compatibles en todo, ¿no es eso más importante que una emoción que mañana podría cambiar?

En la oscuridad, Reece notó que ella se estaba distanciando, aun cuando su cuerpo todavía clamase por él.

— No lo sé — musitó Amelia.

Reece se sintió invadido por el pánico. No era posible que ella lo rechazase cuando él la necesitaba tanto.

— Permíteme convencerte — susurró contra sus labios.

La luz de la mañana ya inundaba la habitación cuando Reece abrió los ojos de nuevo. Después de dirigir una mirada a su alrededor por el ordenado y agradable dormitorio, miró hacia la mujer que aún dormía entre sus brazos.

Nada le produciría mayor placer que llegar a casa por las noches y encontrarla a ella esperándolo.

Ahora, al pensar en que la noche anterior había hecho el amor con ella, apenas si pudo contenerse para no abrazarla con fuerza en ese momento.

Sintió un enorme placer al contemplarla. Su gloriosa cabellera se extendía en desorden por la almohada. El dulce arco de su boca se hallaba entreabierto, y asomaban entre sus labios las puntas de sus blancos dientes, que tanto placer le habían producido a él con sus tiernos mordiscos, cuando hacían el amor. Las sábanas los cubrían a ambos sólo de manera parcial, y ella tenía el torso descubierto, por lo que él pudo apreciar la increíble calidad cremosa de su carne en todo su esplendor. Al seguir con la vista el recorrido por su piel, llegó hasta la cima de uno de sus pechos. Sus pezones tenían un profundo tono rosado, lo que hacía pensar en dos copos de nieve coronados por sendas cerezas. Y también pensó en el futuro, cuando de aquellos maravillosos senos manase la leche que alimentaría a un bebé. Un bebé creado por ellos con un acto de igual intimidad que la que esa noche habían compartido. Un precioso bebé con los ojos azules y el cobrizo cabello de su madre.

De súbito, la sonrisa se le heló en los labios al recordar lo que su salvaje deseo por poseerla le había hecho olvidar. ¡Diablos! Levantó un poco la cabeza y sus ojos le confirmaron lo que su cerebro acababa de recordar. Por la noche había tenido la suficiente presencia de ánimo para colocar aquella protección al alcance de la mano, pero ya inmerso en el placer con aquella sirena que yacía a su lado, toda idea de control de natalidad había escapado de su mente.

Él, que siempre ponía tanto cuidado en eso... ¡ahora se le había olvidado!

En ese momento, quizá al presentir la inquietud de él, Amelia se movió y abrió los ojos. Seguramente había pensado en lo sucedido la noche anterior, pues su rostro empezó a

teñirse de rubor, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por mirarlo a los ojos.

— Buenos días.

— Buenos días — respondió él haciéndole una caricia — . No puedo creer que, después de las cosas que hicimos anoche, todavía seas capaz de ruborizarte. ¿Te acuerdas de...?

— ¡Reece!

Él se echó a reír y sonrió de manera tentativa. Aunque esa sonrisa hizo que se le tranquilizaran los nervios a Reece. Esa no sería la apariencia de una mujer que va a negarse a aceptar una proposición.

— Si te digo lo hermosa que pareces con el cabello en desorden, ¿me darás un beso? Como respuesta, ella estiró la cabeza tanto como pudo y lo besó en la barbilla, que fue hasta donde pudo alcanzar, pero Reece movió su cuerpo hasta que quedaron a la misma altura y depositó sobre su boca un fuerte beso que la dejó sin aliento.

— Por mucho que me guste mantenerte en la cama todo el día, sé que no es práctico

— informó Reece — . En especial si mañana quieres ser capaz de andar.

— Tengo que serlo — aseguró Amelia, después de sonreír con timidez — , pues mañana tengo que dar mis clases.

— Y tenemos que concretar nuestros planes.

— Reece... — dijo ella desviando la mirada.

— Amelia... — dijo él colocando una mano bajo su barbilla y haciendo que levantara el rostro — . Te deseo más de lo que he deseado a cualquier mujer que haya conocido y deseo pasar la vida a tu lado. Cásate conmigo.

— No puedo darte ahora mi respuesta — aseguró Amelia, y a él le sorprendió la fuerza de su negativa más de lo que hubiese querido admitir — . Necesito tiempo para pensar en esto — prosiguió Amelia con una sonrisa — . Contigo a mi lado, no puedo pensar de manera ecuánime.

— No estoy de acuerdo en esperar, pero respeto tu necesidad de pensarlo. Sé que lo que te pido es un gran paso para ambos, pero no lo pienses demasiado, pues es posible que haya... cierta necesidad de apresurarnos. No estaba dentro de mis planes, pero me hace muy feliz decirte que es posible que acabes de concebir un hijo mío — aseguró, a la vez que señalaba hacia la mesilla de noche.

Ella permaneció en silencio durante un minuto, mientras hacía algunos cálculos mentales.

— No, no son los días indicados.

— De cualquier manera, me gustaría casarme y formar una familia.

— Reece... — la voz de ella vibraba desvalida — . Es posible que para mí no sea tan fácil como te imaginas conseguir quedarme embarazada — le cogió una mano y la colocó sobre su abdomen — .¿Lo ves?

Y él lo notó. Por primera vez se fijó en la cicatriz que Amelia tenía.

— Fue a causa de una infección que contraí después de que me operaran, cuando tuve el accidente. Por desgracia, esa infección llegó a las trompas de Falopio y, aunque me dijeron que podría albergar a un niño en el útero sin problemas, mis oportunidades de concebir son del cincuenta por ciento.

Él casi no entendió lo que ella le estaba diciendo. En lo único en que podía pensar era en que aquel fatal accidente en que perdió la vida su marido, también había estado a punto de terminar con la de ella.

— Dios mío — se escuchó decir con voz ronca — . Tú pudiste haber muerto. Amelia asintió.

— Pero... — de pronto se oyeron voces.

— ¡Querida hermana! ¿Podrías invitar a desayunar a tu sufrido hermano?

— ¿Qué demonios hace él aquí? — gruñó Reece, mientras recogía sus pantalones.

Amelia se apresuró a levantarse de la cama y Reece no pudo evitar contemplar embobado su blanca piel antes de que ella se pusiese una bata de franela.

— Me desharé de él — aseguró Amelia.

Cuando ella salió de la habitación, Reece empezó a vestirse con mucha calma, mientras la revelación que Amelia le había hecho bullía en su mente. Por primera vez, tuvo que reconocer que no querría vivir sin Amelia el resto de su vida. Ella se había vuelto para él más importante que cualquier mujer después de lo de Amanda... ¡diablos, mucho más aún que Amanda! Por Amanda había sentido un deseo físico durante los primeros días de su matrimonio, pero nunca la había querido como quería a Amelia. Y pensar que estuvo tan cerca de la muerte era una idea insoportable. . Al escuchar el ruido de voces en la planta baja, abrió la puerta y salió del dormitorio. Le diría a Charlie que su hermana y él iban a casarse. Así la tendría más segura.

Capítulo 6

— Lo siento — le dijo Amelia a su hermano con firmeza — . Esta mañana no tengo tiempo para un desayuno.

— Vamos, hermanita, son apenas las siete y media — comentó Charlie, mientras ponía agua en la tetera y sonreía angelicalmente — . Yo pensaba que sin mí no podrías desayunar a gusto.

— Más bien creo que tu despensa está vacía — aseguró Amelia, que también sonrió. Sabía que Charlie estaba preocupado por haberla dejado sola, y no podía enfadarse con él por eso. ¡Pero tenía que deshacerse de su hermano!

— Charlie, ¿por qué no lo dejamos para mañana? Entonces te prepararé el mejor desayuno que hayas tomado en toda tu vida.

— Déjalo que se quede. El desayuno lo prepararé yo. Apuesto a que no sabéis que soy muy bueno en la cocina.

La profunda voz de Reece sorprendió tanto a Charlie, que casi deja caer al suelo los huevos que llevaba en las manos, pero los depositó sobre la mesa y volvió la mirada hacia él. Amelia también lo miró sorprendida, pues ocupada en la discusión con su hermano, no lo había oído llegar. Además, Reece estaba actuando como si su presencia en la casa a esa hora de la mañana no tuviese nada de extraño.

Reece se encontraba apoyado contra el marco de la puerta y tenía un pie cruzado sobre el otro, en una postura muy relajada. Pero Amelia pudo leer un silencioso desafío en aquellos ojos azules.

Charlie se aclaró la garganta.

— Buenos días, Chambers. No esperaba encontrarte aquí.

Amelia cerró los ojos. No sabía qué pensar, ya que no se le ocurría cómo iba a reaccionar ahora su protector hermano.

— Yo podía decir lo mismo — replicó Reece — . Tenía entendido que ya no vivías aquí y que tienes tu propio apartamento.

El tono de voz de los dos hombres era frío, a pesar de las sonrisas. Ella estaba acostumbrada a observar las señales de agresividad en los perros, y la actitud de Reece y de Charlie no era muy diferente.

— Lo tengo, pero todavía me considero responsable por mi hermana — Charlie dio un paso adelante y Amelia lo detuvo sujetándolo el brazo — . Y no dejaré que nadie se aproveche de ella.

— Tu hermana es una persona adulta y es muy capaz de tomar sus propias decisiones.

— No sigas, Reece — le pidió Amelia sintiendo que estaba a punto de provocar a su hermano — . Ni tú tampoco, Charlie.

El silencio imperó en la habitación y sólo podía escucharse la agitada respiración de los dos hombres. Entonces Reece se volvió, tomó asiento ante la mesa del desayunador, y le señaló una silla a Charlie.

— Siéntate, Owen. Es necesario que hablemos.

— Ya lo creo que sí — gruñó Charlie acercándose a la silla.

Amelia contuvo el aliento, ya que era evidente que su hermano todavía se encontraba a

la defensiva. Además, había que esperar a ver qué era lo que pretendía Reece. Cuando él la miró y extendió una mano hacia ella, Amelia permaneció un momento sin moverse, a causa de su confusión. Pero la silenciosa orden expresada por aquella mano extendida era imperiosa, así que se acercó y permitió que tomara la suya.

— Acabo de pedirle a tu hermana que sea mi esposa — manifestó Reece al volverse de nuevo hacia Charlie, al tiempo que un viso humorístico reemplazaba el tono que antes había usado — . Concedo que esto significa que tú y yo emparentaremos, pero lo pensé bien y decidí que ella bien vale la pena.

La expresión de azoro que asomó al rostro de Charlie, casi provocó que Amelia soltara la risa, pues su hermano abrió mucho los ojos y mantuvo la boca abierta. Después de un momento, la miró a ella.

— ¿Es cierto? — exigió saber — . ¿Vas a casarte con él?

— Aún no he dado mi consentimiento, pero eso no está en discusión — respondió ella, para luego volverse hacia Charlie — . Si crees que porque le has dado a Charlie esa noticia puedes apresurar mi decisión, es mejor que lo pienses de nuevo. Ya te dije que no voy a proceder a la ligera.

Cuando volvió la mirada hacia Charlie, notó que por primera vez había en su semblante un asomo de su acostumbrado modo de ser.

— ¿No es demasiado rápido? — preguntó Charlie.

— Sí — respondió ella.

— No — dijo Reece de manera simultánea.

Charlie pasó la mirada de uno a otro y en sus ojos empezó a danzar la risa.

— Pues vaya tarea que tienes entre manos — le comentó a Reece.

— Lo sé.

Amelia emitió un bufido de disgusto y se soltó de la mano de Reece.

— No seáis ridículos. Hace dos minutos estabais a punto de daros un puñetazo y ahora sois de nuevo dos buenos amigos. ¿Qué ha pasado con el hermano protector?

— No necesitas que te proteja del hombre con quien vas a casarte. Siempre supe que estabais hechos el uno para el otro. ¿Por qué crees que lo invité a la barbacoa? — dijo Charlie y Amelia le arrojó el paño de la cocina.

Una vez que terminaron de desayunar, Charlie se puso de pie y se acercó a la puerta.

— Gracias por permitirme acompañaros en vuestro nido de amor — y cerró la puerta al tiempo de esquivar lo que le pudiese lanzar Amelia.

Ella estaba preocupada. No sabía si Reece persistiría en su idea de que casarse con ella no tenía nada que ver con el amor. Pero él actuó como si no hubiese escuchado lo que había dicho Charlie.

— Debo ir a casa a bañarme y cambiarme de ropa — dijo, echando un vistazo a su reloj — . Me gustaría quedarme aquí contigo todo el día. ¿Podríamos cenar juntos esta noche?

— De acuerdo — asintió Amelia — . Los lunes por la noche no tengo ninguna clase — jadeó cuando él la estrechó entre sus brazos — . Pero el resto de la semana tengo demasiada actividad — añadió, aunque sus pensamientos empezaron a volverse erráticos al sentir que Reece la acercaba a su cuerpo y la besaba en el cuello.

— Esta noche vendré con varias mudas de ropa y con mi perro — la besó en los labios de manera posesiva — . ¿De acuerdo?

Demasiado aturdida para protestar, Amelia asintió con un movimiento de cabeza. Y,

cuando él se lo pidió, hasta le entregó la llave de la casa.

«¿Y ahora qué hago?», se preguntó cuando Reece ya se había ido y mientras limpiaba la cocina y alimentaba a Foxy. Reece era excitante, atrayente y muy seguro de sí mismo. No había podido evitar el quedar atrapada por su encanto, y en el fondo de su corazón reconocía que la había hecho despedirse suavemente del recuerdo de su esposo desde la primera vez que la había besado... y que fue entonces cuando empezó a enamorarse.

Debería estar feliz. ¡Debería encontrarse emocionada! Ya que él la deseaba y quería casarse con ella.

Pero no la amaba, y ni siquiera creía en el amor, lo que había dejado en claro desde un principio. Y, lo que era peor, no quería el amor de ella. Por otro lado, le ofrecía una segunda oportunidad para tener hijos propios; y Amelia no dudaba que él sería un buen padre dedicado a su familia. Pero... ¿podría ella vivir sin amor?

Aquella tarde tuvo tres clases privadas, y los primeros alumnos llegaron con retraso, así que tuvo que correr las otras dos y entonces llegó a casa más tarde de lo planeado. Iba sucia y olía a perro, así que optó por una rápida ducha antes de que Reece llegara. Empezaba a secarse cuando oyó el timbrado del teléfono, por lo que entró al dormitorio y se tiró sobre la cama para alcanzar el auricular con rapidez.

Se trata de un cliente en perspectiva, que deseaba información sobre las clases, por lo que Amelia tomó nota del nombre y dirección y prometió enviarle un folleto.

Acababa de colgar, cuando se abrió la puerta del dormitorio. Amelia se sobresaltó y, al volverse a mirar, vio que Reece se encontraba en el umbral. Amelia se sintió turbada al pensar que estaba cubierta sólo por la toalla, pero esa misma desnudez le provocaba una profunda sensación muy femenina.

Cuando su mirada se encontró con la de Reece, en sus ojos encontró que él también sentía algo especial al verla semidesnuda. Entonces, Amelia sintió que su cuerpo era invadido por una corriente de excitación y que los pezones se le endurecían. El rostro de él se puso rojo y las aletas de la nariz se expandieron un poco, como si olfatease la esencia de la excitación femenina. Y, en tres largos pasos, llegó hasta la cama.

Al llegar a casa la había buscado en toda la planta baja antes de subir hacia el dormitorio. Y cuando abrió la puerta y la vio sobre la cama, cubierta por una pequeña toalla, que dejaba al descubierto sus muslos y los secretos mejor guardados de su cuerpo. Sintió que al instante su propio cuerpo se endurecía y supo que en ese mismo momento tenía que poseerla. Se aproximó a la cama y la miró a los ojos, mientras se bajaba la cremallera de los pantalones.

Aquellos pequeños sonidos reverberaron como un eco en el silencio de la soleada habitación. De un solo movimiento, Reece se despojó de los pantalones y de su ropa interior. Se arrojó sobre la cama, tomó con las manos los tobillos de Amelia para hacerla abrir las piernas y se apresuró a acercar su excitada virilidad al centro de su deseo. Se inclinó sobre Amelia, tiró la toalla al suelo y estiró una mano hacia la mesilla de noche, donde aún yacía su olvidado paquete. Sacó el contenido y, después de colocárselo, se puso de nuevo sobre Amelia.

Con uno de sus dedos empezó a acariciarla íntimamente. Amelia empezó a jadear y, cuando sintió que la penetración se iniciaba, el mundo empezó a girar en su cabeza, mientras Reece apoyaba las manos bajo sus glúteos para impulsarla a seguir su frenético ritmo. Muy pronto éste los llevó a ambos hasta la cumbre, en un maravilloso

clímax compartido.

Poco a poco el mundo detuvo su alocado torbellino y Amelia empezó a darse cuenta de nuevo de lo que la rodeaba, pero en ese momento apretó sus músculos interiores y proporcionó a Reece una caricia más.

— ¿Es que no sabes cuándo detenerte? — preguntó él en broma.

— Creo que no — respondió ella en el mismo tono. De pronto, en sus labios empezó a formarse una sonrisa — . ¿Te das cuenta de que no te has quitado la corbata?

— Hace unos cuantos minutos tenía cosas más importantes en que pensar — declaró Reece a la vez que tomaba impulso para sentarse sobre la revuelta colcha y ayudaba a Amelia a hacer lo propio — . ¿Qué te parece si nos vestimos y salimos a comprar los anillos de compromiso? Me gustaría poner uno en tu dedo tan pronto como sea posible. De paso, podríamos buscar también los anillos de matrimonio.

Aunque él parecía tan confiado y seguro de sí mismo como siempre, Amelia descubrió en sus ojos un sorprendente atisbo de vulnerabilidad... casi como si temiese que ella fuera a decir que no.

Pero no tenía sentido prolongar su espera por una respuesta, así que Amelia tomó aire con fuerza y se dispuso a hablar. Era posible que tuviera algunas reservas respecto a la conveniencia de casarse con Reece, pero ella lo amaba... tanto, que hasta sin amor lo aceptaría si es que ese era el único modo de tenerlo.

— De acuerdo — declaró — . Acepto casarme contigo. Vamos a buscar los anillos.

Las siguientes dos semanas fueron un remolino de actividad, pues Reece estaba resuelto a que la ceremonia se efectuase tan pronto como fuera posible. Decidieron conservar la casa, así que él empezó a mudar sus cosas poco a poco. Además, también había llevado a su perra. Al poco tiempo, se convirtió en una agradable costumbre llegar a casa por las noches y ver juntos la televisión, con los dos perros a sus pies. Claro que, antes de dormir, todas y cada una de las noches hicieron el amor de un modo tan apasionado, que Amelia se sintió cada vez más convencida de que había tomado la decisión correcta.

Después de sacar la licencia de matrimonio, por sugerencia de Reece, tomaron la determinación de posponer la luna de miel hasta las vacaciones de Navidad, para que así Amelia no tuviese que interrumpir sus clases.

El día de la boda, que de común acuerdo fue una ceremonia civil, Jean y Charlie fueron sus únicos testigos.

Antes de salir de la casa, Amelia levantó el marco de plata con el retrato de Charlie y pasó un dedo con fuerza sobre las sonrientes facciones, en una muda despedida a su amor. Había amado de verdad a aquel hombre y nunca lo olvidaría, pero su corazón pertenecía ahora a Reece. Después de despedirse de Charlie, abrió un cajón de su cómoda y guardó el retrato.

— Nunca te arrepentirás de este matrimonio — fueron las palabras de Reece después de la ceremonia.

Te prometo que cuidaré de ti y de nuestra familia.

Amelia presentía que él cumpliría su palabra y sería un maravilloso esposo y padre, aun cuando no la pudiese amar con la intensidad con que ella había sido amada alguna vez. Aunque por lo menos tendría el placer de darle los hijos que nunca habían tenido. Así como estaba segura de su amor por él, sabía que Reece amaría a esos

niños con cada una de las fibras de su ser.

Un sábado al mediodía, una semana después de la boda, Reece pasó a recoger a Amelia a su centro de entrenamiento, justo a la hora en que se despedían los últimos estudiantes.

— Hasta el martes, señora Chambers erijo una señora, lo que hizo a Reece sentirse lleno de satisfacción al escuchar ese nombre referido a Amelia. Todavía no acababa de creer que ella fuera suya, y sólo estaba seguro de ello cuando la veía junto a él por las noches, acostada en el amplio lecho.

Al día siguiente irían a Peoria a comer con algunos de sus mejores amigos, quienes se habían sorprendido y enfadado un poco, al saber que él se había casado y no se lo había dicho hasta después de efectuada la ceremonia. Pero Reece había tenido un oculto temor que casi no se atrevía a reconocer. Temía que ella pudiese cambiar de opinión en el último minuto. Una vez había hecho el papel de tonto a causa de una mujer... pero nunca más iba a sucederle.

— En un momento estaré lista — dijo Amelia, mientras atendía a otra persona.

Y la sonrisa que alegró su semblante proporcionó una cálida alegría a Reece. Él había olvidado lo satisfactorio que puede ser el matrimonio. O quizá nunca lo hubiese sabido antes, con Amanda, pues no recordaba haber sentido aquel resplandor interior que le proporcionaba una simple sonrisa de Amelia, ni la sensación de bienestar al encontrarse a su lado. En realidad, ya casi no recordaba detalles respecto a Amanda, sólo que su relación había estado basada en el sexo; así que cuando la novedad terminó, no les quedó gran cosa en común.

De Amelia, jamás se cansaría

Claro que para cansarse de ella tendría que verla más, pensó medio en broma, medio en serio. En el mes que llevaba viviendo en la casa que ya consideraban su hogar, se había dado cuenta del mucho tiempo que pasaba Amelia en su negocio. A él le parecía demasiado.

Claro que la llegada de los hijos complicaría las cosas, aunque podrían contratar una buena niñera y los asuntos se resolverían según surgiesen.

En ese momento salió Amelia de la oficina. Acostumbraba a llevar vaqueros al trabajo, pero en esa ocasión vestía algo más formal, pues él la había invitado a comer. Parecía cansada, aunque así estaba muy bonita.

Antes de ir a comer, pasaron por unos almacenes y Amelia compró algunas cosas que le parecieron útiles para la casa. Y, cuando se dirigían cargados de paquetes hacia el coche, alguien llamó a Reece.

— ¡Reece!

Se trataba de Lionel Cabert, el director del centro de datos del banco, que se encaminaba hacia ellos acompañado de su esposa, que se llamaba Felicia... o algo parecido, y a quien, según recordaba Reece con vaguedad, había conocido hacía tiempo en una fiesta.

Reece apenas tuvo tiempo de dejar los paquetes en el interior del coche antes de que Lionel le estrechase la mano con gran entusiasmo.

— Según veo, venís de compras. Nosotros vamos a ver si conseguimos un artilugio que Nancy insiste en que debemos tener. ¿Recordáis a mi esposa? — añadió, señalando a la rubia que se encontraba a su lado.

— Encantado de volverte a saludar — comentó Reece con cortesía — . Creo que ya conocéis a Amelia, mi esposa.

— Hola — dijo Amelia con una sonrisa.

— ¿Cómo estás, querida? — dijo la rubia — . Felicidades por haber atrapado a este galán. Y te diré que Luisane se puso lívida del coraje cuando se enteró — prosiguió entre risas.

— En realidad — intervino Reece — . Fui yo quien tuvo que rogarle a ella que se casara conmigo.

Amelia — dijo Nancy después de reírse de lo que había dicho Reece — , esta misma semana iba a comunicarme contigo, así que este encuentro es providencial. Las chicas y yo hemos decidido invitarte a formar parte de nuestro club de bridge, ahora que tenemos una vacante.

Hubo una incómoda pausa y entonces habló Amelia.

— Lo siento, pero no sé jugar al bridge.

— ¿No? — preguntó Nancy con incredulidad — . Bueno, supongo que podemos enseñarte — parecía perpleja ante el hecho inaudito de encontrarse a una persona que no fuese una experta en bridge — . ¿Pues dónde has vivido, criatura?

Reece notó que Amelia parecía consternada ante la posibilidad de pasar una tarde a la semana en compañía de Nancy y sus amigas, así que se decidió a intervenir.

— Mi esposa no tiene tiempo para juegos — aseguró cogiendo a Amelia del brazo — , porque tiene un negocio que le ocupa casi todo su tiempo. Y me temo que lo que le queda libre debe dedicármelo a mí. De cualquier manera, te agradecemos tu atención.

— Bien, si es lo que queréis — Nancy daba a entender que Amelia se perdía un gran privilegio al no pertenecer a su grupo — . Es posible que tengas un buen negocio, querida — le indicó a Amelia — . Pero recuerda siempre que no debes descuidar tus deberes de esposa.

Una vez que la pareja se despidió, Reece esperó hasta que estuvieron por completo fuera del alcance del oído, para dirigirse a Amelia.

— Vamos a comer — propuso, con una gran sonrisa, la cual se volvió socarrona con sus siguientes palabras — . Después nos iremos a casa para que cumplas como es debido con «tus deberes de esposa».

Fueron al restaurante al aire libre que tenía el Instituto de Arte. Estaban en otoño y el tiempo podía llegar a ser engañoso, pero ese día hacía calor, así que la terraza estaba abierta. Se trataba de un sitio muy bonito, al que las clásicas notas de una sonata para piano daban un toque romántico.

El ambiente era agradable y la comida muy buena, pero Amelia no notaba nada de eso, pues estaba muy pensativa, aunque creía que Reece no había reparado en ello.

Qué es lo que sucede? — inquirió él de pronto.

Amelia sabía que tenía que responderle, pero antes inhaló aire con fuerza.

— Ver de nuevo a Nancy me ha hecho pensar en algo que había tratado de olvidar... Creo que... que tarde o temprano te arrepentirás de haberte casado conmigo.

Al escucharla, Reece parecía tanto aturdido como confundido.

— ¿Y qué crees que hayas podido hacer que pueda cambiar mi manera de pensar respecto a nuestro matrimonio?

— Más bien se trata de algo que no haré.

— ¿Qué no harás?

— Sí — se inclinó hacia adelante y suspiró — . El encuentro me recordó lo inepta que soy para los asuntos sociales y creo que un banquero debe tener como esposa a una mujer sociable, no como yo. No quiero hacerte pasar vergüenza.

Reece la contempló como si fuese un ser venido de otro planeta.

Quieres decir que vas a ser un impedimento en mi camino hacia el éxito, si no te conviertes en una chismosa ni tampoco aprendes a jugar al bridge?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

— Amelia — Reece tomó una mano entre las suyas — , lo que piensas es una locura. Además, debes recordar que el día de la fiesta pudiste charlar muy bien con Eva.

— Sólo debido a que a ella le gusta hablar de perros.

— Bueno, pero hablaste con ella, ¿no es cierto? Además, cariño, tú nunca me harás sentir avergonzado — tomó las dos manos de Amelia entre las suyas — . Todo hombre que te mira está demasiado ocupado notando lo hermosa que eres, y las esposas están demasiado ocupadas notando lo que sus esposos notan, y ninguno se preocupa por lo que tú dices o dejas de decir.

— Yo no me considero hermosa.

— Pues lo eres — replicó Reece — . Y ahora deja de preocuparte por algo tan trivial. A mí no me importa si a ti a no te gusta ser sociable. Eso es algo que a mí tampoco me llama la atención y lo trataremos de evitar cuanto sea posible.

Pero había algo que preocupaba más a Amelia que el aspecto de las relaciones sociales. Reece no se había casado con ella por su habilidad para tratar a la gente, sino que su interés principal radicaba tan sólo en su capacidad reproductiva y el deseo de tener hijos lo más pronto posible. Miró a través de la mesa y vio con qué ganas comía el sandwich que había pedido. Justo entonces, él levantó la mirada y, al notar el escrutinio de que era objeto por parte de Amelia, le guiñó el ojo y le hizo una mueca.

Ella sintió un profundo dolor. Lo amaba tanto. ¿Cuándo habría podido convertirse en todo su mundo? ¿La amaría alguna vez tanto como ella lo amaba a él?

Antes de salir del Instituto de Arte, pasaron a visitar una sala en la que exhibían una colección relativa a la Edad media, y Reece pareció muy interesado en una armadura metálica.

— Ésta te sentaría bien a ti — le indicó a Amelia.

— ¿No te parece que los hombres de aquella época eran de mucho menor estatura que los de ahora?

— Es curioso, pero al llegar a la edad adulta se dejan de idealizar algunas cosas. Cuando yo era niño, me fascinaba escuchar las historias sobre el Rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda que me contaba una de mis madres sustitutas. Me parecía muy romántico y soñaba que era...

— Lancelot.

— Ah, esas historias de la corte perfecta para el rey perfecto.

— Yo solía imaginarme que Charlie era Lancelot — comentó Amelia con una nostálgica sonrisa — . Fue una buena época.

— No sabes cómo te envidio el que tengas esa clase de recuerdos respecto a tu matrimonio — aseguró Reece, mientras contemplaba pensativo la armadura.

— Es extraño, pero ahora pienso en que Charlie y yo nunca nos enfadamos.

— En cambio, mi exesposa y yo nos pasábamos la vida de pleito en pleito.

Amelia sintió una dolorosa punzada al darse cuenta de lo poco que Reece le había

dicho sobre su vida con la primera mujer con la que se había casado. Siempre había sentido curiosidad, pero hasta entonces no había creído oportuno hacer preguntas.

— ¿Qué clase de motivos teníais para nuestras discusiones? — inquirió. Pero no hubo ninguna respuesta.

Miró hacia Reece, pero la reserva que vio en sus ojos la hizo estremecerse.

— Peleábamos por multitud de causas — respondió él de manera evasiva, por lo que Amelia prefirió no indagar en el pasado.

Aunque no pudo evitar preguntarse qué agravio le habría infligido aquella mujer para provocarle esa expresión adusta en el semblante.

Capítulo 7

Amelia permaneció con el mismo horario de trabajo durante la siguiente semana, pero tuvo más trabajo que de costumbre, pues fue la época de inscripciones para el periodo de invierno de sus clases y tuvo que examinar docenas de solicitudes para organizar los grupos de la manera adecuada.

Además de eso, cogió una ligera gripe.

Por suerte, no fue nada grave, así que no tuvo necesidad de faltar a su escuela. Pero a lo largo de la semana se sintió mareada y con náuseas. Lo curioso era que por las mañanas se sentía bien, pero llegada la hora de empezar las clases, la aquejaba el malestar; y a la hora de comer casi no podía probar bocado.

El jueves por la tarde, Reece llegó, como de costumbre, con algunos sandwiches para comer algo en compañía de Amelia antes de empezar las clases del grupo al que asistía para la educación de Nadia.

— Hola — la saludó, acercándose a ella para darle un beso. Entonces notó lo pálida que estaba — . Todavía no te sientes bien del todo, ¿verdad?

— No, pero pasará pronto. ¿Cómo te fue a ti en tu trabajo?

— Ha sido un día interesante. Fíjate que acudió a solicitar un préstamo el dueño de una fábrica de panecillos de queso y a mí me tocó ir a visitar su negocio — sacó dos sandwiches de la bolsa — . He traído esto y también unos... ¡Amelia!

Al ver los sandwiches, ella había sentido que todo el estómago se le revolvía, así que se levantó de la silla a toda prisa y corrió hacia el baño.

Apenas si logró llegar a tiempo. Porque de inmediato comenzó a vomitar. Reece había corrido tras ella, así que le entregó una toalla de papel.

— Gracias — dijo Amelia, sintiéndose demasiado avergonzada al aceptar la mano que él le ofrecía para ayudarla a incorporarse.

— ¿Se te ha ocurrido pensar en que podrías estar embarazada?

Ella lo miró boquiabierta, mientras efectuaba algunos cálculos mentales.

— Pues sinceramente no lo creo porque... ¡oh! — en el entusiasmo del comienzo de su vida como recién casada, ni siquiera se había fijado en que hacía varios días que debía haber comenzado su menstruación — . Tengo un pequeño retraso — admitió — . Pero eso no significa nada.

— Vayamos a que te hagan la prueba del embarazo.

— Sí — respondió Amelia, con una esperanza que empezaba a crecer en su corazón — . Me imagino que tienes razón.

Al día siguiente, y siguiendo las indicaciones del médico, con la primera orina del día acudió al laboratorio en ayunas. No obstante, para enorme desilusión suya, antes de salir de su casa, empezó a sentir las inequívocas señales de la inminencia de la menstruación.

Mientras se cambiaba de ropa interior, trató de mitigar su decepción al pensar en que todavía tenían mucho tiempo por delante para tener hijos.

Si no fuese por Reece... Estaba casi decidida a cancelar su cita con el médico, pero prefirió acudir de todos modos.

— Buenos días — le dijo la recepcionista al llegar al laboratorio — . ¿En qué podemos servirla?

— Mi nombre es Amelia Chambers — respondió Amelia, al tiempo que entregaba el frasco con su muestra — . Y tengo una cita para una prueba de embarazo.

La empleada recogió la muestra y pasó a Amelia al laboratorio para que le realizaran también una prueba sanguínea. Amelia le explicó a la enfermera que ya había empezado a menstruar, pero ella insistió en llevar a cabo las pruebas para mayor seguridad.

Mientras esperaba que le trajesen el resultado, Amelia se dedicó a mirar con interés los carteles que estaban pegados en las paredes. En uno de ellos podía verse un esquema de la figura de un feto dentro del vientre de una mujer embarazada. Sorprendente. En otro de los carteles podían apreciarse las sucesivas etapas del embarazo, mostrando el desarrollo progresivo del bebé. En otro cartel podía leerse una lista de los diferentes métodos usados en el control de la natalidad. Era muy bueno no tener que preocuparse por...

En ese momento se abrió la puerta y por ella entró a la sala de espera una enfermera con una ligera sonrisa en el rostro.

— Felicidades, señora Chambers. Es posible que su cuerpo aún no lo comprenda muy bien, pero es definitivo que está usted embarazada...

— ¿Sí? ¡Qué maravilla! — Amelia cerró los ojos y sintió que la embargaba un maravilloso sentimiento después de un instante, abrió de pronto los ojos — . ¿a qué se debe el sangrado?

— Es normal que algunas mujeres lo tengan en la primera etapa del embarazo — comentó mientras anotaba a Amelia para asistir a una charla sobre embarazo para el siguiente mes — . No debe preocupar a menos que el sangrado continúe o se vuelva abundante. En ese caso, debe acudir de inmediato al médico — le dio un golpecito cariñoso a Amelia en la mano — . De otro modo, la veremos dentro de un mes.

Cuando Amelia salió del consultorio, con un montón de folletos en las manos, estaba tan emocionada, se sintió como si caminara entre nubes.

Reece estaba en su despacho, dictando una carta a su secretaria, cuando vio a Amelia entrar en el vestíbulo. Ella había ido al banco sólo una vez desde que se casaron y, al contemplarla, su sonrisa de oreja a oreja se lo dijo todo.

Olvidadas la carta y la secretaria por completo, se puso de pie y se dirigió a toda prisa al encuentro de Amelia para estrecharlo en sus brazos.

— Buenas noticias, ¿verdad?

— Buenas noticias — confirmó ella.

Reece echó la cabeza hacia atrás y rió en voz alta, a la vez que la hacía girar.

— ¡No puedo creerlo! ¡Voy a ser padre! ¡Tú y yo vamos a tener un hijo!

Al escuchar el alboroto, varios de los compañeros de Reece asomaron la cabeza con curiosidad, y Reece se dio cuenta por su expresión que uno o dos de ellos empezaban a darse cuenta. Pero eso no tenía la menor importancia. ¡Su mujer iba a tener un niño! ¡Su esposa estaba embarazada!

— ¿Cómo te sientes? ¿Qué te ha dicho el médico? ¿Cuándo nacerá el niño? — le preguntó con ansiedad a Amelia, una vez que estuvieron dentro de su despacho y que le indicará a la secretaria que más tarde terminarían el trabajo.

— Uf, cuántas preguntas — respondió Amelia llevando la cuenta con los dedos — . Me

siento bien... por el momento. Al médico no lo he visto, pero hablé con una enfermera, que me dio una cita para mi primera revisión dentro de un mes. Y... — parecía sorprendida — ... ¡no sé cuándo nacerá el niño!

Reece volvió a reír.

— Bueno, quizá yo pueda ayudarte a sacar cuentas respecto a la creación de este milagro.

La besó, y luego volvió a besarla con mayor intensidad cuando ella le respondió del mismo modo en que siempre lo hacía; y cuando curvó su cuerpo hacia el de él, la electricidad generada casi lo hizo olvidar el sitio en que se encontraban.

— Es mejor que te sientes — indicó — . Pues es mejor que no estés de pie ni un minuto más de lo necesario.

Los ojos de Amelia brillaban a causa de la diversión.

— No vayas a decirme que vas a ser un histérico. Desde hace muchos siglos las mujeres han tenido hijos, y muchas de ellas tenían un trabajo mucho más duro que el mío — depositó varios folletos y hojas de papel sobre el escritorio — . Esto es para que tengamos toda la información necesaria sobre el cuidado de la futura madre; ya sabes, alimentación, ejercicios y demás. Ah, también me dieron un gráfico por medio del cual podremos averiguar la fecha del nacimiento.

Reece tomó el gráfico.

— Veamos... Si fue durante... — se volvió hacia Amelia, que se había ruborizado un poco — . Debe haber sucedido aquella primera vez, ¿verdad?

— Sí, creo que sí.

— Entonces... — consultó el gráfico — . Eso significa que seremos padres en ... julio.

— Julio — Amelia musitó la palabra como si se tratara de una plegaria, y él la miró con los ojos brillantes por la emoción.

— Eres la mujer más maravillosa del mundo — exclamó estrechándola de nuevo en sus brazos.

Una nube de felicidad los envolvía, acrecentada por la alegría de Reece ante su estado.

Harlee fue a visitarla y juntas charlaron sobre síntomas físicos del embarazo, nombres para los bebés e información sobre partos. A sugerencia de Harlee, empezó a elaborar una lista de todas las cosas que Reece y ella necesitarían para el bebé.

Tal como la enfermera se lo había indicado, el leve sangrado que tenía desapareció muy pronto; sin embargo, las náuseas todavía continuaban, aunque con una intensidad más tolerable. Y pudo arreglar las cosas para que uno de sus mejores entrenadores se encargara de parte de las clases, para que ella no tuviese que trabajar toda la jornada. Una tarde, cuando ella estaba descansando en el sofá, después de sus clases, Reece se acercó y tomó asiento a su lado.

— ¿Cómo te sientes?

Amelia amaba esa ternura hacia ella, aun cuando fuese debida no al amor, sino a su embarazo.

— Me encuentro bien — respondió — . Creo que mis hormonas por fin empiezan a comportarse bien.

— El martes por la noche tengo una cena de negocios de la que no me puedo zafar.

— No te preocupes, yo estaré bien.

En realidad, él salía muy pocas veces sin ella, que lo extrañaba, pero que no quería

interferir en su trabajo.

— El problema es que se trata de uno de los directores del banco, y él quiere que vayas tú. Le dije que no te es posible por tu trabajo.

Amelia pensó una vez más en lo inadecuada que era para las actividades sociales, y se puso triste.

— Amelia, mírame — dijo Reece con voz firme — . No debes preocuparte por nada.

— Le hizo una caricia en el vientre y luego su mano subió hasta uno de sus senos, con lo que Amelia empezó a sentir la familiar calidez que siempre la hacía olvidar todos sus temores.

— Espérame un momento — le dijo Reece poniéndose de pie — . Voy a sacar a los perros. Hay ocasiones en las que una nariz húmeda y fría no debe interferir — añadió con una sonrisa.

Se puso en marcha y, después de cerrar la puerta, cruzó la oscura cocina y se encaminó a la sala, aunque casi chocó con Amelia, que ya se había levantado y se encontraba a su lado. Entonces extendió las manos de manera automática y ella se refugió más que gustosa en sus brazos.

De inmediato, el cuerpo de Reece respondió ante el contacto con aquellas cálidas curvas y la presionó contra sí mismo para sentirla de modo más íntimo, mientras introducía la lengua en su boca y la besaba con intensidad durante varios minutos. Después recorrió su mejilla con los labios y levantó la cabeza para observar su rostro en las sombras.

Si ella supiera lo que con su expresión soñadora y absorta había provocado en él, tendría un arma formidable a su disposición. Reece se encontraba impaciente por tocarla, demasiado como para esperar a llegar al dormitorio, así que se movió para dejarla apoyada contra uno de los muebles de la cocina, momento en el que desabrochó los diminutos botones de su blusa.

Ansiaba tocar sus senos. Al abrir la blusa, notó que Amelia ya se la había sacado de la falda y que había desabrochado los últimos botones de la parte de abajo. Eso lo excitó todavía más y su cuerpo presionó contra la barrera de la ropa buscando abrirse paso hasta el lugar que deseaba. Ella tenía el cuerpo de Reece sujeto con las piernas y, sin soltarlo, de pronto se despojó a sí misma de su blusa y del sujetador y atrajo la cabeza de Reece hacia sus pezones.

¡Ella estaba a punto de volverlo loco! Aunque Amelia nunca dejaba de excitarlo más allá de la razón, sí había sido un poco pasiva a lo largo de las semanas transcurridas, siendo siempre él quien había llevado la iniciativa. Como siempre le respondía de una manera tan maravillosa, Reece no se daba cuenta hasta ahora de que ella nunca demostraba ninguna agresividad cuando hacían el amor. Por lo que su frenética necesidad por tenerlo sobre sus pechos lo enardeció aún más. Con una mano sujetó una de aquellas suaves cumbres y colocó su boca sobre el pezón para succionarlo.

Amelia jadeó y se arqueó contra el cuerpo de Reece, mientras pasaba sus húmedas manos por entre su negra cabellera para atraerlo más hacia ella. Al continuar con su succión en aquellos gloriosos pezones, Reece sintió que el cuerpo llegaba a dolerle de forma palpitante y entonces empezó a moverse contra ella rítmicamente. Excitada como nunca, en ese momento las manos de Amelia bajaron presurosas hacia la camisa de él para despojarlo de aquel estorbo, a la vez que le subía la camiseta para poder tocar su pecho cubierto de suave vello. Acercó sus manos y, al encontrar los

pequeños pezones masculinos, los tomó entre los dedos y los masajeó hasta que se endurecieron tanto como los suyos.

Él no había tenido la intención de llegar tan pronto a ese punto de pasión, pero la imperiosa necesidad mutua exigía satisfacción inmediata, por lo que levantó la falda de algodón que llevaba Amelia hasta dejar al descubierto sus caderas, cubiertas por unas diminutas bragas de encaje.

A toda prisa, la despojó de esa última prenda que se interponía en su camino y empezó una lenta caricia sobre aquel vientre donde aún no era notorio el embarazo, hasta bajar al centro de su intimidad. Allí se abrieron paso hasta que se impregnaron de la humedad que destilaba su pasión, entrando y saliendo una y otra vez.

Para Amelia la excitación era algo que la hacía retorcerse y gemir, pero cada aliento de su boca era captado por la boca de él. Y la mano de ella bajó hasta encontrar el cinturón de Reece. Luego llegó hasta la cremallera para bajarla y dejar en libertad la prueba de su virilidad; y, antes de que él pudiese hacer acopio de suficiente oxígeno para protestar, aquellos dedos iniciaron un lento y desesperante recorrido que hizo a Reece emitir un ronco gemido y apretó después los dientes en un esfuerzo por contener el poco control que de sí mismo, quedando con movimientos propios de una persona que ha perdido la razón, Reece se apresuró a alejar aquellas manos y a penetrar en la cálida profundidad que tanto deseaba y que lo aceptó de manera total para que derramase dentro de ella su semilla. El paroxismo simultáneo los estremeció a ambos y provocó un grito en ella, quien se movía al ritmo de una pasión que parecía insaciable.

Incluso después del relajamiento, el cuerpo de Reece se estremecía de vez en cuando. De pronto, al sentir que las piernas se le volvían de goma, se dejó caer al suelo junto con Amelia; se quedó tumbado de espaldas, con lo que ella quedó encima.

Transcurrió un largo momento antes de que cualquiera de los dos hablara o se moviera.

— ¿Dormiremos aquí? — preguntó por fin Amelia.

— Para ti es fácil decirlo — protestó Reece —, pues quien ha quedado abajo he sido yo — levantó una de sus manos y le hizo una caricia en el trasero —. Prefiero que nos vayamos a la cama.

Reece había bajado para dejar salir a los perros cuando ella se despertó al día siguiente, se volvió de lado y hundió el rostro en la almohada de él. Antes, era muy madrugadora, pero ahora Reece se levantaba primero y preparaba el desayuno. El cansancio del que Amelia había oído hablar empezaba a cobrar su cuota en ella, por lo que a menudo se volvía a dormir cuando él se iba por las mañanas, hasta que su vejiga le recordaba los cambios que estaba sufriendo su cuerpo, pensó echando a un lado las sábanas.

Hasta que no llegó al cuarto de baño no descubrió que de nuevo había sangrado. Y esta vez la sangre era de un aterrador color rojo brillante.

¿Iría a perder al bebé que tanto deseaba? En ese caso, Reece se sentiría por completo abatido.

Al salir del baño, empezó a vestirse a toda prisa, pues intentaba llegar al consultorio del médico lo antes posible.

— Qué milagro que ya estés levantada — comentó Reece al entrar en la habitación, pero en ese momento se fijó en la expresión del semblante de ella —. Cariño, ¿qué te

sucede?

Ella se lo dijo, y pudo notar que el miedo aparecía de inmediato en sus ojos.

— ¿Piensas que... lo de anoche pudo... pudo haberte lesionado?

— No lo sé — respondió ella con tristeza — . Pero la enfermera me dijo que no había problema en tener relaciones sexuales.

— Voy a ir contigo a ver al médico.

Amelia se sintió mucho más animada, pues tenerlo a su lado suponía una gran diferencia. Al llegar al consultorio y explicar Amelia el problema que la aquejaba, inmediatamente fue conducida a la sala de exploración.

— No se nota una gran expansión del útero — les explicó después el médico — , pero eso es normal al principio de un embarazo, en especial si se han hecho mal los cálculos.

— Pero, ¿qué nos puede decir acerca del sangrado? — interrogó Reece al médico — . ¿Es normal?

— Bueno, no necesariamente es extraño, aunque un sangrado continuo no es señal de nada bueno. Por ahora, lo único que podemos hacer es esperar. Durante el primer trimestre del embarazo es cuando el feto se acomoda en el vientre, y es la etapa en la que la Naturaleza decide a veces que el embarazo no llegue a término. Es la manera en que asegura que la mayoría de los niños nazcan sanos y normales.

— Hay algo que podamos hacer?

— La señora debe evitar todo lo posible estar de pie, y debe descansar en cama hasta que ya no pueda soportarla ni un minuto más. No haga nada de ejercicio, ni siquiera andar.

— De acuerdo — respondió Amelia, que pensó de Pronto en su negocio; pero estaba resuelta a no arriesgar a su hijo por nada del mundo.

— Espero que el reposo absoluto evite cualquier problema — prosiguió el médico — . Pero si hay algún sangrado, aun cuando sea mínimo, llámenme de inmediato y efectuaremos un examen por ultrasonido para averiguar qué es lo que sucede.

Después de la consulta con el médico, Amelia se sintió mucho más tranquila, sobre todo debido a que Reece la mimaba mucho.

— Esto hará que adelante mis planes para traspasar el negocio — le comunicó a Reece una tarde en la que descansaba en el sofá y comía unas uvas que le había llevado Reece — . Pero cuanto más lo pienso, mejor me siento.

— ¿Traspasar el negocio? — repitió Reece como un eco.

— Sí — confirmó ella con una sonrisa — . De cualquier manera, ya lo tenía planeado para la época en la que nazca el bebé.

— Amelia, ¿estás segura? Ten en cuenta que cuando nazca nuestro hijo podremos contratar una empleada de jornada completa para que lo cuide, y hasta podrían ir los dos contigo al trabajo — posó sus manos sobre los hombros de ella — . Quiero que seas feliz.

«¿Cómo puedo serlo si tú no me amas?» Fue el primer pensamiento que cruzó la mente de Amelia, que se apresuró a bajar la mirada hacia las uvas, para que él no pudiese leer la necesidad que en ellos había. Aunque no debería estar descontenta, se recriminó. Quizá Reece no la amara, pero la cuidaba mucho y parecía que sí sentía algún cariño por ella. Además, su matrimonio era bueno y sólido y aquel hijo los haría felices a ambos.

— No quiero ser una de esas madres que están tan ocupadas con su trabajo que tienen muy poco tiempo para dedicar a su hijo. Yo seré feliz si puedo estar a su lado durante su crecimiento — colocó las manos sobre los fuertes antebrazos de su esposo — . Soy feliz con mi escuela de entrenamiento, pero seré aún más feliz si soy una verdadera madre para mi hijo.

— Parece que hablas en serio — dijo Reece con expresión de alivio.

— ¡Por supuesto!

— Me alegro, pero no quería que pensaras que esperaba que renunciaras a algo que te gusta.

De pronto, Amelia sintió que en su interior se derrumbaba un muro al empezar a comprender la verdad. Y que esa caída arrastraba todas las inseguridades de los primeros días de su matrimonio y el temor de no ser la esposa adecuada para un hombre cuyo trabajo requería el trato social.

Lo que Reece quería realmente para ella era que fuese feliz en lo que prefiriera hacer, sin importarle qué clase de trabajo fuera, o si trabajaba o no en algo.

El martes de la siguiente semana, Amelia descansaba acostada con los pies en alto, cuando Reece apareció en el umbral de la puerta.

— Hola — logró pronunciar Amelia, antes de que él se inclinase sobre ella y la hiciera olvidar cualquier cosa que fuese a decir, pues cubrió sus labios con los suyos con una dulce exigencia.

Aunque no debían hacer el amor, pues había sido una de las recomendaciones que les había hecho el médico. Debían esperar hasta la siguiente revisión.

— Hola — dijo él separando un poco la cabeza — . Te he echado de menos.

— Yo también — respondió ella con emoción, pues por primera vez surgió en ella una esperanza.

¿Podría ser posible que él empezara a amarla del modo en que ella lo amaba a él?

— ¿A dónde me llevas? — inquirió al ver que Reece le pasaba un brazo tras la espalda y el otro bajo las rodillas — . Todavía no es hora de acostarnos.

— Hay algo que quiero mostrarte — explicó él, llevándola sin ningún esfuerzo a través de la cocina, hasta el porche posterior de la casa, desde donde podía verse la entrada para coches.

— ¿Dónde está tu coche? — preguntó la confusa Amelia, al ver aparcado allí un sedán de color granate, en lugar del pequeño coche deportivo blanco.

La carrocería y las molduras metálicas del sedán despedían reflejos en el parabrisas, que aún tenía la tarjeta con el precio.

— ¿Qué es esto?

Reece rió.

— Un coche. Para ser preciso, nuestro coche. ¿Te gusta?

— ¿Y tu jaguar? ¿Qué ha pasado con él?

— He hecho un cambio.

— Pero Reece, si aquel otro coche era tu orgullo.

Él volvió a reír y la besó en la frente.

— No te preocupes por mí, cariño. Ciertamente el Jaguar me gustaba, pero era un coche que no se ajustaba a nuestras necesidades actuales. Lo que ahora nos hace falta es un coche familiar — dijo acercándose al sedán — . ¿Te quieres sentar en el sitio del

conductor para probar qué se siente?

Con todo cuidado la depositó en el interior del coche y luego la besó en la mejilla.

— Siento que no... que yo no pueda... ¿Quieres que...? ¡Oh, olvídalo!

— Está bien, cariño, no te preocupes. Sé a qué te refieres, pero debes pensar en que a mí me gusta mucho besarte y tocarte. Claro que se me hace muy largo el tiempo de espera hasta que nos autoricen a tener de nuevo relaciones sexuales, pero eso no significa que cada vez que nos toquemos esté pensando en hacer el amor.

Amelia sintió que su esperanza se acrecentaba. Aun cuando su matrimonio se había concertado por causas que no tenían nada que ver con el amor, podría nacer en cualquier momento. Casi estuvo a punto de decir «te amo» en voz alta, pero logró contenerse, pues no deseaba que él se sintiese incómodo. Sobre todo, porque contaban con todo el resto de mi vida para compartir su amor.

Capítulo 8

Transcurrió otra semana. Amelia contrató ayuda para su centro de entrenamiento y planeó cancelar los cursos que daba durante el verano. Y, para que el edificio no permaneciese vacío, lo que a ella le daría mucha tristeza, lo alquiló a varios clubs y organizaciones para que lo ocupasen en diferentes horarios.

El sábado siguiente, Reece la llevó a descansar al sofá, que se había convertido en su sitio predilecto. Le permitió estar sentada durante un rato, ya que durante toda la noche había permanecido acostada. Cuando él salió de la habitación, ella pensó que había ido a preparar el desayuno, pero volvió con una carpeta en una mano.

— Toma — le indicó entregándole la carpeta — . Examina esto mientras voy a preparar el desayuno — sonrió y le guiñó el ojo antes de volver a salir de la habitación. Amelia se preguntó qué sería aquello que lo había puesto de tan buen humor, y se dispuso a abrir la carpeta. Al ver que ésta contenía toda clase de catálogos de muebles y accesorios para bebé, soltó una carcajada y empezó a revisar los diferentes folletos con verdadero interés.

— Has encontrado algo que te gustara? — le preguntó Reece cuando volvió a la habitación con una bandeja en la que llevaba el desayuno, y que depositó con cuidado sobre la mesa para café.

— Me han gustado muchas cosas, ¿y a ti?

— Pues en realidad no he tenido tiempo de verlo todo — admitió él — . Pero se me ocurrió que, ya que no puedes ir de tiendas, podríamos hacer nuestra selección y encargar lo que nos guste.

Después de examinar los folletos y discutir las diferentes posibilidades durante dos horas, por fin tuvieron listo su pedido, y a Amelia le asombró la cantidad de cosas que Reece estaba dispuesto a pagar sin un parpadeo.

— No quiero que este bebé carezca de nada — explicó al protestar ella.

— En el mundo hay muchos bebés que nunca llegan a tener muchas de estas cosas y de todos modos se desarrollan bien — replicó ella — . Lo que los niños necesitan es amor y atención, no cosas.

Él se encogió de hombros y se negó a dar su brazo a torcer.

— Pues este niño va a tener tanto cosas como mucho amor.

— Hasta cierto punto tienes razón, pero también debemos fijarnos en no hacer gastos innecesarios. Por ejemplo, estas — y señaló tres sillas para bebé que Reece había seleccionado — . Con una es suficiente. Yo no necesito tener una en la planta baja, otra en el piso superior y otra en el centro de entrenamiento.

Lo más probable era que se olvidara de que había tres y usara sólo una, llevándola de sitio en sitio. Reece soltó un suspiro.

— Supongo que he exagerado un poco, ¿verdad?

— ¿Sólo un poco?

— Perdóname, pero es que tú no sabes lo que es crecer sin tener nada. No quiero que mi hijo aprenda a llevar una bicicleta en un vehículo de segunda o tercera mano.

Amelia tuvo que morderse los labios para poder contenerse y no decirle que los niños

no pueden distinguir si algo es nuevo o no. Reece hablaba muy poco de él; y, por el contrario, desviaba el tema cuando ella trataba de tocarlo. Así que esa oportunidad fue recibida con agrado.

— Sé lo importante que es para ti — comentó, a la espera de que él ampliase sus palabras.

— ¡Pues claro que lo es! — empezó a recorrer la habitación de un lado a otro — . Mis hijos nunca van a estar sedientos de amor.

Amelia sintió el corazón henchido de comprensión por su esposo. Proporcionarle a su hijo lo mejor de todo era una especie de compensación por los sufrimientos padecidos por él mismo. Y era también una forma de conseguir la paz. Y ella no podía negársela.

— De acuerdo — aseguró — . Siempre y cuando nuestra cuenta bancaria no se quede en números rojos, compra lo que quieras.

— Pero no se trata de que compremos sólo lo que yo quiero, tú también debes participar y ayudarme a decidir — su semblante se endureció — . Ya una vez tuve una esposa a quien no le importaba casi nada de lo que yo hiciese, y no quiero que la historia se repita.

Al no saber qué decir, Amelia prefirió guardar silencio.

— Amanda sólo se interesaba cuando se trataba de una decisión que también la afectase a ella y, por lo general, no le importaba lo que yo hiciera.

— ¿Y no quiso tener hijos?

— No. Durante dos años logró engañarme al decirme que era mejor que esperáramos, pero entonces una noche, después de una fuerte pelea, me confesó que no le interesaba tener un hijo porque no quería ataduras. Nunca.

Amelia no podía imaginarse la existencia de una mujer tan tonta como para no desear un hijo de Reece.

— Y fue entonces cuando os divorciasteis — comentó ella comprensivamente. Las siguientes palabras de Reece fueron pronunciadas con amargura.

— Decidí irme de la casa durante algunos meses y reflexionar sobre el asunto. Pero por fin decidí que el abandono no era el camino y decidí probar de nuevo, para darle a ella la oportunidad de pensarlo mejor — levantó la mirada hacia Amelia, y en sus ojos había tanta furia que ella casi se asustó — . Pero cuando llegué a casa, me encontré con que ella ya me había reemplazado. Y que esperaba un hijo de ese hombre.

Amelia deseó poder confortarlo, pero la rígida actitud de Reece le indicó que él no deseaba ninguna especie de conmiseración.

La historia de Reece explicaba muchas cosas. Y al comprender sus palabras en su justo significado, Amelia sintió el corazón atravesado por el dolor. Ella había estado segura de que algún día Reece la amaría. pero él no iba a permitirse a sí mismo amarla a ella ni a nadie. Pero el comprenderlo no le evitó darse cuenta de que su sueño de ser algún día amada por él era eso... un sueño. Con el corazón convertido en un peso de plomo dentro del pecho, Amelia siguió adelante con su elaboración de la lista.

No obstante, otro insidioso pensamiento se abrió paso dentro de su mente, aunque no tuvo el valor necesario para pedirle que le aclarara si su atractivo principal para convertirla en su esposa había sido el hecho de estar deseosa de tener hijos. Pero, ¿tendría en realidad el valor para escuchar la respuesta?

Terminaron por fin la lista y Reece decidió concentrarse en Amelia, pues la había notado muy extraña durante toda la tarde.

Al llevarla a la cama, pudo sentir que en su pequeño cuerpo había cierta resistencia, y entonces, con sorpresa, supo que debía de tratarse de algo relacionado con él. Sin embargo, una revisión mental de su comportamiento y de su charla más reciente no le dio ningún indicio que le ayudara a averiguar qué era lo que había sucedido.

— Pasa algo? — le preguntó una vez que la dejó acostada y bien abrigada a su lado de la cama.

— ¿Y por qué piensas que pasa algo? — replicó Amelia, pero sin mirarlo a los ojos.

Reece sintió que un escalofrío lo invadía. Nunca antes se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba la indiscutible y cálida aprobación de Amelia, así como su silencioso apoyo y su dulce cariño. Hasta ahora, cuando parecía que ella lo estaba privando de todo eso.

¿Es que no se daba cuenta de lo mucho que la necesitaba? Dispuesto a evitar que se llegara a crear un espacio insalvable entre ellos, se inclinó hacia adelante y posó sus labios sobre los de ella, quien no opuso ninguna resistencia, pero tampoco respondió a la caricia. Entonces, la lengua de Reece trazó el contorno de su boca, hasta que ella le permitió separarle los labios y buscar su dulzura interior. Y, sólo cuando él incrementó la intensidad del beso de modo gradual y la atrajo hacia sí, ella emitió un leve gemido de protesta.

— Lo siento, cariño — comentó Reece recordando casi de inmediato el estado en que se encontraba ella — . Me hace mucha falta hacer el amor contigo y se me hace eterno el tiempo que tenemos que esperar hasta que este niño nazca.

— A mí también — aseguró ella, y en sus ojos apareció una cálida luz que agradó mucho a Reece.

Después de bajar para dejar entrar a los perros y llevarlos al lugar donde dormían, Reece volvió al dormitorio y, al ver a Amelia dormida con una mano bajo la mejilla, su corazón se llenó de ternura. Al acostarse, colocó su cuerpo de manera protectora junto al de ella.

Su esposa. La madre de su hijo. Él se haría siempre cargo de ella.

Aún era de noche cuando un lamento lo hizo despertarse. Desorientado, se sentó en la cama y encendió la luz. Las cinco y veinte de la mañana. Y su confusión se tornó en pánico al darse cuenta de que lo había despertado eran los sollozos de Amelia.

Ella se encontraba con las manos sobre el vientre y lloraba.

— ¡Caroline! ¿Qué te pasa, cariño? — la interrogó, con el corazón en la garganta.

— Reece. No sé qué sucede, pero es algo malo. Tengo un... un dolor aquí. Por favor llama al médico.

Reece la cubrió con las sábanas y se apresuró a llamar al servicio telefónico para que localizaran al médico y le pidiesen que se comunicara. Los minutos que transcurrieron en espera hasta que sonó el timbre del teléfono, le parecieron horas enteras a Reece.

Después de escuchar los síntomas de Amelia, el médico le pidió a Reece que la llevase de inmediato al hospital. Ya empezaba a teñirse el cielo con las vetas rosadas del amanecer, cuando Reece atravesó, con Amelia en brazos, las puertas de la entrada de emergencia del hospital.

— Tiene que practicársele una ecografía de inmediato — le informó el médico a Reece, después de auscultar a Amelia — . El desarrollo no es normal para las nueve semanas que tiene de embarazo.

— ¿Qué cree usted que puede pasar? — preguntó el desesperado Reece, con la

atención dividida entre el médico y Amelia, quien apretaba los dientes a causa del dolor.

— Antes de dar mi opinión — aclaró el médico, quiero ver el resultado de la ecografía. Las cosas se desarrollaron con rapidez después de eso. Se completó el papeleo necesario y a Amelia la ayudaron las enfermeras a despojarse de la ropa para vestirla con una bata del hospital. Después le llevaron líquidos para beber y le pidieron que tomara todo lo que pudiese. Casi antes de que Reece se diese cuenta, Amelia ya estaba colocada en una camilla móvil y era conducida hacia otra parte del hospital.

— ¿Me permitirán quedarme con ella? — inquirió, sin soltar la mano de Amelia.

— Claro — le respondió el técnico en ecografías al recibirlos en el consultorio en el que practicaría la prueba — . Pero debe calmarse, señor Chambers, para que de esa forma sea de mayor ayuda para su esposa.

¡Calmarse! Si de lo que ahora tenía ganas era de gritar de desesperación. Su esposa sufría y ellos le pedían que se mantuviese calmado. ¿Y si llegase a perder al bebé? Pero lo más importante de todo era que cesara el sufrimiento de ella; si por desgracia negaran a perder al bebé, tenían mucho tiempo por delante y podrían probar otra vez.

Mientras se realizaba el examen, Reece observó la pantalla, donde aparecían las imágenes del interior el cuerpo de Amelia, pero no pudo identificar nada. Terminada la prueba, Reece ayudó a Amelia a ir al año y la esperó afuera hasta que ella salió.

— Esto no se parece al dolor de parto — le dijo — . Dicen que los dolores son entonces periódicos, pero éste es continuo.

Reece podía oír que el médico y su ginecólogo, que estaban hablando afuera en voz baja, hasta que el médico entró de nuevo al cuarto de exámenes.

— Señor y señora Chambers, el resultado del ultrasonido nos indica que el embarazo de la señora es el tipo ectópico — les informó y al notar que ellos D comprendían sus palabras les hizo una explicación en términos sencillos — . Lo que eso significa, es que el óvulo fertilizado se quedó en el interior de una de las trompas de falopio, en lugar de viajar hasta el útero, donde necesita alojarse para poder desarrollarse y llegar a término. La señora Chambers debe pasar de inmediato a cirugía para que le sea extraído el embrión, ya que éste, al crecer, puede poner en peligro la vida de la madre.

— ¿Entonces vamos a perder al bebé? — intervino Reece, con voz tan débil que no parecía la suya.

— Eso me temo — contestó el médico en tono grave, aunque comprensivo.

— Doctor Dretir... — preguntó Amelia, en tono de urgencia — . ¿No habrá después de esto algún problema que me impida volverme a quedar embarazada?

— Aún es muy pronto para asegurarlo, señora Chambers. Antes tenemos que ver si se puede salvar la trompa de Falopio en la que se alojó el embrión; en caso afirmativo, sí existe la posibilidad de que ocurran futuros embarazos; pero en caso contrario, será muy improbable. Lamento tenerles que informar que en los embarazos ectópicos no suele quedar intacta la trompa de falopio.

Amelia estaba abatida. Debido a su accidente, ella tenía una sola trompa de falopio, y si ésta llegara a perderse, sus posibilidades de volver a concebir serían nulas.

Demasiado tarde, Reece se dio cuenta de que su silencio se había prolongado. Y ahora, al mirar a Amelia a los ojos, vio en ellos una tristeza tan profunda ante la posibilidad de no realizar sus sueños, que sintió el corazón henchido de ternura.

Se inclinó hacia abajo, le rodeó con los brazos sus esbeltos hombros, y la mantuvo

abrazada por un momento, mientras que él sentía que sus propios ojos se le llenaban de lágrimas. No era la primera vez, pero pensó en lo pequeña y frágil que ella era realmente. Su instinto protector despertó y le hizo ver la necesidad que Amelia tenía en ese momento de algunas palabras que le dieran ánimo.

— Cariño, el médico se hará cargo de ti y verá que todo salga lo mejor posible — le dijo al oído — . Siento mucho lo del bebé, pero eso no es el fin del mundo — antes de que los enfermeros se la llevaran para prepararla para la cirugía, le dio tiempo de besarla en los labios, los cuales sintió fríos a causa de la angustia que Amelia sentía — . Te estaré esperando — musitó a duras penas, pues él mismo se sentía a punto de llorar.

Una vez que se llevaron a Amelia, Reece se apresuró a comunicarse tanto con Charlie como con Michel y — llame para avisarlos de lo sucedido, así que en un lapso de una hora ya estaban los tres con él para acompañarlo.

Cuando les comunicó la mala noticia, Harlee se apoyó en el hombro de Michel y prorrumpió en llanto, ¡entras con una mano se tocaba el abdomen! Michel tocó el hombro de Reece y él pudo ver el brillo de la humedad en los ojos del otro hombre.

Charlie se volvió hacia la ventana y no dijo una palabra. Al verlo, Reece se acercó a él, pues se ataba del hermano de Amelia, alguien a quien ella naba y que necesitaba ser consolado.

Charlie tenía las manos apretadas contra el marco de la ventana cuando Reece se acercó a su lado. Tenía la vista fija en la ventana, pero Reece dudaba que pudiese describir a alguien lo que había en el exterior.

— ¿Te encuentras bien? — le dijo a Charlie al pasarle un brazo por los hombros.

— Esto no es justo — replicó el hermano de Amelia con voz llena de dolor — . Ella ha sufrido demasiados golpes en la vida. Yo me alegré mucho cuando vi que era feliz a tu lado... — se detuvo y volvió la mirada hacia Reece — . Cielos, Reece, lo siento. Ahora sería el momento de que hablaras tú y yo escuchara.

Reece se encogió de hombros.

— No te preocupes. Durante muchos años tú has sido la roca de fortaleza en la que ella se ha apoyado. Es lógico que lo sucedido te altere.

— Sé lo emocionados que estabais los dos con este niño — en los ojos de Charlie, tan azules y profundos como los de Amelia, había un pesar infinito — . Y eso de enterarse al mismo tiempo de que quizá ya no pueda haber más hijos... Y tú, ¿cómo lo has tomado?

Reece titubeó. Por supuesto que lamentaba la pérdida de aquella pequeña vida, pero estaba mucho más preocupado por Amelia.

— Estoy bien — comentó con aspereza — . O lo estaré cuando venga alguien a decirme que Amelia ha salido bien de la operación.

Justo en ese momento la puerta doble del quirófano se abrió de pronto y por ella salió a toda prisa el cirujano que había operado a Amelia.

— ¿Cómo se encuentra mi esposa? — lo interrogó el angustiado Reece.

— Su situación es estable y ya se encuentra en recuperación. Usted podrá verla en cuanto sea llevada a su habitación.

— ¿Podrá volver a concebir? — esta vez fue Charlie quien habló, a la vez que pasaba un brazo de modo protector por los hombros de Reece.

El médico miró hacia Reece, y éste pudo leer en sus ojos la respuesta antes de que el

hombre la enunciase.

— Lo siento, señor Chambers, pero la trompa de falopio no ha podido salvarse, ya que estaba demasiado dañada. No obstante, el ovario de su esposa aún se encuentra intacto.

Mientras esperaba el momento en que pudiese entrar a ver a Amelia, Reece pensó con pesar en los niños que podrían haber tenido juntos, niñas con ojos azules y el cabello color caoba de su madre, niños... Pero eso ya no le importaba.

Lo que sí tenía una importancia crucial era el hecho de que Amelia se iba a poner bien. La amaba. Desde hacía meses había descubierto el amor que sentía por ella y ni siquiera se lo había dicho. Gracias a Dios, Amelia iba a ponerse bien. Afortunadamente, podía tener la oportunidad de decirle lo mucho que significaba para él.

Averiguó cuál iba a ser su habitación y se fue a esperarla allí. Cuando por fin llegó y fue instalada en su cama, Reece esperó hasta que se retiraron los enfermeros para acercarse a ella y tomarle la mano.

— Hola, cariño.

— Hola — respondió ella, pero con voz tan débil que era impresionante.

Quizá aún no se había recuperado de forma total de la anestesia, pensó Reece, a la vez que decidía no comunicarle de inmediato sus sentimientos, sino que se limitó a inclinar la cabeza para darle un beso en la frente. Pero en ese momento ella movió la cabeza y el beso fue a parar en la sien. Reece notó las lágrimas que le escurrían.

— No, cariño. Por favor no llores — le dijo limpiándole las lágrimas con suavidad con el borde de la sábana — . Trata de descansar, y ya hablaremos cuando despiertes.

Amelia se durmió, pero su sueño fue muy inquieto. Las enfermeras entraron tres veces a la habitación para revisar sus signos vitales, y ella les permitía hacer su trabajo casi sin despertar. Varias veces se despertó con náuseas, pero le daban un poco de bicarbonato para controlarlas. Las enfermeras le indicaron a Reece que, al día siguiente, ya se sentiría mucho mejor.

Cerca de las cuatro de la tarde llevaron la comida, aunque Amelia aún no había despertado. Reece estaba contemplando esos insípidos alimentos de hospital, cuando ella abrió los ojos.

— Bienvenida a bordo — le dijo él con una sonrisa — . Pensé que no despertarías hasta mañana.

— Lo que desearía es no haber despertado nunca. He perdido al bebé, ¿no es cierto?

Reece titubeó y entonces asintió, sintiendo que se le rompía el corazón al observar la tristeza de los ojos de Amelia.

— Cariño, yo también lo siento mucho. Pero lo importante es que tú te vas a recuperar.

— ¿De veras? ¿Y podré tener más niños?

Él volvió a titubear.

Y esa ligera pausa fue fatal. Los hombros de Amelia se estremecieron y ella se volvió hacia el otro lado.

— Amelia... — Reece se sentó en el borde de la cama y le pasó a Amelia una mano por el brazo, en un gesto con el que quiso transmitirle un tierno consuelo — . No puedo negar que me hubiese gustado tener hijos... pero eso no es lo más importante para mí

— le tomó una mano y se la apretó — . Tú eres quien verdaderamente me importa. Aun cuando nunca podamos tener hijos.

Amelia permaneció quieta y en silencio.

¿Qué era lo que él esperaba? Sabía que no se había expresado bien, pero pensaba que ella por lo menos tendría alguna reacción ante sus palabras. Reece abrió la boca, pero enseguida la volvió a cerrar, pues se encontraba lleno de dudas.

Si ella lo amara, habría respondido.

Pero... ¿y si no lo amaba? Y la antigua herida en su corazón volvió a abrirse. Quizá él fuese un individuo con una definitiva mala suerte. Amanda se había negado a tener un hijo suyo, pero él en realidad nunca había sentido amor por ella. Y ahora que había encontrado a alguien por quien sentía un amor sincero... Amelia nunca le había dicho que lo amaba, aunque él se imaginaba que sí, esperaba que fuese así. Reece había buscado el amor durante toda su vida y había anhelado tener a alguien para quien él fuese la primera luz en el cielo al amanecer y el último rayo de sol durante el ocaso.

Cuando conoció a Amanda, se propuso con toda su alma que su relación se convirtiese en algo más profundo y significativo del que nunca pudo llegar a ser. Y cuando ella le dejó el corazón hecho añicos, pensó que nunca se recobraría.

No obstante, llegó Amelia y de inmediato le robó el corazón... Él creyó que lo amaba, pero parecía haberse equivocado otra vez.

Prolongó durante un largo lapso su observación del pálido rostro de su esposa, pero ella no dio ningún indicio de haberlo escuchado. Con toda lentitud, Reece retiró sus manos y se puso de pie. Mientras salía de la habitación, su corazón se rompió en mil pedazos.

Amelia salió del hospital cinco días después, aunque aún se sentía débil y la cansó mucho el simple hecho de ir del coche hasta la sala de su casa, donde fue recibida con entusiasmo tanto por Foxy como por Nadia, cuyos exuberantes besos con la lengua la hicieron sentir una momentánea alegría.

— Necesitas algo? — le preguntó Reece haciendo una pausa en el umbral antes de llevar arriba la maleta.

Parecía preocupado, pero también muy reservado y distante. Tal y como lo había estado desde el día en que la operaron.

— No, gracias. Estaré bien. Harlee me dijo que vendría a la hora de la comida, así que no será necesario que tú vengas a casa.

— Si estás segura de que no me necesitas... — dijo Reece con voz titubeante.

— Estaré bien.

«Si supieras lo mucho que te necesito», pensó Amelia, pero él ya se había ido y al poco rato se oyó el ruido del coche familiar que había comprado la semana anterior.

Amelia inclinó la cabeza y dejó que el llanto fluyese.

Desde aquel primer día en que se enteró de la terrible verdad, no había podido desahogar su tremenda tristeza, pues no tenía la intimidad necesaria. Y ella no quería que Reece fuese a entrar de pronto y la encontrase hecha un mar de lágrimas. Él no tenía la culpa de lo sucedido.

Tampoco era culpa de ella. Pero sabía que la pérdida de ese bebé, aunada a la imposibilidad de volver a concebir, significaba el fin tanto de sus sueños de amor como de su matrimonio.

Al recordar la nobleza con que Reece se había comportado el día de la operación, el llanto se hizo más copioso. «Tú eres quien verdaderamente me importa», le había dicho. Pero nunca le dijo que la amara. Y esa omisión era muy reveladora.

Lo que Reece le había dicho fue dictado tan sólo por la compasión; ella se daba muy bien cuenta de eso, lo que la hacía sentir el corazón destrozado. Y aquel día en el hospital hizo un esfuerzo tan grande por no llorar, que no pudo pronunciar ni una sola palabra, a pesar de que quería decirle a él que no tenía ninguna necesidad de fingir, ni de esforzarse por demostrar lo que no sentía.

Capítulo 9

Tal y como lo había prometido, Harlee llegó a la hora de la comida, pero se quedó en el umbral hasta que Amelia le indicó que entrara.

— Qué es lo que pasa contigo? — la interrogó Amelia — . Cualquier otro día te hubieses apresurado a entrar, y no tienes que comportarte de forma diferente sólo debido a que estoy casada.

Harlee trató de sonreír.

— No es eso. Temí que... quiero decir... si no soportas verme me iré.

Era cierto que Amelia fingía que no notaba el pequeño abultamiento en el vientre de Harlee, pues el bebé de su amiga nacería en mayo, unas cuantas semanas antes de que el hijo de ella debiera haber llegado a la vida.

Haciendo un esfuerzo por impedir que los ojos se le llenasen de lágrimas, se acercó a Harlee y la cogió de una mano.

— Ven acá, tonta.

Entonces las dos amigas se abrazaron y permanecieron así, hasta el momento en que pudieron controlar las lágrimas. Amelia sintió una gran tristeza al sentir el vientre de Harlee presionado contra su propio cuerpo, pero se obligó a no pensar en ello.

— No me voy a pasar la vida evitando ver mujeres embarazadas o bebés, ¿no lo crees?

— Estoy de acuerdo contigo — manifestó Harlee, mientras se limpiaba sus propias lágrimas y depositaba después su abrigo y su bolso sobre una de las sillas de la cocina

— . Es que no estaba segura de si tú estarías preparada para enfrentarte ya a una mujer con un evidente embarazo.

Incapaz de decir nada, Amelia se volvió hacia la cocina para coger el puchero con el agua caliente para el té, y lo sirvió en dos tazas.

Harlee tomó asiento en una de las sillas y subió los pies sobre otra. Mientras ambas tomaban té, Harlee cambió el tema de conversación y le contó a Amelia los últimos cotilleos surgidos en la comunidad.

Al terminar de tomar el té, Amelia se puso de pie para preparar la comida, pero Harlee se lo impidió.

— No es necesario que prepares nada — le indicó haciéndola volver a tomar asiento

— . Se supone que aún no estás recuperada del todo, ¿recuerdas? He traído algo para que comamos — abrió la canasta que llevaba y colocó la comida sobre la mesa.

Durante la charla mientras comían, Amelia notó que Harlee ponía especial cuidado en evitar el tema de los hijos. Quizá para la siguiente vez que se vieran, Amelia ya fuera capaz de hacerle a su amiga las preguntas normales sobre su embarazo, pero hoy agradecía la omisión.

No obstante, al terminar la comida, y mientras metía sus cosas en la canasta, Harlee le hizo una inquietante pregunta.

— ¿Cómo se ha tornado Reece todo esto?

Al cogerla desprevenida, Amelia no pudo evitar que sus ojos volvieran a llenársele de lágrimas.

— Bien — respondió, después de tragar saliva — . Ha reaccionado ...

Entonces, el dique se rompió y brotaron todas las lágrimas que antes había contenido y que eran la expresión de toda su tristeza.

Preocupada, Harlee se apresuró a acercar su silla a la de Amelia y a estrechar a su amiga entre sus brazos.

— Oh, querida, al ver la forma en que Reece contemplaba a Alex, me di cuenta de lo mucho que él ansiaba tener hijos propios. ¿Ha estado demasiado abatido?

Amelia sólo pudo negar con la cabeza.

Harlee la abrazó con más fuerza y luego cogió una servilleta para limpiarle las lágrimas.

Este consuelo era el que a Amelia le hacía falta, pero no por parte de una amiga, sino de su esposo. Con un último sollozo, se incorporó.

— En realidad — manifestó con calma — , no sé si a Reece lo ha afectado mucho esto o no, pues últimamente no hemos tenido mucha comunicación que digamos.

Harlee no hizo ningún comentario, pero su expresión era de gran desconsuelo. Y Amelia decidió proseguir antes de perder el valor.

— Si Reece se casó conmigo, fue sólo porque ambos queríamos tener hijos y era una solución conveniente. Y ahora que sabemos que yo ya no podré volver a quedarme embarazada me imagino que él querrá terminar con nuestro matrimonio — la voz se le quebró al pronunciar las últimas palabras, pero se mordió el labio inferior hasta sentir dolor para poder controlarse.

— No digas tonterías — le pidió Harlee — . Reece te ama y no va a dejarte sólo debido a que no puedas tener hijos.

— Es que no lo sabes todo — aclaró Amelia, con un enfático movimiento de cabeza — . Desde antes de casarnos supe que lo que a él le importaba más en la vida era convertirse en padre.

— Tratas de decirme que el tuyo es un matrimonio sin amor? — Harlee parecía incrédula.

— Por lo menos por parte de él, no lo hay — Amelia sonrió con amargura — . Yo estoy segura de mis sentimientos hacia él, pero no de lo que él...

— ¡Eres tonta! — exclamó Harlee, y Amelia la miró con los ojos muy abiertos.

— Cómo dices?

— Mira, Amelia — prosiguió Harlee con una sonrisa — . Yo he observado a Reece muchas veces sin que él se dé cuenta, y he visto su expresión cuando te mira — sonrió evocadora — . Muchas mujeres te envidiarían.

— No niego que yo le guste.

— ¡Jamás podrías negarlo!

Amelia se ruborizó y Harlee la contempló incrédula.

— Así que piensas que se trata tan sólo de atracción sexual, ¿no es cierto? — especificó Harlee, para luego suavizar el tono de su voz — . Tal vez te imagines que no te quiere, pero yo sé que sí. Debiste verlo en la sala de espera mientras tú te encontrabas en el quirófano.

— Es posible, pero te aseguro que en lo que pensaba era en la pérdida del bebé y en el hecho de que yo no podría darle más hijos.

— Qué es lo que te hace pensar que Reece no te ama? — preguntó Harlee, al tiempo que tomaba una de las manos de Amelia entre las suyas — . Existen muchos hombres

a quienes no se les dan muy bien las palabras, pero eso no quiere decir que no sean capaces de amar.

Amelia contempló a su amiga en silencio por un instante, para luego hablarle de manera resumida sobre la historia del primer matrimonio de Reece.

— Cuando me propuso que nos casáramos, lo primero que me dijo era que no quería amarme y que deseaba una relación en la que no estuviese incluido el amor.

— Así que, según supongo, tú tampoco le has dicho que lo amas.

Amelia negó con un movimiento de cabeza.

— No puedo forzarlo a aceptar esa carga, no después de... de lo sucedido. Él no me ha vuelto a tocar desde que supimos la fatal noticia, y estoy segura de que lo que ahora quiere es librarse de este matrimonio para poder encontrar una mujer completa que pueda darle hijos... Aunque es demasiado noble para decírmelo.

Y todo eso era cierto. Reece no la había vuelto a besar, ni la había tocado de manera personal. Sus únicos contactos eran, por ejemplo, cuando él extendía una mano para ayudarla a descender del coche. Pero para ella, que tanto lo amaba, hasta esos breves contactos tenían una gran importancia. Aun cuando él ni siquiera parecía notarlo.

Las siguientes seis semanas transcurrieron más o menos de igual manera. Reece la trataba como una convaleciente a la que había que cuidar mucho. Era muy cortés con ella y se preocupaba por su bienestar, pero no la tocaba si no era necesario. No podía haber expresado con mayor claridad que lo que deseaba era librarse de ese matrimonio.

Jamás hablaban del hijo que habían creado y que habían perdido.

Para Amelia era una tortura de la peor clase tener que vivir con él y saber que, a pesar de amarlo, muy pronto lo perdería.

Al recobrar sus fuerzas, Amelia empezó a salir de nuevo a pasear a los perros y a hacer visitas a su centro de entrenamiento, el cual, por supuesto, ya no había vuelto a pensar en traspasar. Si no buscaba ocuparse en él, el resto de su solitaria vida sería insoportable.

Reece sabía que no podría soportar la tensión por mucho tiempo. Amelia y él vivían como un par de extraños, en una cortés compañía, y ambos se replegaban cuando parecía que estaba a punto de ocurrir algo más íntimo. Vivir con ella, ver su dolor todos los días y saber que no deseaba el consuelo que él podría darle, era más de lo que podía aceptar.

Una tarde, al llegar él a casa después del trabajo, la encontró sentada en una de las sillas de la cocina, con la mirada clavada en la nada. Cuando lo vio entrar, fue notorio que necesitó un gran esfuerzo para ponerse de pie y acercarse a la nevera.

— Hola. Tenemos asado para cenar. ¿Te gustaría también una ensalada?

— Amelia.

— ¿Qué? — dijo ella sin volverse a mirarlo.

Reece movió la cabeza a causa de la frustración que sentía, pues tratar de hablar con ella era como hacerlo con una pared.

— ¿Puedo ayudarte en algo?

— No, gracias. Todo lo que tengo que hacer es picar algo de lechuga.

— No me refería a eso — Reece hizo un movimiento de impaciencia con la mano — . Desde que volviste del hospital, casi no has hablado para nada.

Ella no se dio ninguna prisa por responder y guardó silencio durante casi un minuto, transcurrido el cual lo miró a los ojos y él pudo ver en ellos una gran tristeza.

— Es que no tengo nada que decir.

Amelia salió de la habitación, y él permaneció con los puños apretados a causa de la impotencia que sentía. Sentía miedo de volver a acercarse a ella, pues era evidente que todo lo que lograba era reavivar su dolor.

Al principio, él había tenido la esperanza de que la depresión de Amelia cediese con el tiempo, pero con cada día que pasaba, parecía aislarse más dentro del mundo privado de su dolor, en el que él no podía penetrar. Aquella fortaleza tenía tan sólidas defensas, que no se atrevía a acercarse y tocarla para nada. Las pocas veces en que tenía que tocarla necesariamente para ayudarla, se quedaba tembloroso por el deseo contenido y tenía que alejarse antes de que, aunque ella no quisiera, la tomara entre sus brazos.

Reece ahora sí sentía verdaderos celos del anterior esposo de ella, pues ese hombre sí había sabido lo que era ser amado.

Suponía que aquella depresión era hasta cierto punto normal, ya que Amelia había sufrido ya demasiados golpes en la vida y la pérdida del niño, así como de la posibilidad de no tener más en el futuro había sido la gota que derramó el vaso. Sus ojos habían perdido su cálido brillo, toda su animación anterior había desaparecido. 11 había creído que con su amor podía salvarla.

Pero se equivocó. Su amor no era suficiente.

Amelia se encontraba en su dormitorio, sentada en el borde de la cama, y tenía colocadas ambas manos sobre su liso abdomen. Muy pronto volvería a quedarse sola y sería un tormento semejante al sufrido ante la muerte de Charlie.

O quizás peor.

Pues sería ella la que tendría que darle su libertad.

Había necesitado mucho para llegar a la conclusión de que era necesario abandonarlo, ya que no soportaba ni siquiera la idea de que Reece se fuera. Pero dejarlo ir era lo correcto.

Sabía que Reece nunca se iría por iniciativa propia, y que tenía que ser ella quien lo convenciera.

El día en que ella debería acudir al consultorio para su revisión de las seis semanas, Reece le ofreció su ayuda mientras desayunaban.

— Ya he avisado en la oficina que esta mañana llegaré más tarde — le informó.

— Ah, ¿sí? — comentó ella sin mirarlo a los ojos. — Tú necesitas que alguien te lleve en el coche a ver al médico.

— Pensaba conducir yo misma — afirmó ella, con un ligero rubor en las mejillas. — Ya estoy bien, así que no necesitas perder el tiempo por mi causa.

— No te preocupes por eso — estaba claro que ella no lo quería a su lado, pero prefirió ser firme en su decisión — . ¿A qué hora tienes la cita?

— A las diez, pero no...

— Ya he dicho que te llevaría — el tono de su voz no dejaba lugar a ninguna protesta. Aunque, llegadas las diez, Amelia tomó las llaves de su coche.

— ¿Por qué no me sigues? De esa forma verás que conduzco sin problemas, me dejas en el consultorio y luego yo me vuelvo a casa.

— De acuerdo — respondió Reece dándose cuenta de que ella no cedería.

Pero al llegar al consultorio, él también descendió de su coche y entró con ella.

El tiempo de espera fue corto, por lo que Amelia pasó pronto a hacerse su examen, sin que Reece se alejara de su lado.

— Todo parece estar bien, señora Chambers. Su herida ha cicatrizado de forma correcta; por lo que ya puede reanudar sus actividades normales, incluidas las relaciones sexuales — el médico cerró el expediente y se cruzó de brazos — . ¿Han pensado en probar de nuevo a tener un bebé?

Amelia contempló al médico boquiabierta.

— Pero... yo no puedo...

Al escucharla, el médico no pudo evitar sonreír.

— Es posible que usted no pueda concebir de la manera normal, pero sus ovarios aún están sanos, como se supone que lo están sus óvulos y el útero. Si a ustedes les interesa, les recomendaré a un especialista en fertilidad, que podrá evaluarlos como candidatos para el programa de fertilización in vitro.

— No estamos interesados — contestó Amelia.

— Sí, nos interesa — respondió Reece al mismo tiempo, a la vez que sentía en el pecho un brote de esperanza.

Se resignaría si tenía que vivir sin hijos, pero si surgía una posibilidad de que pudiesen tener una familia, no iba a desecharla, pues quizá así desapareciera la amargura de los ojos de Amelia.

El médico permaneció en silencio por un momento, y alzó las cejas mientras Reece y él se volvieron a mirar a Amelia. Ella tenía la mirada clavada en el suelo y la barbilla le temblaba como si estuviese haciendo un esfuerzo por no llorar.

— Tal vez lo conveniente sea que ustedes dos lo discutan antes de que se tome ninguna decisión — declaró con calma el médico — . Sé lo difícil que fue para ustedes perder ese bebé, pero deben pensar en que todavía tienen la oportunidad de convertirse en padres. Piénsenlo bien y después me llaman — estrechó la mano de Reece y salió del consultorio.

Al dejarlos solos el médico, Reece se volvió hacia Amelia, pero ella no lo miraba, por lo que él la obligó con suavidad a levantar el rostro colocando un dedo bajo su barbilla.

— Amelia, ¿podrías venir a algún sitio conmigo y hablar? Es muy importante para mí

— añadió, temeroso de que ella se aislase de nuevo.

— De acuerdo — asintió ella, mientras una furtiva lágrima empezaba a resbalar por su mejilla.

Fueron a su casa a dejar el coche de Amelia y Reece aprovechó para llamar a su secretaria y avisar que no se presentaría. Entonces ayudó a Amelia a subirse al sedán y él hizo lo propio por el lado del conductor. Ella no pronunció ninguna palabra, ni siquiera al notar que el coche dejaba Biget River y enfilaba por la autopista Eisenhower hacia New York. El silencio que imperaba en el interior del vehículo fue pesado y opresivo durante todo el recorrido.

El coche prosiguió su marcha hasta más allá de Lincoln Park y se detuvo por fin frente a una extensión desierta de playa. Durante el verano ese sitio se llenaba de gente, aunque a fines de noviembre la helada brisa del lago Michigan permitía la estancia sólo

a aquellos adoradores del frío.

Reece apagó el motor y con lentitud se volvió hacia Amelia.

— Es necesario que hablemos — indicó.

— Lo sé — replicó ella con voz temblorosa.

Cuando Reece volvió a hablar, lo hizo sólo después de escoger muy bien sus palabras.

— La pérdida del niño fue una gran desilusión para ti y...

— Aún mayor para ti — aseguró ella — dejaste muy en claro que deseabas tener hijos y que por esa sola razón te casabas conmigo. Y ahora te encuentras obligado a cargar con una esposa que no puede concebir ningún hijo. Sé lo mucho que significaba para ti la posibilidad de tener un hijo y ...

— Amelia...

— No, espera, no digas nada — con toda lentitud procedió a quitarse tanto el anillo de matrimonio como el hermoso zafiro de compromiso — . Toma esto. Te hace falta tu libertad para poder encontrar una mujer que pueda ayudarte a convertir tus sueños en realidad.

Reece se la quedó mirando, mientras sentía que el corazón se le partía en dos al ponerle Amelia los anillos en la mano. Y, antes de que él pudiese reaccionar, Amelia abrió la puerta de su lado y se alejó por la desolada playa, en una actitud de gran abatimiento.

La evidencia del gran pesar que ella soportaba fue como un golpe para Reece. Y en ese momento supo que no debería atarla y que debería dejarla irse. Y entonces bajó del coche a toda prisa.

— ¡Amelia!

El viento pareció atraparlo dentro de un remolino que le impedía moverse a mayor velocidad. Además, ella ya se encontraba tan lejos que ni siquiera alcanzaba a oírlo. Trató de echarse a correr, pero los zapatos se le hundían en la arena. Hasta que por fin logró darle alcance.

— ¡Amelia, espera! — le pidió sujetándola por un brazo.

Ella trató de zafarse, pero él se lo impidió aumentando la presión de su mano.

— Mañana mismo puedes empezar los trámites del divorcio — declaró, y aquellas palabras de él cayeron como piedras.

La profundidad de los ojos de Amelia se hizo aún mayor, si es que eso fuera posible.

— ¿Es eso lo que tú quieres que haga? — preguntó Amelia en un tono carente de vida.

El tiempo pareció detenerse cuando Reece recibió el eco de las implicaciones de aquellas palabras.

— ¡Diablos, no, eso no es lo que yo quiero! — gritó, con el corazón en la mano — . Lo que deseo es que tú seas feliz, a costa de lo que sea.

Ella titubeó.

Y él también, pues, presentía que se encontraban al borde de un precipicio y que ahora se decidiría la clase de vida que tendrían durante el resto de sus días.

— Amelia, ¿deseas tú el divorcio? — preguntó con voz calmada.

El viento sopló e hizo que la trenza de ella le cayera sobre el hombro antes de volverse a mirarlo, y esta vez él no pudo descifrar lo que había en aquellos ojos.

— Lo que de veras deseo, es que tú seas feliz — respondió ella — . Si eres libre podrás buscar una mujer que pueda darte hijos — la voz se le quebró al final. pero no

bajó la mirada.

— ¿Y si yo no quiero ser libre?

— ¿Y por qué no ibas a querer serlo? — preguntó Amelia, con voz impregnada de dolor.

— ¿Sabes? Lo que te dije en el hospital es en serio — Reece trató de conservar un tono de ligereza en la voz — . Yo no quiero a ninguna otra mujer. La posibilidad de tener hijos no me importa tanto como conservarte a ti en mi vida.

Ella se permitió el lujo de una pequeña sonrisa, a pesar de que por la mejilla le resbalaba una lágrima.

— Reece, tú siempre has deseado tener hijos, y yo no podré dártelos. Aprecio tu nobleza en todo lo que vale, pero no es necesaria.

— ¡Ya sé que no hace falta! — la paciencia no había sido nunca una de sus cualidades — . Maldición, Amelia, no se trata de abnegación ni de nobleza. Te amo y, si tú también me amas, podremos vencer cualquier obstáculo que se nos presente, aun cuando signifique no tener nunca hijos propios.

Los ojos de Amelia estaban muy abiertos, aunque a Reece le fue imposible captar alguna indicación sobre lo que pensaba. Ya era demasiado tarde para reparar en elegantes sutilezas, así que decidió que era preferible soltarlo todo.

— ¿Quieres hacerme el favor de volverte a poner los anillos antes de responderme?

— dijo con una poca más de calma.

En la profundidad de los ojos de Amelia empezó a brillar una pequeña llama azul. Y fue en ese momento cuando él se atrevió a sentir de nuevo una esperanza.

— ¿Podrías repetirme la pregunta? — inquirió Amelia, en cuyos labios empezaba a formarse la sonrisa más sincera que él le hubiese visto desde hacía varias semanas.

Reece empezó a colocar los anillos en los dedos de Amelia.

— Amelia Chambers, te amo. De todo corazón te deseo como esposa, con o sin hijos. Los niños serían como un premio extra, pero nunca podrían reemplazarte a ti. ¿Me amas?

El semblante de ella adquirió seriedad.

— Sí — musitó, y entonces su voz adquirió fuerza y los ojos le empezaron a brillar — . Oh, Reece, yo creí que sólo me querías por... por...

— ¿Por tus órganos reproductores? — Reece no pudo suprimir una risilla socarrona.

— Sí, algo así — ella tomó el rostro de él entre las manos — . Te amo, Reece Chambers, y deseo estar a tu lado todo el tiempo que me reste de vida — apoyó la cabeza en el amplio tórax de su marido — . Y también quiero tener hijos, si existe la posibilidad de tenerlos.

Reece le pasó la mano por la trenza, mientras sentía la calidez de su cuerpo presionado contra él.

— El médico ha dicho que todavía nos quedan opciones. Pero no quiero presionarte hacia algo que no desees. Todo lo que yo necesito para que mi vida sea completa eres tú.

Amelia dio un pequeño paso atrás y lo miró a él a los ojos.

— Por supuesto que deseo intentar cualquier cosa que pueda darnos hijos — aseguró, sin dejar de mirarlo — . Siempre lamentaré que nuestro primer embarazo no haya podido llegar a feliz término, pero si los médicos creen que existe una oportunidad de probar métodos alternos, estoy deseosa de probar — se estremeció y él la estrechó

entre sus brazos.

— Alejémonos del viento — le dijo, y caminaron juntos hacia el coche, sin que él la soltase, pues casi tenía miedo de que ella desapareciese de pronto.

— Vas a tener que ir a casa a cambiarte — dijo Amelia entre risas, señalando hacia los pies de Reece.

Al bajar la mirada, Reece notó que sus zapatos y calcetines estaban cubiertos de arena, así como el bajo de sus pantalones de lana gris.

— Quizá hoy no vaya a la oficina en todo el día — opinó él.

— Me parece entender que esas palabras llevan implícita una invitación — comentó ella, con el rostro radiante y con los ojos llenos de la alegría que hacía tantas semanas Reece deseaba ver en ellos.

— Así es — aseguró él abrazándola con más fuerza — . Los dos nos merecemos algunos momentos de romanticismo, ¿no lo crees? — dijo y, al detenerse al lado del coche, se volvió para quedar frente a Amelia, mientras deslizaba las manos dentro de su abrigo y de su suéter, hasta que sus dedos pudieron palpar la cálida y sedosa textura de su piel.

Amelia suspiró y se acercó aún más a él, al tiempo que sus manos se deslizaban a lo largo de su espalda y se posaban en su trasero. Reece emitió un jadeo al sentir el inmediato surgimiento de pasión entre ellos. Amelia levantó el rostro en una muda invitación, que él supo interpretar a la perfección cubriendo su boca con la suya, para volver a probar aquella miel que durante tanto tiempo le había sido negada. Mientras profundizaba su beso, una de sus manos subió para moldear uno de sus senos.

Y Amelia gimió y se estremeció.

Reece echó hacia atrás la cabeza y rió, a la vez que le colocaba a ella el suéter y señalaba hacia el coche.

— ¡Qué detalle tan romántico! — exclamó Reece — . Estás a punto de congelarte de frío.

— Pero es por una buena causa — Amelia se apretó más contra él, se puso de puntillas y le dio un beso en el cuello. Vámonos a casa. Apuesto a que un tipo tan grande y fuerte como tú tiene algunas buenas ideas sobre el modo de proporcionarme calor.

Epílogo

Amelia colocó a la niña para que pudiera asomarse por la ventana de la cocina.

— Mira, Liza, papi ya está aquí. Cuando entre en la casa, podrás enseñarle la tarjeta que has hecho hoy para él.

— ¡Papi, papi!, ¡a ta papi! — gritó la niña con alegría.

Amelia la depositó entonces en el suelo.

— Ve a traer tu tarjeta, princesa, ¿de acuerdo?

— ¡ATA! — a los diecisiete meses de edad, Liza aún no había conseguido pronunciar bien las palabras.

Mientras la pequeña corría a toda la velocidad que podían proporcionarle sus piernas, para ir por la tarjeta de la que tan orgullosa se sentía, Amelia la observó con cariño. «Nuestro pequeño milagro», la llamaba Reece. Y eso fue con exactitud lo que sintieron al nacer la niña nueve meses después de que Amelia se sometiera al proceso de fertilización in vitro. Casi todos y cada uno de los días del embarazo se mantuvieron con el alma en un hilo, ya que a ambos les había afectado la pérdida del otro bebé más de lo que se atrevían a confesar.

Liza volvió en ese momento a la cocina, sin dejar de correr, pues parecía desconocer el significado de la palabra «andar», seguida por Stephen, que tenía cinco años. Ese día estaba jugando a ser bombero, y el casco rojo que le habían regalado en el jardín de infancia durante la semana de prevención de incendios, lo llevaba colocado con firmeza sobre su alborotada y rubia cabellera.

— ¿Dónde has dejado tus gafas, jovencito? — interrogó Amelia a su hijo.

— En mi dormitorio, mami, pero voy por ellas — respondió el chico, antes de correr hacia las escaleras, a la vez que imitaba el ulular de las sirenas. Foxy y Nadia, que eran sus constantes compañeros, iban tras él.

Amelia y Reece habían tomado la decisión de adoptar un niño el año anterior, y habían estado en la lista de espera desde poco después de la pérdida de su bebé, que fue cuando iniciaron los trámites, por si su plan de convertirse en padres biológicos llegara a fallar. Stephen, que padecía ceguera total en uno de sus ojos como resultado de una infección sufrida cuando era todavía un bebé, había sido ignorado por multitud de potenciales padres adoptivos, pero Reece se había interesado en el pequeño desde el momento en que lo vio. Y también había encandilado a Amelia a primera vista.

— ¿Me llevarás contigo a casa? — le había pedido el chiquillo a Reece subiéndosele a las rodillas sin ninguna reserva — . Me hacen mucha falta un papá y una mamá.

Amelia recordaba que se había conmovido hasta las lágrimas, y que Reece casi no había podido responderle al esperanzado niño. Aquella noche hablaron sobre el asunto.

— En la agencia de adopción dicen que es mucho más fácil encariñarse y adaptarse con los bebés — manifestó Amelia de forma tentativa — . Pero, aunque el pequeño Stephen ya tiene cuatro años de edad, es un chico muy decidido, ¿no te parece?

Reece asintió.

— Me imagino que a causa de sus problemas con la vista no ha de ser muy atractivo

para los futuros padres adoptivos — en su mirada había una esperanza — . Quizá excepto para nosotros. Adoptar un chico que va no es un bebé también tiene sus ventajas, ¿verdad?

Al día siguiente fueron a la agencia de adopciones para solicitar que les fuese concedida la adopción legal de Stephen y justo al mes, el niño se fue a casa con ellos. Liza tenía menos de un año de edad, y hacer los ajustes necesarios en la vida familiar para incluir a un pequeño tan activo había sido... interesante, recordó Amelia con una sonrisa, pero nunca lo habían lamentado. Y sabía que a Reece le hacía muy feliz haberle podido proporcionar un verdadero hogar a ese pequeño, pues pensaba en su propia infancia, tan solitaria.

Lo único que lamentaba Amelia era haberse perdido los primeros cuatro años de la vida de Stephen, época de la cual sólo le habían podido proporcionar unas cuantas fotografías de expediente, así como un maltratado osito de peluche con el que el pequeño había dormido hasta hacía poco. Hasta que se sintió de verdad seguro.

Al mismo tiempo que Liza entró en la cocina con su arrugado dibujo en la mano, Reece abrió la puerta trasera.

— ¡Papi! — chilló la niña, mientras corría hacia él, que apenas si tuvo tiempo de dejar su portafolios en el piso para poder tomar a Liza en sus brazos.

— ¿Cómo se encuentra hoy mi pequeña princesa? — le preguntó — . Y dime, ¿has ayudado hoy en algo a mami?

Liza asintió con solemnidad.

Reece fingió una gran sorpresa.

— ¿Stephen y tú habéis ayudado a mami a preparar la comida? Vaya, pues debe haber salido deliciosa — entonces notó el papel que Liza llevaba en la mano y lo tomó

— . ¿Qué es esto?

— Bujo. Mama mio yo.

— ¿Mami te ayudó a hacer tu dibujo? — comentó Reece mientras observaba con seriedad las marcas de lápiz sobre el dibujo de un perro que tenía la tarjeta — . Oh, aquí dice «Te quiero mucho, papi». Gracias, Liza, es una tarjeta muy bonita y has hecho un buen trabajo — miró hacia Amelia — . Hola, mami. Gracias por ayudar a Liza.

La pequeña se retorció para obligar a Reece a que la bajase de nuevo al suelo y, al obedecerla él, quedó con las manos libres para poder acercarse a Amelia y rodearla por la cintura para atraerla hacia él.

— ¿Y cómo está mi princesa número uno? — preguntó con suavidad.

Ella le sonrió y lo miró a los ojos, aún tan azules como el día que se habían conocido, aunque en su negra cabellera ya había unos cuantos hilos de plata en las sienes.

— Muy bien — le respondió.

— ¿Has tenido un día muy ocupado?

En los labios de ella apareció una sonrisa de tolerancia.

— Si al hecho de cambiar pañales, ayudar a construir un edificio con cubos de plástico, llevar a unos niños al jardín de infancia e irlos a recoger, ir a la imprenta a recoger las invitaciones para la fiesta y dar dos clases de entrenamiento básico para perros mientras Stephen se encontraba en la escuela y Liza en la guardería, cuenta algo, sí, podría decirse que he tenido un día muy ocupado.

— Qué tal han quedado las invitaciones?

— Muy bonitas — se inclinó hacia él — . Si durante este fin de semana me ayudas a rotularlas, las tendremos listas a tiempo. Ya he elaborado un menú para nuestra fiesta anual de primavera.

Reece la besó en la boca.

— Te has convertido en una magnífica anfitriona y en un ama de casa excelente. A pesar de todo el trabajo que has tenido durante el día, ya tienes la comida lista. ¿Será por eso por lo que te amo?

El sonido de unos pequeños pies que bajaban la escalera a toda prisa, acompañado por el golpeteo de cuatro pares de patas, les advirtió que Stephen y los perros estaban a punto de llegar para dar su propia bienvenida.

— No — respondió ella, mientras con toda deliberación efectuaba un breve frotamiento de caderas — . Pero te lo recordaré más tarde.

— Esperaré ansioso a que llegue la hora — comentó él con voz ronca — . Aunque te diré que sí es una de las razones por las que te amo.

Y la soltó para recibir el saludo de su hijo.

FIN